# Jhumpa Lahiri

## Cuentos romanos

Lumen

# Cuentos romanos

Jhumpa Lahiri

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

Lumen

*narrativa*

*A Noor, Octavio y Alberto: diez años después*

*Crescebat interim urbs munitionibus alia atque alia appetendo loca, cum in spem magis futurae multitudinis quam ad id quod tum hominum erat munirent.*

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, I, 8

*nondum tamen invia Iani*
*ora patentis erant, neque iter praecluserat unda*

OVIDIO, *Metamorfosis*, XIV, 789-790

I

# La frontera

## 1

Cada sábado aparece una nueva familia para pasar cierto periodo de tiempo aquí. Algunos llegan temprano por la mañana, desde lejos, listos ya para empezar las vacaciones. Otros no comparecen hasta el ocaso, quizá después de haberse perdido por el camino, de mal humor. Aquí es fácil perderse, entre las colinas no abundan las indicaciones.

Hoy, cuando se presentan, los recibo yo. Por lo general, es mi madre la que se encarga de hacerlo. Este año debe pasar el verano en un pueblo cercano para atender a un viejecito, de vacaciones él también, así que me toca a mí.

Son cuatro los recién llegados: madre, padre, dos hijas. Me siguen con ojos atentos, encantados de poder estirar las piernas.

Nos detenemos un momento en el patio sombreado que da al césped, bajo el techo de ramas que filtra la luz. Abro la puerta corredera de cristal y les enseño el interior: la acogedora sala de estar con dos cómodos sofás frente a la chimenea, la cocina bien equipada, las dos habitaciones.

Fuera, en el patio, hay dos sillones y otro sofá cubierto con tela blanca. Hay tumbonas para que se echen y una mesa de madera lo suficientemente grande para diez personas.

Mientras el padre empieza a descargar el equipaje del coche y las niñas, que tendrán siete y nueve años, desaparecen en su habitación, cerrando de inmediato la puerta, le explico a la madre dónde están las toallas de repuesto, las mantas de lana por si acaso refresca por la noche.

Le enseño rápidamente dónde está escondido el veneno para ratones. Le sugiero, antes de irse a dormir, que maten las moscas que vuelen dentro de la casa, de lo contrario al amanecer, muy temprano, su zumbido les resultará molesto. Le explico cómo llegar al supermercado, cómo funciona la lavadora de detrás de la casa y dónde se tiende la ropa, un poco más allá del huerto que cultiva mi padre.

Añado que los huéspedes pueden recoger las lechugas y tomates que les parezca. Hay una gran cantidad de tomates este año, pero a causa de las lluvias de julio ya están casi todos podridos.

## 2

Finjo no observarlos, me muestro discreta. Me encargo de las tareas de la casa, riego el jardín, pero no puedo evitar percatarme de su alegría, de su entusiasmo por el hecho de encontrarse aquí. Oigo las voces de las niñas que corren por el césped, me aprendo sus nombres. Como los invitados tienden a dejar siempre abierta la puerta corredera, oigo las palabras que se intercambian los padres mientras ordenan la casa, mientras deshacen las maletas y deciden qué hacer de comida.

La casita de mi familia, detrás de un alto seto que crea una pequeña barrera visual, se encuentra a pocos metros de distancia. Durante muchos años, nuestra casa consistió tan solo en una única habitación que servía como cocina y dormitorio para nosotros tres. Luego, cuando cumplí trece años, hace dos, mi madre empezó a trabajar para el viejecito, y después de ahorrar lo suficiente mis padres le pidieron al dueño que añadiera un pequeño cuarto para mí, donde, por la noche, salen unas lagartijas regordetas por las grietas entre las paredes y el techo.

Mi padre es el guardés de esta finca. Se encarga del mantenimiento de la casa grande, corta la leña, trabaja en los campos y en los viñedos. Cuida de los caballos, por los que el dueño siente pasión.

El dueño de la casa vive en otro país, pero no es un extranjero como nosotros. Viene aquí de vez en cuando. Viene solo, no tiene familia.

Durante el día va a caballo, por la noche lee libros frente a la chimenea, luego se marcha de nuevo.

Durante el año son muy pocos los huéspedes que alquilan la casa. Aquí en invierno hace un frío glacial y en primavera llueve mucho. Por las mañanas, desde septiembre hasta junio, mi padre me lleva en coche al colegio, donde me siento diferente, donde no me mezclo fácilmente con los demás, donde no me parezco a nadie.

Las niñas de esta familia se parecen mucho. Se ve enseguida que son hermanas. Se han puesto ya unos trajes de baño idénticos para irse, más tarde, a la playa, a unos veinte kilómetros de aquí. La madre también parece una niña, esbelta, no muy alta. Tiene el pelo largo y suelto, hombros delicados. Camina con los pies descalzos sobre la hierba a pesar de que su marido la regaña, diciéndole (con razón) que podría haber puercoespines, avispones, serpientes.

## 3

Al cabo de tan solo un par de horas es como si llevaran toda la vida viviendo aquí. Las cosas que han traído para pasar una semana en el campo están esparcidas por todas partes: libros, revistas, un ordenador portátil, muñecas, sudaderas, lápices de colores, blocs de papel, chanclas de goma, cremas solares. A la hora de comer oigo los golpes de los tenedores contra los platos, noto cada vez que uno de ellos pone el vaso sobre la mesa. Percibo el ritmo lento de sus conversaciones, el ruido y el aroma de las cafeteras, el humo de un cigarrillo.

Después de comer, el padre le pide a una de las niñas que le traiga sus gafas. Estudia durante largo rato un mapa. Hace una lista con los pueblos que han de ver en los alrededores, los yacimientos arqueológicos, las excavaciones. La madre no muestra excesivo interés. Dice que esta es la única semana del año sin compromisos, citas, obligaciones.

Más tarde, él se marcha con sus hijas al mar. Me pregunta, antes de irse, cuánto se tarda, cuál es la mejor playa. Me pregunta cuáles son las

previsiones para la semana y le digo que dentro de unos días empezará a apretar el calor.

La madre se queda en casa. Eso sí, se ha puesto de todas formas el bañador para tomar el sol.

Se tiende en una tumbona. Supongo que quiere descansar, pero veo, cuando voy a tender la ropa, que está escribiendo algo. Escribe a mano en un cuaderno apoyado sobre las piernas.

De vez en cuando levanta la cabeza y escudriña el paisaje que la rodea. Se queda mirando los diferentes matices de verde del césped, de los cerros y del bosque a lo lejos. El azul deslumbrante del cielo, el amarillo del heno. La barandilla descolorida y el muro bajo de piedra que delimita el terreno. Mira todo lo que yo veo cada día. Y, sin embargo, me pregunto qué más verá ella.

## 4

Al atardecer se ponen suéteres, pantalones largos para evitar las picaduras de los mosquitos. Después de la playa, el padre y las niñas se han dado una ducha caliente, por lo que ahora tienen el pelo mojado.

Las niñas le cuentan a su madre su excursión: la arena que quemaba, el agua un poco turbia, las olas plácidas y decepcionantes. Toda la familia va a dar un pequeño paseo. Se acercan a ver los caballos, los asnos, un jabalí encerrado en la pocilga detrás de los establos. Van a ver el rebaño de ovejas que pasa todos los días a estas horas por delante de la casa, bloqueando los coches en la carretera polvorienta durante unos minutos.

El padre saca fotografías con el móvil casi sin parar. Les enseña a las niñas los pequeños ciruelos, las higueras, los olivos. Dice que la fruta recogida de un árbol tiene un sabor diferente, porque sabe a campo, a sol.

En el patio los padres abren una botella de vino, prueban un queso, un poco de miel de esta zona. Admiran el paisaje deslumbrante, se asombran ante las nubes imponentes y luminosas. Del color de la

granada de octubre.

Cae la noche. Oyen los ruidos de las ranas, de los grillos, el susurro del viento. A pesar de la brisa deciden cenar fuera para aprovechar la luz.

Mi padre y yo cenamos dentro, en silencio. Él tiende a no levantar la vista mientras comemos. Sin mi madre no hay conversación posible en la mesa. Suele ser ella la que habla durante las cenas.

Mi madre no soporta este lugar, este país. Viene, como mi padre, de más lejos aún que cualquiera que venga aquí de vacaciones. Ella detesta vivir en el campo, en medio de la nada. Dice que aquí no hay gente como es debido, que los de aquí son muy cerrados.

No echo en falta sus quejas. No me gusta oírla, aunque me temo que tiene razón. Algunas veces, cuando se lamenta demasiado, mi padre duerme en el coche, y no junto a ella.

Después de cenar, las niñas dan una vuelta por el campo, siguiendo las luciérnagas. Juegan con las linternas. Los padres se quedan en el sofá, contemplando el cielo estrellado, la oscuridad profunda.

La madre está tomándose agua caliente con limón, el padre un poco de aguardiente. Dicen que aquí no hace falta nada más, que hasta el aire es diferente aquí, un aire que limpia. Qué maravilla, dicen, estar juntos, lejos de todo, así.

## 5

Por la mañana temprano voy al gallinero a recoger los huevos de las gallinas. Están calientes, pálidos, sucios. Meto algunos en un cuenco y se los llevo a los invitados para el desayuno. Normalmente no encuentro a nadie y los dejo en el patio, sobre la mesa, pero cuando bajo veo a través de la puerta corredera que las niñas ya se han despertado. Veo paquetes de galletas en el sofá, migas, una caja de cereales volcada sobre la mesita del café.

Las niñas están tratando de aplastar las moscas que vuelan por la mañana en la casa. La mayor tiene en la mano el matamoscas. La más

pequeña, frustrada, protesta porque lleva mucho tiempo esperando su turno. Dice que ella también quiere matarlas.

Dejo los huevos y vuelvo a nuestra casa. Después llamo a la puerta y les presto nuestro matamoscas a las niñas, así ambas están contentas. No repito que es conveniente matar las moscas antes de acostarse. Veo que se divierten mientras sus padres, a pesar de lo molesto de las moscas, a pesar del ruido de las niñas, siguen durmiendo tranquilamente.

## 6

En un par de días, se establece un ritmo previsible. A última hora de la mañana el padre baja al pueblo, al bar, para comprar leche, el periódico y tomarse un segundo café. Pasa por el supermercado si hace falta. Cuando vuelve, a pesar del bochorno, se va a correr por las colinas. En una ocasión vuelve a casa algo turbado, después de haberse cruzado con un perro pastor que le bloqueó el camino amenazándolo, aunque al final no pasó nada.

La madre hace lo que hago yo: barre el suelo, prepara la comida, lava los platos. Una vez al día por lo menos tiende la ropa, compartimos el mismo tendedero en el que nuestra ropa se mezcla, se seca. Le explica a su marido, con la cesta en los brazos, lo contenta que está de poder hacerlo. Al vivir en la ciudad, en un apartamento sin jardín, sin balcón y sin terraza en la azotea, nunca tiene la oportunidad de tender la ropa al aire libre.

Después de comer, el padre se lleva a las niñas a la playa y la madre se queda sola en casa. Se fuma un cigarrillo, tumbada, concentrada y toma notas en su cuaderno.

Un día las niñas pasan horas cazando los grillos que saltan en la hierba. Intentan atraparlos. Consiguen meter un par en un frasco con pedazos de tomates robados de la ensalada de los padres. Los transforman en mascotas, hasta les ponen nombres. Al día siguiente los grillos han muerto asfixiados en el tarro, y las niñas lloran. Los

entierran debajo del ciruelo y ponen encima unas flores silvestres.

Otro día el padre descubre que una de sus chanclas de goma, que ha dejado fuera de la casa, ha desaparecido. Le explico que probablemente se la haya llevado el zorro, hay uno en los alrededores. Se lo cuento a mi padre y él, que conoce las costumbres y las madrigueras de todos los animales de por aquí, consigue encontrarla, junto con una pelota y una bolsa de la compra que dejó la familia anterior.

Entiendo lo mucho que les gusta a los huéspedes este paisaje rural, invariable. Veo cuánto aprecian cada detalle, cómo les ayuda a pensar, a descansar, a soñar. Cuando las niñas van a recoger moras de un arbusto, ensuciándose la bonita ropa que llevan, la madre no se enfada con ellas. Todo lo contrario, se ríe. Le pide al padre que saque una foto de sus hijas, luego va a lavar la ropa.

Al mismo tiempo, me pregunto qué sabrán de nuestro aislamiento. ¿Qué saben de los días todos iguales en nuestra casa destartalada? ¿De las noches en las que el viento sopla hasta que la tierra parece temblar, o cuando el ruido de la lluvia no me deja pegar ojo? ¿De los meses en los que estamos solos entre las colinas, los caballos, los insectos, los pájaros que pasan sobre los campos? ¿Les gustaría la implacable tranquilidad que reina aquí todo el invierno?

## 7

La última noche llegan otros coches. Son amigos de los huéspedes, invitados con otros niños que corren por el césped.

Un par de personas dicen que no había tráfico, viniendo de la ciudad. Los adultos recorren la casa, el jardín al atardecer. La mesa del patio ya está puesta.

Oigo todos los ruidos de la cena, la charla y las risas, amplificadas esta noche. La familia cuenta sus desventuras en el campo: el funeral de los grillos que comían tomates bajo el árbol de las cerezas. El perro pastor, el zorro que robó la chancla. La madre dice que a las niñas les ha sentado muy bien el contacto real con la naturaleza.

En cierto momento llega un pastel con unas velas y comprendo que hoy es el cumpleaños del padre. Cumple cuarenta y cinco años. Todos cantan, cortan el pastel.

Mi padre y yo nos acabamos unas uvas ya un poco echadas a perder. Estoy a punto de recoger la mesa cuando oigo un golpe en la puerta. Veo a las niñas, titubeantes, balanceándose. Me dan un plato con dos trozos de tarta, uno para mí y otro para mi padre. Antes de que pueda darles las gracias salen corriendo.

Nos comemos la tarta mientras los invitados hablan del gobierno, de viajes, de su vida en la ciudad. Alguien le pregunta a la madre dónde ha comprado la tarta y ella contesta que la ha traído uno de los invitados que, a su vez, menciona el nombre de la pastelería, el nombre de la plaza.

Mi padre deja el tenedor y baja la cabeza. Cuando me mira sus ojos están inquietos. Se levanta con gesto brusco, luego sale de casa para fumar un cigarrillo, sin que nadie lo vea.

## 8

Nosotros también vivimos en otros tiempos en la ciudad. Mi padre trabajaba como florista en esa misma plaza. Mi madre lo ayudaba.

Se pasaban los días el uno junto al otro en un lugar pequeño pero agradable. Vendían flores que la gente se llevaba a casa para decorar las mesas, las terrazas. Nada más llegar a este país se habían aprendido los nombres de las flores: rosa, girasol, clavel, margarita; las mantenían todas con los tallos cortados, sumergidas en agua fresca en una serie de cubos.

Una noche se presentaron tres chicos. Mi padre estaba solo; mi madre, entonces embarazada de mí, estaba en casa, porque él no quería que ella trabajara de noche. Era tarde, en las otras tiendas de la plaza ya no había nadie y mi padre estaba a punto de bajar el cierre metálico.

Uno de los chicos le pidió que le abriera, iba a visitar a su novia y le hacía falta un ramo bonito. Él aceptó, a pesar de su grosería, y de que

estuvieran un poco bebidos.

Cuando mi padre le enseñó el ramo, al chico le pareció escaso y le pidió que añadiera más flores. Mi padre colocó varias más, una cantidad exagerada, hasta que el chico quedó satisfecho. Había envuelto las flores en papel y luego las había atado con una cinta de colores, haciendo un lazo. Le dijo el precio.

El chico sacó algo de dinero del bolsillo. No era suficiente. Y cuando mi padre se negó a entregarle las flores, el chico le dijo que era un imbécil, que no entendía nada, que ni siquiera sabía cómo hacer un ramo bonito para una chica guapa. Luego, junto con los demás, empezó a propinarle golpes hasta que le rompieron los dientes.

Mi padre tenía la boca llena de sangre, gritaba, pero a esas horas no pudo oírle nadie. Los chicos le gritaron que se volviera a su país. Se llevaron el ramo y lo dejaron en el suelo, sin más. Mi padre terminó en urgencias.

Durante un año no pudo comer alimentos sólidos. Cuando me vio por primera vez, después de que naciera, no pudo decir nada.

Desde entonces le cuesta mucho hablar. Las palabras se le enredan, como si fuera un anciano. Le da vergüenza sonreír, porque le faltan dientes. Mi madre y yo lo entendemos, pero los demás no, creen que, al ser extranjero, no sabe bien el idioma, a veces incluso que es mudo.

Cuando llegan las peras, las manzanas rojas que crecen en el jardín, las cortamos en rodajas casi transparentes, de manera que él también pueda disfrutar de ellas.

A través de uno de sus compatriotas encontró este trabajo, en este lugar perdido. Antes no conocía el campo, siempre había vivido en la ciudad.

Aquí puede trabajar sin abrir la boca. Aquí no tiene miedo a ser agredido. Prefiere estar entre los animales y cultivar la tierra. A estas alturas, se ha adaptado a este entorno silvestre que lo protege.

Cuando me habla, cuando me lleva al colegio siempre dice lo mismo: que él no ha podido hacer nada en su vida. Lo único que quiere es que estudie, que vaya a la universidad y que luego me marche de aquí, lejos de ellos.

# 9

Al día siguiente, a última hora de la mañana, el padre empieza a cargar el equipaje en el coche. Veo a cuatro personas muy morenas, aún más en sintonía. No tienen ganas de irse. En el desayuno dicen que les gustaría volver el próximo año. Casi todos los huéspedes dicen lo mismo cuando se van. Algunos, más fieles, vuelven, pero una visita es suficiente para la mayoría.

Antes de irse, la madre me enseña las cosas de la nevera que no va a llevarse consigo a la ciudad. Me dice que le ha cogido cariño a esta casa, que ya siente nostalgia. Cuando se vea agobiada por la ansiedad, o por el trabajo, tal vez piense en este lugar: en el aire limpio, en las colinas, en las nubes relucientes al atardecer.

Deseo un buen viaje a la familia y me despido. Me quedo allí parada hasta que el coche desaparece. Luego empiezo a preparar la casa para una nueva familia que debe llegar mañana. Hago las camas deshechas, arreglo la habitación de las niñas, desordenada. Barro las moscas aplastadas.

Se han olvidado o dejado a propósito algunas cosas que ya no les hacen falta, que me quedo yo. Dibujos hechos por las niñas, conchas recogidas en la playa, las últimas gotas de un gel de baño perfumado. Listas de la compra con la letra pequeña y anónima de la madre, con la que ha escrito, en otras páginas, todo sobre nosotros.

# El encuentro

En un día soleado de septiembre, dos mujeres se encuentran en el puente Sisto y se abrazan. Hace un año que no se ven. Pasan por encima de la baja cadenilla oxidada que bloquea el tráfico, en cuyos eslabones los enamorados cuelgan candados y con la que los peatones distraídos tropiezan. Son las dos pasadas, ambas tienen hambre.

Una, que se crio cerca del puente, está de luto: ha perdido a su padre hace pocas semanas, y sufre también a causa de su matrimonio, que está a punto de apagarse. Es una mujer pequeña con el pelo claro y recogido, grandes ojos verdes y una oreja tachonada de diamantes y pequeños anillos de oro.

La otra, una profesora universitaria, tiene el pelo oscuro, y también es oscura de tez. Es más alta que su amiga, y en esos días se siente también más feliz. Acaba de celebrar su cumpleaños en la playa, está muy morena y se siente rejuvenecida. No quería dejar de verse con esa amiga suya, en un momento tan difícil, en medio de la separación y del duelo por su padre.

—¿Cuándo has vuelto? —le pregunta a su amiga, dándole el brazo mientras caminan.

—Hace unos diez días. ¿Y tú?

—Antes de ayer.

Las dos mujeres, ambas con dos hijos de la misma edad más o menos, se hicieron amigas hace mucho tiempo en el parque infantil de piazza San Cosimato. Iban a menudo a almorzar a cualquier casa de comidas y a charlar durante largo rato.

Desde hace un par de años, sin embargo, la señora de luto, que ahora está en Roma por el funeral de su padre, vive en una ciudad extranjera,

aunque no muy lejana. Vive allí con sus dos hijos, pero sin su marido, quien tuvo que quedarse en Italia por razones de trabajo y con el que las cosas, en aquel momento, iban bastante bien. Ella, a los cuarenta y seis años, quería un cambio de aires; el mal estado de su ciudad natal le pesaba mucho.

La profesora también ha vuelto hace poco a Roma, no para afrontar una pérdida sino para disfrutar de un año sabático con su familia. Conoce bien la capital y le tiene cariño; viene a menudo por sus investigaciones y para dar alguna conferencia, sola o con su familia, de vez en cuando durante largos periodos, para estudiar la historia antigua de la ciudad.

Hoy, la señora de luto ha hecho una reserva en una casa de comidas que le gusta mucho, una de las pocas, dice, que se resisten obstinadamente, maravillosamente, al discurrir del tiempo.

—Así te enseño un sitio nuevo. A estas alturas, mi ciudad es también la tuya.

Para ir al restaurante pasan por debajo del elegante edificio donde vivían, durante la mayor parte del año, los padres de la señora de luto. «Se me hace raro pensar que él nunca volverá aquí», suspira ella, refiriéndose a su padre, un periodista que hablaba cinco idiomas y viajaba por todo el mundo, en otros tiempos. Sus padres pasaban los veranos en las montañas, en busca del fresco. El padre, que ya tenía más de noventa años, murió en la misma cama de las montañas en la que había nacido. La casa de la ciudad siempre estuvo deshabitada en verano, pero ahora, dice, está vacía de manera distinta.

La señora de luto le cuenta a su amiga que había entrado antes un momento en la casa para recoger un par de cosas que le hacían falta y que, al verse rodeada por cuadros, libros y otros objetos que pertenecieron a su padre, como es natural, se había sentido turbada.

—¿Estabas con él cuando murió? —le pregunta la profesora.

—Iba en el avión, no llegué a tiempo.

El restaurante está en una calle pequeña sin acera de una zona laberíntica y muy concurrida siempre. La misma zona donde, años atrás, la profesora había alquilado una casa para el verano, justo en la

calle donde se crio la señora de luto. A las dos mujeres siempre les había gustado esa coincidencia, este lugar en común, aunque vivido en momentos diferentes, en circunstancias muy distintas.

Cuando llegan a la casa de comidas están a punto de pasar de largo, debido al muy discreto aspecto de la entrada, casi anónima. No se parece a los otros restaurantes de la zona, invadidos por los turistas. No se parece, por ejemplo, a la casa de comidas de unos pasos más allá, que había recibido con tanta calidez a la profesora y su familia casi todas las noches de ese verano. Aquel restaurante tenía botellas de vino en el escaparate y fuera sombrillas blancas y deshilachadas. Había que sentarse en sillas de plástico tambaleantes, en la plaza en cuesta, junto a muros agrietados, y a veces después de la comida y antes de traerles la cuenta, los dos hermanos que dirigían el local dejaban una botella grande de licor Averna sobre la mesa.

La casa de comidas en la que entran hoy tiene un aspecto más reservado, con dos puertas de cristal que pertenecen a dos edificios diferentes. Uno tiene tejas, mientras que la fachada del otro, lisa, está pintada a grandes bloques de color rosa y un anaranjado tenue. Una de las dos puertas está al lado de la entrada mientras que la otra sirve de ventanal. Ambas están hechas de vidrio esmerilado para dejar fuera las miradas de los transeúntes. Para entrar hay que llamar, y dado que la entrada está en ángulo con la calle, apenas puede verse un atisbo del interior.

Una vez dentro, la señora de luto saluda a la dueña, una mujer corpulenta de gafas finas y pelo blanco y corto. Luego reconoce y saluda a un señor sentado en una mesa de un rincón con un niño de unos seis años. Por su cálido intercambio de palabras, la profesora comprende que se trata de un viejo amigo suyo, que se ha criado como ella a tiro de piedra del restaurante.

—Siento darte la espalda —le dice la señora de luto mientras se sienta.

—Si quieres me pongo yo allí —le sugiere su amiga, así que intercambian los sitios y dejan sus bolsos en la silla del medio.

El restaurante tiene forma de ele. Las paredes blancas, las molduras

negras y el friso de mármol desvaído hacen pensar en el aspecto sobrio e inmaculado de una carnicería. La señora de luto está frente a su viejo amigo de la esquina, la profesora tiene delante una mesa de hombres bien vestidos que probablemente trabajan todos en la misma oficina. Imposible ver lo que hay detrás de la esquina.

Sobre la mesa, un menú en una funda transparente: una hoja blanca con los platos mecanografiados. Sin embargo, de ahí no se mueve, las dos mujeres ni siquiera lo miran.

La dueña, que es también la cocinera y la camarera, les cuenta lo que hay de comer. Tiene unos brazos robustos y lleva puesto, encima de una camisa blanca de algodón con mangas cortas, un delantal. La señora de luto elige una verdura como entrante y luego un primero.

—¿Y a la morenita qué le traemos mientras tanto? —pregunta la dueña de manera expeditiva, sin dirigirse directamente a la profesora.

Al cabo de unos segundos ella contesta: «Para mí lo mismo», mientras percibe cierta sensación molesta, parecida a cuando las patas ligeras pero afiladas de un insecto amenazador se apoyan leves en la mano.

—¿Podrías explicarme a qué se refiere exactamente cuando dice «la morenita»? —pregunta la profesora.

—No le hagas caso, aquí se lo decimos a cualquiera que tenga el pelo oscuro —murmura la señora de luto, notando la leve incomodidad de su amiga.

La profesora se da cuenta, ahora que están sentadas, de lo exhausta que está su amiga.

—¿Duermes algo?

—Poco.

—¿Y comes?

—Hoy seguro que sí, aquí se come siempre muy bien.

Justo en ese momento la dueña les trae agua y una cestita con dos trozos de pan tan solo. Luego llegan las verduras hervidas, de un verde oscuro pero reluciente.

—Ten, cariño —le dice a la señora de luto. A la otra, en cambio—: Y lo mismo para la bella señora.

El nuevo epíteto, pronunciado de modo equívoco, con un tono

áspero, le molesta de todos modos.

—¿Cómo están los chicos con todo esto? —le pregunta a su amiga de luto. Ambas tienen un hijo y una hija.

—A estas alturas se han hecho a la idea. Los he dejado con mi madre en las montañas. Te los enseño. —La profesora saca también el móvil del bolso.

—Tu hija es igual que tú —observa la señora de luto.

—La tuya, en cambio, se parece mucho a su padre —responde su amiga. Pregunta, discretamente—: ¿Sigue aún con su compañera de trabajo?

—Eso parece. No tiene remedio ese hombre.

—¿Cómo lo descubriste?

—Pues fíjate, ahora tengo la impresión de que ya lo sabía entonces, o de que al menos lo había intuido. Por eso, creo yo, quise marcharme, porque algo andaba mal.

—Hiciste bien.

—En ese momento me hacía ilusiones. Pensé que podía hacer como tú, y descubrir un sitio nuevo con mis hijos. Mi decisión, sin embargo, no hizo más que acelerar el final de un matrimonio moribundo.

La señora de luto dice que ya ha hablado con un abogado, pero como ahora vive en otra ciudad con sus hijos, la situación es bastante complicada.

Se interrumpe para saludar a su viejo amigo, que ya ha terminado de comer.

—¿Has visto lo buena que está la comida aquí? —le dice al niño—. Resulta que yo también solía venir a tu edad. Como tú, a comer, con mi padre.

El niño, tímido, la mira con los ojos muy abiertos sin contestar.

En ese momento reaparece la dueña con los primeros.

—Hablas demasiado, aún no te has terminado tus verduras —le dice, regañando con ternura a la señora de luto. Esta vez no hay epítetos para la profesora.

El primer plato está muy caliente, blando pero rico.

Mientras están comiendo suena el móvil de la señora de luto.

—He salido a comer con una amiga mía —dice, y luego le pide a la persona con la que habla que se pase por el restaurante. Le explica a su amiga que es un vecino de sus padres que tiene que entregarle la correspondencia acumulada en su casa, incluyendo los numerosos telegramas por el fallecimiento del padre.

A los pocos minutos llega el vecino con un sobre de papel negro. Besa a la señora de luto y le estrecha con vehemencia la mano a la profesora.

—Siéntate —dice la señora de luto—. ¿Te apetece un café?

—No, gracias. Aquí está el correo.

Hablan del padre, y la señora de luto le resume los últimos días, sus deseos desde la cama, el funeral.

—Ha sido exactamente como él lo hubiera querido —dice con tristeza, pero sin llorar.

—Era un hombre excepcional —dice el vecino—. Siempre he admirado su vocación por los viajes, por la diversidad del mundo. Lo vamos a echar de menos.

Luego se despide de las mujeres y se va. También los hombres de la mesa de enfrente se levantan para irse. Algunos miran a la profesora con cierta curiosidad.

—¿Y tú, contenta de estar de vuelta en esta ciudad? —le pregunta a su amiga la señora de luto.

—Reencontrarme con ella es un placer nuevo para mí cada vez que vengo —responde. Y añade—: Sigue siendo el único lugar donde realmente me siento como en casa.

Sin embargo, nada más decirlo, le asalta el temor de que su relación con la ciudad no deja en el fondo de ser tenue, de que no tiene, a fin de cuentas, nada que ver con la historia que estudia, y de que no podrá llegar a sentir nunca el alivio de comer en un local de confianza que forma parte de la historia de su familia, que guarda gratos recuerdos de innumerables almuerzos padre-hija, un espacio como el que le proporciona consuelo a su amiga incluso después de una pérdida tan inmensa.

Alguien ha apagado algunas luces, por lo que el interior de la casa de

comidas se ha oscurecido, como si estuviera a punto de llegar una tormenta.

—¿Nos vamos? —propone la señora de luto.

—Cuando quieras.

—Voy al baño un momento.

—De acuerdo, luego iré yo.

Sola en la mesa, la profesora observa el mantel, el letrero del restaurante, el menú al que no ha hecho caso. Se pregunta si a su familia le gustaría este sitio. Pero después se pregunta también si la dueña llamaría a su hija, que se parece a ella, «la morenita». Concluye que, en todo caso, es bonito vivir en una ciudad que, a pesar de ser conocida, sigue estando llena de secretos y descubrimientos que se iluminan por casualidad, lentamente.

—Aquí es como estar en casa —dice la señora de luto cuando vuelve a la mesa, con aire divertido.

La profesora va a buscar el baño. Da la vuelta a la esquina y se da cuenta de que, además de la dueña, hay otra mujer un poco más joven en la caja, con el pelo negro —parece teñido—, y también una niña de seis o siete años, hasta entonces en silencio. Quizá las dos mujeres sean hermanas, y la niña la nieta de una de ellas. Vigilan con cierta apatía a la niña, que parece estar dando vueltas sin sentido en un espacio reducido.

—¿El baño es aquí? —pregunta la profesora, señalando una puerta en la que no hay nada escrito.

La mujer más joven responde, secamente, que sí.

La profesora, en el baño, reflexiona sobre la observación de su amiga, eso de estar como en casa. Un baño típico de restaurante. Y, sin embargo, se siente incómoda ahí dentro, como si molestara.

Al salir, se encuentra a la niña sentada en el suelo con las piernas abiertas. Que le impiden el paso. Espera unos segundos a que la niña se mueva. Esta, en cambio, permanece inmóvil. La dueña y la mujer de la caja no le dicen que se levante, no le dicen nada. Así que la profesora le pregunta a la niña:

—¿Me dejas pasar?

Ella no responde ni reacciona, comportándose como si no hubiera oído a la profesora. Así que no le queda otra que cruzar con cuidado por encima de la pierna desnuda de la niña para volver a la mesa.

Tras atravesar la pequeña barrera de carne y hueso, oye a la niña susurrar algo en tono quejoso, sin entender exactamente lo que dice. Lo adivina por la respuesta de la dueña:

—Eras tú quien tenías que apartarte para que pasara.

Lo ha dicho, sin embargo, otra vez con ese tono equívoco, contenido, por lo que la profesora vuelve a sentirse incómoda.

—Tenemos que pedir la cuenta —dice la señora de luto al ver regresar a su amiga.

Se levantan de la mesa y van a pagar. La niña sigue aún ahí, con las piernas estiradas, muy abiertas.

Cuando llega la señora de luto, aparta inmediatamente una pierna para dejarla pasar.

En cambio, cuando llega la profesora, vuelve a estorbarla.

Luego les dice a las dos mujeres que parecen hermanas, señalando a la señora de luto que tiene delante:

—Esa es más guapa que esta otra.

Nadie responde.

La pequeña repite, enfática:

—Esa es más guapa que esta otra.

La dueña dice con calma:

—Todas las mujeres son guapas, y tú eres una mocosa.

—Pero ella es más guapa —insiste la niña, nerviosa—. Esta otra no me gusta.

—Tienes razón, mi amiga es muy guapa —dice la profesora con alegría, a pesar de sentirse amargada. Luego añade, tratando de bromear con la niña y de relajar el ambiente, cada vez más tenso—: ¿Y por qué no te gusto?

Pero la niña, al igual que la dueña, se niega a hablarle directamente, de la misma manera que se ha negado a apartar las piernas. En cambio, declara, a la dueña y a la mujer que está a cargo de la caja:

—Esta otra no me gusta, es fea, muy fea.

Y así sella el único resquicio a través del cual la profesora podía simpatizar con ella.

La señora de luto, que tiene a la niña a sus espaldas, está concentrada en la cuenta, no le hace caso. La dueña y la mujer de la caja no abandonan su mutismo. Ninguna le dice a la niña que se calle o se disculpe.

La señora de luto le enseña la cuenta a su amiga, que, atónita, saca casi mecánicamente la cartera, el dinero. Es una cifra impar, también el resto es impar, por lo que la señora de luto paga un poco menos, la profesora un poco más.

—Te debo cinco euros —dice la señora de luto.

—No te preocupes, para la próxima vez —responde la otra.

La niña sigue diciendo que la señora de luto es muy guapa y que la profesora es muy fea, como si fuera un estribillo idiota y siniestro, hasta que la mujer de la caja le dice, con brusquedad:

—Ahora levántate y ven, que te llevo con tu madre.

—Gracias —le dice la señora de luto a la mujer de la caja.

—Adiós, señora —le responde esta.

—Recuerdos a su madre —añade la dueña.

—¿Puedes explicarme lo que acaba de pasar ahí dentro? —pregunta la profesora, una vez en la calle. Está sudando, pero no es a causa del calor.

—Déjalo correr, no es más que una niña maleducada.

—No solo eso, está llena de resentimiento.

—No hagas caso. Lo siento.

—Yo también lo siento. Sé que tenías muchas ganas de que conociera el sitio, pero no volveré ni loca.

—Tienes razón.

Cruzan el puente juntas, superando la primera cadenilla repleta de promesas anticuadas, y después la segunda. No dejan de darle vueltas a lo ocurrido en el restaurante, a la convicción descarada de la niña, al silencio intransigente de las mujeres. Al otro lado del puente, se abrazan.

—Entonces, gorda, ya hablamos.

—Adiós, cariño, cuídate mucho.

Se separan, pero sin la ligereza que sellaba, en otros tiempos, sus encuentros.

Al cabo de unos minutos, la profesora agredida llega a piazza San Cosimato y se sienta en un banco sucio y caliente. La comida en el estómago se le ha convertido en una pesada carga. No solo se siente fea y amargada, sino también humillada, presa de una tristeza que no sabe refrenar.

La señora de luto, en cambio, vuelve al otro lado del río, donde se sienta en otro banco a la sombra para echar un vistazo al correo de sus padres, para leer algunas postales dirigidas al padre difunto, y para consolarse con las condolencias enviadas por sus seres queridos, cercanos y lejanos.

# Las fiestas de P.

## 1

En primer lugar, es necesario aclarar que las fiestas de P. se celebraban todos los años en su casa, una tarde de sábado o de domingo, durante el suave invierno del que solemos disfrutar en esta ciudad.

A diferencia del agotador carrusel de celebraciones familiares pasadas con la familia, siempre tensas, el cumpleaños de P., a principios del año nuevo, era una ocasión leve, relajada, nunca predecible. Yo aguardaba siempre con gusto el bullicio del interior de la casa abarrotada de gente, las ollas de agua a punto de hervir, las otras mujeres cuidadosamente vestidas que se apresuraban a echar una mano en la cocina. Aguardaba el efecto de un par de vasos de vino espumoso antes del almuerzo, los deliciosos aperitivos que degustábamos. Buscaba la compañía de los adultos que se reunían en el patio para tomar el fresco, para fumar un cigarrillo y comentar el partido de fútbol de los chicos que jugaban sin parar en el césped.

El ambiente de la fiesta era acogedor, pero también impersonal, a causa de la gran cantidad de gente que acudía, que se conocía demasiado bien o no se conocía en absoluto. Uno podía encontrarse frente a dos grupos distintos, como dos corrientes opuestas que se cruzan en el mar, que componen por un momento una forma simétrica nítida que luego se diluye de inmediato. Por un lado, la gente como mi mujer y yo, amigos de toda la vida de P. y de su marido, que acudíamos siempre, y por otro, los transversales: extranjeros que aparecían durante un par de años, o incluso una sola vez.

Venían de países distintos por trabajo o por amor, o por cambiar de

aires, o por razones más misteriosas. Eran una población nómada que me intrigaba, prototipos, tal vez, para alguno de mis posibles cuentos, personas a las que conocía y podía observar tranquilamente solo en casa de P. En un breve lapso temporal se las apañaban para visitar casi todo el país, para apreciar, los fines de semana, nuestros pueblos de provincias, para esquiar en nuestras montañas en febrero y nadar en nuestros mares diáfanos en julio. Adquirían unas nociones básicas de nuestro idioma, se adaptaban a la comida, perdonaban el ajetreo cotidiano. Se aprendían desde el principio, con ahínco, los acontecimientos históricos que nosotros habíamos memorizado de niños y casi olvidado después: la línea de sucesión de los emperadores, sus hazañas. Mantenían con esta ciudad una relación estratégica sin llegar a estar nunca del todo metidos en ella, sabiendo que tarde o temprano su estancia terminaría y que un día se marcharían.

Eran muy diferentes al grupo al que yo pertenecía: personas nacidas y criadas en Roma, personas que deploraban el preocupante deterioro de la ciudad sin poder abandonarla nunca. Personas para quienes simplemente cambiar de barrio a los treinta años —ir a una nueva farmacia, comprar los periódicos en un quiosco nuevo, sentarse en las mesitas de un nuevo bar— significaba una mudanza, un enorme desplazamiento, un desgarro.

## 2

P. era una vieja amiga de mi mujer. Se conocían desde hacía muchos años, antes incluso de que nos hiciéramos novios, pues habían crecido en la misma calle flanqueada por hermosos edificios. Cuando eran niñas jugaban juntas hasta tarde, fueron a la misma escuela en primaria y luego al mismo instituto de secundaria, muy exigente, se iban por ahí a comprar cigarrillos de contrabando a un tipo poco recomendable detrás de una plaza con poca vida en aquella época. También fueron juntas a la universidad y después de licenciarse alquilaron un apartamento en un quinto piso en pleno centro. Viajaron juntas a varios

países extranjeros, en el verano, experiencias de las que todavía les encantaba hablar. Más tarde, por razones sentimentales se habían separado: mi mujer me conoció a mí en una fiesta de Nochevieja mientras que P. se casó con un abogado algo soso pero simpático, un hombre de mediana estatura, guapo aunque ligeramente bizco, y se convirtió en madre de cuatro hijos, tres varones con pocos años de diferencia entre ellos y luego, como un postre discreto pero necesario después de una cena de tres platos, una niña.

Hace unos cinco años, a poca distancia del nacimiento de la niña, P. estuvo a punto de morir. Un médico competente, uno de los invitados fijos, consiguió salvarle la vida con una operación muy arriesgada. Desde entonces esta celebración anual, esa tarde de sol próxima a su cumpleaños, ese almuerzo fastuoso y alegre era una cita fija que reunía a una amplia gama de personas. A P. le gustaba llenar la casa y atiborrar de comida a amigos, parientes, vecinos, padres de los compañeros de colegio de sus hijos. Le gustaba abrir la puerta más de cincuenta veces, ofrecer los platos, mostrarse hospitalaria e intercambiar algunas palabras con todos.

Era gracias a mi mujer, por tanto, por lo que iba a esa casa una vez al año, una casa algo apartada, en las afueras de la ciudad. Se accedía por una carretera con muchas curvas, sugestiva, flanqueada por cipreses y cascadas de hiedra. Una carretera que te llevaba lejos, una carretera urbana que conducía al mar, que dejaba enseguida el frenesí de la ciudad a sus espaldas. En determinado momento había que girar a la derecha, era necesario prestar atención, no resultaba difícil saltarse el desvío. Luego se convertía en una especie de laberinto residencial, con callejuelas angostas, sombreadas y sin pavimentación. No se veían las casas, solo verjas altas, números grabados en piedra.

La casa donde vivía P. con sus hijos, su marido y dos perros estaba al fondo de ese laberinto. Era una casa amplia, bastante nueva, bien ventilada, con habitaciones grandes y abiertas, y suficiente espacio para que circularan más de cien personas. Mi primera impresión —la casa tenía mucho terreno alrededor y ninguna otra construcción cercana— había sido la de una roca blanca y cuadrada en medio de un mar verde.

A lo lejos podía verse la silueta desvaída de la ciudad donde vivíamos mi mujer y yo y casi todos los demás invitados. Causaba cierta impresión hallarse allí en comparación con nuestra casa, agradable pero compacta, donde cada libro, cada cuchara, cada camisa tenía su propia colocación, cada alféizar y cada bisagra me eran familiares y donde una docena de personas tenían que apretarse para sentarse a la mesa. Una casa cuyas ventanas daban solo a otras casas, a otras ventanas, a otras vidas parecidas.

Desde hacía cinco años mis recuerdos de esa fiesta se mezclaban. Cada año era diferente, cada año me parecía, en líneas generales, también igual. Yo mantenía las mismas charlas que olvidaba inmediatamente después, practicaba mis dos idiomas extranjeros oxidados, pero aún operativos, que había estudiado por encima. Disfrutaba, tal vez en exceso, de las mismas delicias dispuestas en la mesa preparada, repitiendo de casi todo, sin dar importancia al aumento de peso que en cambio tanto me molestaba después de las comilonas navideñas. Saludaba a amigos y besaba a mujeres de cuarenta y cincuenta años que se negaban rigurosamente a ser «señoras». Notaba sus perfumes caros, tocaba por un momento la piel tibia de sus hombros, admiraba los hermosos vestidos sucintos que se concedían a su edad, a nuestra edad. En las fiestas de P. me sentía bien acogido, considerado, y al mismo tiempo agradablemente desatendido, libre. Allí estábamos lejos de nuestras vidas acomodadas e imperfectas, de nuestras molestias diarias. Era consciente de la dilatación del tiempo y de la suspensión, al menos por unas horas, de cualquier responsabilidad.

No habría sido capaz de distinguir una fiesta de otra, los hechos, los detalles, hasta que un año me ocurrió algo insólito, un sobresalto trivial, a fin de cuentas, que sigue siendo una cesura en mi vida.

## 3

De aquel año lo recuerdo todo con mucha precisión. Recuerdo, por

ejemplo, que había más tráfico de lo habitual, así que habíamos llegado casi con una hora de retraso. Daba igual, en casa de P. siempre se comía de pie. Recuerdo que mi mujer me estaba contando algo, que hablaba sin parar mientras yo conducía y que no le prestaba atención. Al contrario, me molestaba un poco su voz un poco ronca y su tendencia a ser prolija. Trabajaba en una galería de arte. Hubiera preferido conducir en silencio por aquel hermoso tramo de carretera, pero ella no dejaba de hablarme de sus clientes, de jóvenes y prometedores pintores. Antes de bajar del coche mi mujer se había cambiado los zapatos, quitándose unos bajos y cómodos para ponerse otro par más elegante, con tacones, entre otras cosas para añadirse unos centímetros y ser un poco más alta que yo.

Dado que P. invitaba a muchos amigos de sus hijos habíamos visto, antes de entrar, a un enjambre de niños y chicos de distintas edades que estaban jugando en el césped bajo el sol. Sus abrigos estaban esparcidos sobre la hierba como si fueran toallas dejadas en la playa mientras todos se bañaban. Niños y chicos jóvenes corrían, se divertían, sudorosos, un par de perros corrían y ladraban detrás de ellos.

Pensé con una punzada de nostalgia en nuestro hijo, el único que mi mujer y yo habíamos traído al mundo. Unos años antes lo habríamos llevado con nosotros, él también estaría jugando en el césped sin abrigo, pero ahora ya era un hombre, tenía veintitrés años, había acabado la universidad y llevaba unos meses viviendo en el extranjero por sus estudios.

Mi mujer no sufría por ello, al contrario, prefería que fuera cada vez más autónomo. Según ella, el hecho de que pudiera arreglárselas más o menos por su cuenta, lejos de nosotros, y se hubiera echado hacía poco una novia, era la feliz y merecida conclusión de nuestro largo y agotador camino como padres. Significaba que habíamos hecho un buen trabajo y suponía un hito que había que celebrar. Su falta de ansiedad me parecía asombrosa: ella que había seguido a nuestro hijo de modo obsesivo, que se había ocupado afanosamente de cada comida, de cada partido de fútbol, de cada examen, de cada boletín de calificaciones. Pero luego me di cuenta de que en realidad miraba

siempre hacia delante, y muy poco hacia atrás, de modo que lo que ahora le interesaba de él era su carrera, su vida sentimental, sus eventuales hijos, en resumen, su separación definitiva de nosotros. En cambio, para mí no verlo todos los días, no oír ya su voz en casa, ni el violín que tocaba de forma mediocre, no saber de sus idas y venidas, no tener que añadir su zumo favorito al carrito de compras en el supermercado, había sido un trauma. Como es lógico, estaba orgulloso de él, entusiasmado con sus proyectos, y, sin embargo, sentía un agujero en mi corazón.

Tocamos el timbre a pesar de que la puerta estaba entreabierta. Saludamos y besamos a P. y a su marido, que nos esperaban como siempre en el vestíbulo. P. estaba en muy buena forma, radiante, vestida con un traje fantasía de los años setenta que había pertenecido a su madre, con un cinturón de cuero que le marcaba la cintura. Le habíamos traído algunos detalles: una vela perfumada, una crema corporal, una novela que acababa de salir y de la que se hablaba mucho. Intercambiamos unas cuantas palabras, luego el timbre volvió a sonar, de modo que nos apartamos. Nos habíamos quitado los abrigos y los dejamos en el sofá, encima de un montón de prendas en posición precaria y promiscua. Hacía calor dentro de la casa, pero mi mujer, generalmente friolera, con un vestido sin mangas, había decidido quedarse con un chal de lana gris perla alrededor de los hombros.

Habíamos encontrado la mesa donde estaban las bebidas, así que nos tomamos dos copas de vino espumoso. Hicimos un brindis, mirándonos a los ojos por un momento. Y luego, sin rencor, durante el resto de la tarde mi mujer y yo nos introdujimos por separado en la corriente de la fiesta, sin prestarnos más atención.

Como si fuera un lugar querido que visitaba de vez en cuando, que ya conocía un poco pero nunca del todo, empecé a deambular por la casa, saludando a unos cuantos amigos. Absorbidos por nuestros compromisos, por las obligaciones profesionales y personales que nos devoran, que nos definen, a esas alturas de la vida tendíamos a vernos con calma solo en esa casa, en esa fiesta. Comíamos, nos poníamos al día, hablábamos de quién sabe qué cosas.

Al mismo tiempo, yo estaba muy atento al otro grupo: los posibles sujetos narrativos, los extranjeros con los que solo intercambiaba algunas palabras o, digamos, más miradas que palabras. Me interesaba su punto de vista. Me fascinaban precisamente porque, aunque estuviéramos amontonados dentro de la misma casa, celebrando a la misma amiga común, compartiendo cierto rito colectivo, no dejábamos de ser dos especies distintas, imposibles de confundir. A fin de cuentas, ellos solo hablaban con fluidez y firmeza entre ellos, nosotros solo entre nosotros. Me parecían orgullosos de su decisión de desarraigarse, de asumir, en la mediana edad, nuevos puntos de referencia. Evocaban un mundo que sobrepasaba mis horizontes, los pasos arriesgados que había evitado: el mundo que se había llevado consigo, quizá para siempre, a mi hijo.

Después de deambular un rato por las habitaciones, me quedé sentado en el patio. Había robado un cigarrillo, uno de esos que me concedo de vez en cuando fuera de casa cuando me relajo, y observaba con los demás a los niños y a los chicos que seguían jugando, gritando en el césped. La luz doraba los árboles plantados aquí y allá. Éramos todos hombres. Entonces apareció P. para hablar un momento con nosotros, para asegurarse de que estábamos bien, de que no nos faltaba de beber, de que habíamos comido. Nos trataba a todos como si nos conociera de toda la vida, aunque no conociera a la mayoría de sus invitados casi en absoluto.

—Tienes un césped extraordinario, sería estupendo construir una piscina aquí —le dijo alguien.

—No merece la pena, los veranos nos vamos a la playa durante dos meses —replicó P.

—¿Ah, sí?, ¿adónde?

—A una isla pequeña, remota, todavía salvaje. Hay que tomar un barco para ir de compras.

—¿Y no es una lata?

—Todo lo contrario, son precisamente esas incomodidades las que me recargan las pilas. Voy allí desde que era niña.

—Qué maravilla.

—En agosto, toda la isla huele a romero. Hay un pequeño faro, una piscina en el medio, el mar por todas partes y nada más —dijo P.

Yo nunca había estado en esa isla, pero había oído hablar de ella a mi mujer, que de niña iba allí durante diez días en los veranos, invitada por la familia de P. Hasta que un año —me había contado mi mujer— un hombre, un gran nadador que hacía cincuenta largos en la piscina dos veces al día, murió precisamente allí, mientras echaba una carrera con un amigo, fulminado por un infarto delante de todos los niños y los chicos, incluidos sus propios hijos. Mi mujer, traumatizada, ya no había querido volver. Y aunque algunas veces íbamos con P. y su familia a pasar un fin de semana juntos en el campo, nunca habíamos ido a visitarlos a esa isla.

—Además, no me gusta nadar en la piscina —añadió P., como si me hubiera adivinado el pensamiento.

—¿Por qué?

—No hay vida en esa clase de agua.

Hablamos de otros mares, de otras islas, del placer de ir en barco en lugar de estar en la playa: argumentos frívolos de la gente acomodada. Pero mientras hablábamos nos percatamos de que una extraña quietud se había apoderado del césped. Los chicos ya no gritaban. Había pasado algo.

## 4

Nos acercamos. En la distancia había un grupo inmóvil, una docena de personas. En el medio, alguien tumbado en el suelo.

Al acercarnos más vimos a un chico bastante guapo de unos doce años con el pelo alborotado, las piernas separadas, con mal aspecto. ¿Se había desmayado? ¿Había pasado algo más grave? No entendíamos nada, luego vino el médico, el que años antes había salvado la vida de P. Un hombre alto, larguirucho, con el pelo negro que le llegaba a los hombros, bigotes caídos, aspecto tranquilo y bonachón.

Junto al niño había una mujer pálida, asustada. Debía de ser la

madre. Yo no me había fijado en ella, ni la había saludado, a pesar de haber pasado ya unas horas en la misma casa abarrotada, en las mismas habitaciones, paseando alrededor de la misma mesa, comiendo los mismos platos.

Era extranjera, podía notarse de inmediato por sus facciones. Llevaba un vestido poco adecuado para la estación del año; un pesado collar adornaba un triángulo de piel desnuda. Estaba ligeramente maquillada —con la excepción del color del esmalte color vino en las uñas— y era de una belleza ya algo ajada. Llevaba el pelo oscuro recogido en la nuca. Era unos diez años más joven que mi mujer, y tenía una mirada más penetrante, una vida interior, me pareció, más ardiente.

—¿Qué le ha pasado? —le había preguntado el médico.

—No tengo ni idea. Yo estaba dentro mientras él jugaba por aquí, luego ha venido un amigo suyo a decirme que no se encontraba bien. Cuando he salido estaba temblando, parecía conmocionado, desorientado.

La mujer hablaba con una particular amalgama entre su idioma y el nuestro, pero se la seguía bastante bien.

—¿Y luego?

—Decía que le daba vueltas la cabeza, que durante unos segundos no conseguía oír nada, que todo se había quedado en silencio.

—Por favor, dejadnos un poco de sitio —dijo el médico.

El grupo que los rodeaba se había apartado. Solo se quedaron el niño con su madre, el doctor y P. a su lado. Yo también había retrocedido unos pasos, pero luego me detuve, paralizado ante la idea de que algo parecido pudiera ocurrirle a mi hijo —¿por qué no?— mientras jugaba al fútbol un domingo en un parque sin padres a su lado. Durante unos minutos nadie dijo nada. El médico estuvo examinando al chico, le levantó los pies, le tocó la frente, le controló el pulso. Al cabo de un rato el niño se espabiló, incorporándose, y bebió un poco de agua.

—Nada grave, señora —explicó el médico.

—Pero ¿cómo? Es un chico siempre activo, nunca le había pasado nada parecido.

—Su hijo ha sufrido una ligera conmoción. Tal vez no haya comido

lo suficiente en el almuerzo. Estos chicos juegan a todo trapo sin darse cuenta. Son cosas que pasan, también a causa de una emoción intensa. ¿Su hijo ha desayunado esta mañana?

—Sí.

—¿Es un chico ansioso?

Me pareció que la mujer no entendía bien la pregunta. En cualquier caso, no contestó. Para entonces el chico ya se había vuelto a poner de pie, estaba un poco avergonzado, insistía en que se sentía bien. Hablaba con normalidad. Llevaba un aparato en los dientes. Le habían dado un bocadillo y se lo estaba comiendo.

—¿Puedo seguir jugando? —le preguntó al médico. A diferencia de su madre, hablaba muy bien nuestro idioma, con toques incluso del acento de nuestra ciudad.

—Claro que puedes. Pero sin excederte, por favor.

Y eso fue todo. La fiesta continuó. Volvimos adentro, había llegado la tarta, cantamos cumpleaños feliz y expresamos nuestros mejores deseos con un brindis por P. Sus hijos le habían regalado un bonito brazalete de oro. Luego se produjo una cosa inesperada: el marido se subió a una silla y le cantó una breve canción de amor, con ternura, desafinando, mientras P., conmovida, con lágrimas en los ojos, se echó a reír, luego besó a su marido durante largo rato, cerrando los ojos, delante de todos.

La multitud dentro de la casa empezaba a dispersarse, los invitados comenzaron a irse. Yo había encontrado a mi mujer, que me había dicho que también estaba lista para marcharse. Nos despedimos de P. y de su marido, les dimos las gracias por la agradable tarde y montamos en el coche, a la espera de que la larga fila empezara a moverse.

—Se ha hecho tarde. ¿Te lo has pasado bien? —me preguntó mi mujer.

—Sí, bastante, ¿y tú?

—¿Has bebido?

—Un poco.

Se me quedó mirando por un momento.

—Deja que conduzca yo.

Estaba cansado, le entregué las llaves sin protestar. Nos intercambiamos los sitios. Ella ajustó el asiento, colocó el espejo. Ya se había puesto el cinturón, los zapatos cómodos que prefería para conducir. Estaba a punto de poner el motor en marcha cuando se dio cuenta de que se había dejado el chal en casa de P.

—No me apetece desabrocharme el cinturón. ¿Te importa ir a ti?

—Pero ¿dónde está?

—Busca en el patio, supongo que me lo habré dejado en el respaldo de alguna silla.

La casa estaba vacía, silenciosa, llena de vasos abandonados, servilletas de papel sucias y arrugadas. P. y su familia se habían retirado quién sabe a dónde. Mi mujer tenía razón, el chal estaba allí, descansaba suave como una hoja grande de pasta fresca sobre el respaldo de una silla del patio donde también había estado yo, mientras P. hablaba con entusiasmo de la isla, antes de que el chico aquel se sintiera mal.

La madre de ese niño estaba frente a mí. La vi de espaldas, pero la reconocí de inmediato por el pelo recogido, la nuca tensa. Estaba sola, miraba el césped donde un puñado de niños, incluido su hijo, aún seguían jugando. Estaba fumando un cigarrillo. Cuando se volvió para mirarme, pareció haberme reconocido de inmediato ella también. Se le veía en la cara pálida la preocupación que todavía llevaba encima.

—Pero ¿qué significa exactamente «una ligera conmoción»? —me preguntó a bocajarro.

—Un estado de confusión, de perturbación, somatizado.

—Pensé que se me iba a morir. Durante una fiesta en esta casa llena de gente a la que apenas conozco.

—No se preocupe, ya ha pasado todo, yo también he oído lo que ha dicho el doctor.

—En otros tiempos yo era una persona más centrada. Sabía gestionarlo todo en mi vida. Pero en estos días, en este país, no puedo con casi nada.

—¿Y por qué razón están aquí?

—Mi marido es periodista. Le gusta Roma. Dice que ama esta ciudad

más que a mí.

—¿Y usted cómo se siente?

—No soy feliz ni infeliz. ¿Te parece bien si nos tuteamos?

—Por supuesto.

—¿Y cómo es que te quedaste con nosotros todo el rato?

—¿Perdona?

—En el césped, no te fuiste con los demás.

—Estaba preocupado como tú, por eso.

—¿Tú también tienes un hijo?

—Sí, vive en el extranjero.

—Entonces lo entenderás.

—¿El qué?

—Que hoy me ha rozado el peor susto que puede haber.

## 5

Durante unos días seguí aturdido por aquel repentino intercambio de palabras. ¿Quién era esa mujer, por qué me había hablado de manera tan franca, desarmante, salvando en un instante las distancias habituales entre dos extraños? ¿Por qué me había confiado, sin preámbulos, el hecho de que estaba en crisis? ¿Cómo se llamaba? ¿Cuándo y cómo había conocido a P.? ¿Dónde estaba el marido de quien hablaba, que amaba Roma más de lo que la amaba a ella?

Una noche, después de algunas dudas, le pregunté a mi mujer:

—Este año, en casa de P., ¿conociste a gente interesante?

—A pocos. A veces me molesta conocer a gente nueva.

—Había muchos extranjeros, cada vez hay más.

—Serán los padres de los amigos de los niños, van a la misma escuela internacional.

—¿Es buena?

—Cara, y en mi opinión sobrevalorada. Yo confío en nuestro sistema escolar.

Luego me habló de un amigo nuestro —que iba también todos los

años a la fiesta de P.— que estaba pensando en dejar de ser rector de una pequeña universidad de provincias y abrir una enoteca en una capital extranjera.

Habría sido indiscreto informarme a través de P. Seguramente mi mujer tenía razón, la mujer que me había hablado debía de ser probablemente la madre de un compañero de clase de sus hijos. Cuanto más me volvía a la cabeza esa conversación en el patio, más me llamaba la atención nuestra extraña sintonía en ese momento, como si me estuviera esperando, como si ya supiera que mi mujer se había olvidado del chal, que me mandaría entrar en la casa para buscarlo. Al final fue la única conversación de cierto peso de toda la fiesta. Nos miramos a los ojos, estábamos solos, a poca distancia, pero yo ni siquiera me presenté, cogí el chal de mi mujer y luego, murmurando algo y visiblemente incómodo, me apresuré a marcharme.

Con el tiempo, ese recuerdo se había diluido. Yo vivía con mi mujer, en la casa donde habíamos criado a nuestro hijo. Me encantaba su cuerpo todavía delgado, invitaba a cenar a los amigos de siempre, preparaba los platos de siempre que siempre me salían bien. Mientras mi mujer iba a la galería y viajaba de vez en cuando por trabajo, yo me quedaba en casa, donde escribía despacio, en un rincón de nuestro dormitorio, mi quinta novela, mis artículos, mis tibias críticas. Mi mujer volvía por la noche, yo le servía un poco de vino y fingía escucharla cuando me contaba durante largo rato sus complicadas jornadas. El sábado, una vez al mes, íbamos juntos a un concierto de música clásica, luego a cenar, o bien a la inauguración de alguna exposición. Yo iba a la biblioteca, y de vacaciones: siempre a la montaña para celebrar su cumpleaños, y a la playa, en temporada baja, cuando llegaba el mío.

En Navidad fuimos al extranjero a visitar a nuestro hijo. Allí vimos el destartalado estudio en el que vivía feliz y conocimos a su primera novia, una chica muy guapa con padres que provenían de dos continentes diferentes. Se habían conocido en la universidad. Nos llevaron a un restaurante grande y ruidoso que les gustaba mucho. Tuve la impresión de que mi hijo era más alto que yo, y más robusto a

pesar de haberse vuelto vegetariano. Prefería la cerveza al vino. La foto del chico desmañado que aparecía cada vez que encendía el móvil, sacada en un barco el verano anterior, ya no se parecía a él.

A causa de la chica ya no hablábamos en nuestro idioma. Nos describía con gran entusiasmo el barrio multiétnico donde vivía, en el que salía con su chica todas las noches de la semana para probar la cocina de siete países diferentes. Sus respuestas a mis preguntas eran educadas pero secas. Usábamos un idioma al que me costaba sacar partido, que me gustaba oír en casa de P. pero que, con mi hijo, me molestaba y me parecía falso. En Semana Santa, nos dijo, se irían los dos a hacer senderismo entre castillos y ovejas. En apenas un par de días pude intuir no solo su rechazo tácito hacia Roma sino hacia nuestra forma de vida, hacia todo el esfuerzo por haberlo educado de determinada manera.

Esa nueva ciudad le proporcionaba linfa, y sin embargo no me gustaba imaginármelo en aquel apartamento destartalado, en restaurantes ruidosos, frente a comida extravagante y cara, con una chica delgada y sonriente a su lado. No me gustaba imaginármelo en el metro repleto de gente, o en la calle solo y un poco borracho a las tres de la mañana, o en el parque los domingos jugando al fútbol sin desayunar. Temía que no fuera lo suficientemente maduro, que en el fondo estuviese triste, que se metiera en algún lío. Pero ese hijo al que le faltaban recursos, vulnerable todavía, no era mi hijo: era yo. Mejor dicho, era la versión de mí que no había podido realizar, que había descuidado, bloqueado, que, pese a no haber existido nunca, me había derrotado. Con estos pensamientos en la cabeza estuve deambulando por la nueva ciudad de mi hijo, admirando pacientemente puentes, jardines y monumentos con el cielo bajo y opaco.

En el avión, antes del despegue, mirando a mi mujer mientras revisaba el correo electrónico en el móvil, cobré conciencia de que éramos de nuevo una pareja y nada más, aunque sin ganas de tener un hijo, sin el gran proyecto de vida que nos había unido hasta entonces. ¿Qué estaba leyendo? ¿Quién le escribía? No dejaba de recibir cientos de mensajes, todos los días, de remitentes misteriosos. Un mundo denso

y ajetreado, todo suyo. En determinado momento, sin embargo, había levantado la cabeza para recordarme la fecha de la siguiente fiesta de P.

## 6

Solo cuando estábamos en el coche, por la carretera, se me había venido a la cabeza aquella madre angustiada, aquella confidencia inesperada en el patio. La había olvidado durante casi un año, no había vuelto a pensar en ella. Me había olvidado de mi curiosidad por ella en casa de P., como si fuese un paraguas, o el chal que mi mujer me pidió que fuera a recoger: algo cuya ausencia se nota durante cierto tiempo y de lo que luego podemos olvidarnos con tranquilidad. Ahora que estaba a punto de volver a esa casa, sin embargo, tenía otra vez la sensación de estar ya secretamente vinculado con ella.

En la carretera estaba nervioso, distraído. Me salté el desvío a la derecha, tomé uno equivocado, tuve que dar marcha atrás mientras mi mujer se impacientaba. Había pensado: tendría que haberme puesto otra camisa, la que llevo no me sienta muy bien. La inquietud provocada por la charla repentina en el patio me asaltaba de nuevo. Vi de repente su vestido, bonito pero poco apropiado, con toda claridad ante mí, el collar enrevesado, el color del esmalte de las uñas. Como si ese año pasado no fuera nada, y nada el paso del tiempo. No hubo siquiera un apretón de manos, solo ese entendimiento inesperado. ¿Por qué me sentía un poco culpable?

Se me vino a la cabeza un episodio antediluviano y un poco tonto, justo antes de conocer a mi mujer. En aquellos días solía ir a nadar a un gimnasio donde me topaba siempre, al borde de la piscina, una vez a la semana, con una chica que me saludaba y me sonreía. Ella nadaba hasta las diez en la calle en la que yo entraba inmediatamente después. Durante cierto periodo, toda la semana giraba en torno a ese saludo al borde de la piscina, hasta el extremo de que corría por el vestuario para verla. Nunca hablábamos de nada. Se limitaba a decir *que nades bien*,

cosas así. Pero cada vez que me miraba y me hablaba me sentía en el centro de su vida. Nos estuvimos cruzando durante un par de meses, luego la chica dejó de ir. Más tarde conocí a mi mujer, pero al principio, en la cama, me acordaba de la mirada y de la sonrisa de la otra, así era.

Mientras aparcaba el coche, pensé: quizá la mujer en crisis no esté, quizá esta vez no haya sido invitada, o tal vez tenga otro compromiso. No podía dar por descontada su presencia. En cambio, nada más entrar, después de saludar a P. y a su marido, mientras mi mujer ya estaba conversando por su cuenta en la habitación de al lado, la vi.

Estaba sentada en el comedor, debajo de una ventana, en una de las sillas alineadas contra las paredes alrededor de la habitación para que pudieran circular los invitados. A su lado estaba su marido, un hombre alto y apuesto, de pelo blanco y reluciente, un rostro joven y bronceado incluso en enero. Debía de ser su marido, porque estaban compartiendo el mismo plato, apoyado en el regazo de él, con dos tenedores, de modo que cada uno pudiera sujetar en la otra mano una copa de vino. Ella no hablaba con él, sino que se dirigía a otras dos mujeres sentadas a su derecha, pero había demasiado ruido, ni siquiera podía oír bien su voz.

Estaba muy cambiada. Se reía, contaba una anécdota divertida en la que ella era la protagonista, mientras su marido la escuchaba y sostenía el plato. Parecía un tipo atento, simpático, aunque un poco tenso. Ella hablaba con soltura e ironía. No me parecía en absoluto una mujer en crisis.

Iba vestida de negro, como la mayoría de las demás mujeres de la fiesta. Sin collar, solo ese triángulo de piel al descubierto. Un par de pantalones ajustados adecuados para la época del año, unas botas en piel martillada. En el pelo, más largo, había algunas canas sueltas a las que evidentemente no hacía caso. Había perdido peso, estaba incluso más guapa, con esa belleza ajada que la favorecía. Al igual que mi hijo, pasado un año se la veía más a gusto, más radiante. Vivíamos en la misma gran ciudad, que en cierto modo era un pueblo, y, sin embargo, nunca nos habíamos cruzado, ni en un solo restaurante, ni en una farmacia, ni en la calle o en el gimnasio. Volvíamos a vernos solo en

esta casa, solo en la fiesta de P.

—Oye, estamos en el patio, se está muy bien fuera —me dijo un viejo amigo al verme.

—Ahora voy.

Caminaba alrededor de la mesa lentamente, eligiendo el queso, las verduras crudas, los embutidos. Intentaba transmitirle mi presencia. No la oía a ella, oía, en cambio, la voz ligeramente ronca de mi mujer, que me molestaba incluso en medio de toda esa gente.

Cuando su marido se levantó para buscar una papelera donde tirar su plato me la quedé mirando, a la espera de que me correspondiera. Me esperaba, qué sé yo, una sonrisa parecida a la de la chica de la piscina. Pero seguía absorta en esa anécdota que estaba contando.

Yo no dejaba de mirarla, y ella no dejaba de hablar. Su marido no estaba, mi mujer seguía en la habitación de al lado. Cuanto más la miraba, más me evitaba, serena. Pero luego, de repente, levantó la mirada, solo un momento, y me enseñó sus ojos llenos (pensaba yo) de furia y de exasperación, ojos cegadores que relucían (esperaba yo) por mí.

## 7

Aquella hipótesis me gustaba: una relación movediza, una cita fija y exclusivamente nuestra en medio de la fiesta. Me parecía una infidelidad aceptable, totalmente perdonable, parecida a cuando pensaba en la chica de la piscina mientras estaba ya con mi mujer. En realidad, no quería aventurarme a nada, me bastaba con ese vínculo grávido de posibilidades. Sería un encuentro esplendoroso de unas pocas horas refrenado siempre por un año de separación.

Nunca había traicionado a mi mujer, ni siquiera en esta ciudad donde todos traicionan a todos. Aparte del pequeño devaneo con la chica de la piscina siempre había sido un hombre fiel, acostumbrado, antes incluso de conocer a mi mujer, a que me dejaran a mí, incluso a que me traicionaran, y no al revés. No era mi naturaleza, me faltaba el impulso.

Aceptaba las actividades, los compromisos de mi mujer —los continuos mensajes en el móvil, las cenas sin mí, los viajes de trabajo que hacía sola al extranjero, los breves saltos a otra ciudad—, sin dejar de reflexionar sobre las posibles consecuencias: tal vez una noche inmediatamente olvidada con uno, o una comida y un paseo luego por el jardín botánico con otro. Pero como yo no era celoso por naturaleza, mis hipótesis nunca pasaban de tales. Lo que callamos se hace cargo de preservar el afecto añejo de toda pareja. Así habíamos pasado veintitrés años juntos sin perturbaciones graves, sin terremotos.

Lo repito, me habría bastado con ese divertimento pueril, indolente. Y en cambio no, solo un par de meses después, mi mujer me mencionó otra fiesta en casa de P.

—¿Tan pronto? ¿Cómo es eso?

—Dice que su hijo mayor está aprendiendo a bailar, y que mientras le enseñaba a bailar le entraron muchas ganas de organizar otro tipo de fiesta. Será algo distinto, de noche, sin niños.

—¿Nosotros hemos enseñado a bailar a nuestro hijo?

—No sé.

—¿Sabes quién irá?

—Un montón de gente, como siempre, supongo.

## 8

Esa noche hacía muy mal tiempo. Durante todo el día yo había tenido náuseas. Era incapaz de probar bocado, y no conseguía concentrarme sentado en mi escritorio.

—Ha sido una semana muy larga, me duele la cabeza y no se me pasa —le dije a mi mujer.

—¿Y entonces?

—¿Qué te parece si nos quedamos en casa?

Ya sabía que mi propuesta era inútil. Ella se estaba vistiendo con esmero, había elegido un vestido corto que no se había puesto en mucho tiempo.

—Esta noche bailamos y nos olvidamos de todo, venga.

Parecía, en la oscuridad, un nuevo destino aún más remoto, ajeno. La conducción me resultaba cansada; la hermosa carretera, resbaladiza. El clima primaveral daba la impresión de ser un error. Me sentía perdido, incapaz de reconocer nada.

—¿Sabes que han sufrido un robo en casa hace poco? —me dijo mi mujer mientras aparcaba el coche detrás de una larga fila de vehículos.

—¿Quién?

—La familia de P. Estuvieron tres días fuera, se han llevado todas las joyas.

—¿No las guardaban en la caja fuerte?

—Por desgracia no, ella siempre ha sido un poco desorganizada.

También la casa, casi a oscuras, me pareció extraña. Habían apartado los muebles para dejar sitio. La hija de P. nos había recibido en la entrada y se había llevado nuestras chaquetas quién sabe a dónde. Me quedé al lado de mi mujer. Habíamos ido juntos a buscar el primer vaso de vino espumoso, a llenar los platitos de plástico con rebanadas de pan, virutas de queso, miel, muy pegados, como si fuéramos una pareja tímida, de esas que llevan saliendo poco tiempo.

Había visto a todas las personas conocidas y desconocidas con las que me encontraba siempre en casa de P. Aparte de la configuración de las habitaciones despejadas, era más o menos una escena sin cambios, y sin embargo era incapaz de integrarme como otras veces, mientras buscaba a esa mujer me sentía demasiado trastornado. Estaba junto a su marido al otro lado de la habitación. Y esta vez no me evitaba. Me miraba a través de la multitud, constatando mi presencia sin sonreír, sin inquietarse, sin comunicar nada.

Después de la cena empezamos a bailar. El primogénito de P. era el encargado de elegir la música, una serie de canciones insulsas de nuestra juventud. Yo bailaba con mi mujer, ella con su marido. Los otros hijos de P. bailaban entre nosotros, bailaban con P. y su marido. P. bailó con mi mujer, incluso conmigo. Estaba un poco borracha, descalza, cariñosa, sin ninguna joya, pero chispeante. Os quiero un montón, nos decía a mi mujer y a mí, mientras bailábamos los tres.

El efecto de esa música era liberador, llegaba incluso a conmovernos. Nos arrebataba mágicamente del presente siempre angosto y huraño, y nos devolvía un resquicio de esperanza. Recordábamos, cada uno por su cuenta, nuestras vidas anteriores: vidas aún por realizar, vidas ridículas, a salto de mata, espléndidas. Observaba a mujeres que no se las daban de señoras, que se conservaban bien. Y, sin embargo, ya no éramos jóvenes, a esas alturas estábamos llenos de grietas, de problemas de salud, de decepciones. Las canciones nos trasladaban al pasado, evocando nuestros primeros besos, las primeras relaciones, emociones históricas, las primeras sacudidas del corazón, dolores menores, enterrados, nunca resueltos, que nos habían marcado para siempre.

Ella y yo bailábamos juntos, por separado. Fue un tormento, pero también un triunfo. Nos mirábamos durante unos segundos, de vez en cuando tocaba una parte de su cuerpo, los hombros, las caderas. Seguíamos clavados a nuestras respectivas vidas, pero me gustaba la sensación de que por debajo éramos también descarados, cómplices.

Fuera aún seguía lloviendo, pero dentro hacía calor, un calor opresivo. Estaba empapado de sudor. Le dije a mi mujer que me hacía falta un poco de agua. Fui al baño, me enjuagué la cara. Luego me acerqué a la cocina para buscar un vaso. Allí descubrí un complejo sistema montado en las paredes para vigilar los puntos de acceso a la casa. Había varias pantallas pequeñas, cada una con una vista diferente: la verja, el césped, el patio. Todas las imágenes me parecían, de noche, bajo la lluvia torrencial, una especie de ecografía funesta, rica de significado, pero completamente indescifrable.

Cuando volví, vi que las luces estaban encendidas. El espacio desnudo, recién abandonado, me recordaba en cierto modo el estudio de mi hijo. Nadie bailaba ya, la música se había detenido. En otros tiempos, solo habría sido una pausa, pero ya estábamos cansados.

Mi mujer estaba delante de la mesa. Tomándose un pastelito. Y hablando con ella. No se habían dado cuenta de mi presencia. Mi mujer le había dicho:

—Estaba admirando tu collar mientras bailábamos, es precioso,

¿dónde lo has comprado?

—En una tienda muy bonita, a tiro de piedra de donde vivimos.

—¿Hace cuánto tiempo que vivís en Roma?

—Desde hace tres años.

—¿Estáis aquí por trabajo?

—Mi marido sí. A él le gustaría vivir aquí para siempre.

—¿Y a ti?

Se encogió de hombros.

—Para siempre es una palabra que impresiona.

Fueron a buscar sus bolsos, sacaron los móviles. Sin pensárselo mucho intercambiaron los números de teléfono y concertaron una cita.

## 9

Y de tal manera esta historia mía había tomado un giro inesperado. La desconocida con la que solo había mantenido una conversación, un diálogo fulminante y fragmentario, y a la cual me sentía inexplicablemente vinculado desde entonces sin saber siquiera su nombre, se hizo amiga de mi mujer. Iban a comer una vez al mes, y luego a comprarse ropa y zapatos juntas. Mi mujer la consideraba una amiga secundaria, ocasional. No para invitarla a casa, no para sumarla a nuestra vida común, sino para verla de vez en cuando de manera privada, a su manera.

A través de su amistad descubrí un par de cosas: su nombre —L.— y el barrio —San Giovanni— donde vivía. Un día mencionó los frecuentes viajes de su marido, sus idas y venidas entre esta ciudad y otra capital. Tenían un hijo, ese que se había sentido mal en el césped, que iba, como ya había intuido mi mujer, al mismo colegio que uno de los hijos de P. En otros tiempos, L. también había trabajado, en la redacción de una revista, pero aquí se dedicaba a estudiar diligentemente nuestro idioma y pertenecía a un grupo de mujeres extranjeras que visitaban los innumerables monumentos, puntos de interés y excavaciones de la ciudad. Aparte de estos detalles, mi mujer no me hablaba de su nueva

amiga.

Sabía que era normal, razonable incluso, cultivar amistades como esa fuera del matrimonio. No había nada sexual en ello. Y, sin embargo, yo sufría. Escribía mal, no respetaba los plazos acordados de mis proyectos, envidiaba a mi mujer.

Envidiaba a mi mujer, pero al mismo tiempo le estaba agradecido. Era imposible que L. no pensara en mí durante esos almuerzos, cuando iban juntas a dar un paseo o a una exposición. Era imposible que mi mujer no le hablara de mí, de nuestro largo matrimonio lleno de previsibles altibajos, de sus probables historias con otros hombres, de la conflictiva relación con nuestro hijo. Era imposible que yo, de alguna manera, no estuviera presente. Sabía, después de más de veinte años de matrimonio, cómo hablaban las mujeres entre ellas, los asuntos archivados que se diluían en ese vapor amigable, que salían a relucir mientras compraban zapatos, comían una ensalada, admiraban unos cuadros.

Pero ¿qué esperaba yo? ¿Una historia real con L.? ¿Una cita, unas horas en un hotel, juntos en la cama? No lo creo. Incluso después del baile no pensaba en su cuerpo, en sus manos, en cambio estaba obsesionado con el diálogo del patio, cuando ella estaba trastornada, preocupada por su hijo, y se había confiado conmigo. Aquel momento me parecía más transgresor casi que un acto erótico. ¿Qué habíamos compartido? Un intercambio íntimo, inexplicablemente fecundo. Y ahora, de forma igualmente inexplicable, compartíamos a mi mujer.

Así pasó la primavera, toda una estación. Yo seguía pasivo, socarrón, esperando alguna novedad: una cena juntos, una propuesta para ir al teatro con L. y su marido. Pero por encima de todo esperaba con paciencia que llegara el invierno y la siguiente fiesta de P., aunque —a estas alturas ya lo sabía— esa oportunidad leve, ese bálsamo que tanto me importaba, ya se había visto mellado.

Sin embargo, bien entrado el verano, P., de nuevo, de repente, dio otro golpe de timón. Mi mujer y yo habíamos vuelto de las vacaciones, ya habíamos guardado en el trastero los bañadores, las toallas, las sandalias de playa. Por mi parte, no aguardaba otra cosa más que la luz tenaz y consoladora del otoño, los cogollos de achicoria en las casas de comidas y las bandadas de estorninos que zigzaguean en el cielo, que aparecen y desaparecen como tornados o remolinos gigantes de ceniza, cuando P. nos invitó en el último momento a la isla donde ella y su familia pasaban todos los años dos meses completos. Tenía a su disposición una pequeña casa con vistas al mar —los inquilinos habituales habían cambiado de planes— y estaba segura de que sería ideal para escribir, dado que, como le había dicho mi mujer, llevaba atascado bastante tiempo.

—Lo cierto es que a mí también me gustaría volver, y desembarazarme del susto de mi infancia —anunció mi mujer, refiriéndose a ese pobre hombre al que, décadas antes, había visto morir en la piscina.

Y dado que ese año el verano era particularmente tórrido, y que en realidad mi mujer y yo teníamos la sensación de perder el tiempo en casa, volvimos a hacer las maletas, condujimos hasta el puerto y nos embarcamos en el transbordador. La isla era una roca en medio de la nada, algo parecido a la casa de P.

Durante una serie de días no hicimos nada más que disfrutar de relajantes baños al final de la mañana, almuerzos ligeros y refrescantes, paseos hasta el faro con la puesta de sol. El mar era transparente, lleno de oscuras volutas. El sendero que recorría la isla era precioso, pero en algunos tramos había que tener cuidado a causa de las hendiduras, una vez una mujer, mientras le sacaba una foto a su marido, se había matado despeñándose, nos contó P. Navegábamos alrededor de la isla en el bote de goma y comíamos pescado al horno por la noche en la terraza con espirales y velas de citronela para ahuyentar a los mosquitos.

P. y mi mujer cogían el barco todos los días, antes o después de comer, para ir a hacer la compra. Se ponían vestidos acampanados de

lino, volvían con alguna adquisición extra, un ingenioso brazalete hecho de corcho, un perfume que olía a sal, objetos de silicona de colores para la cocina. Cocinaban juntas, recordando los años en los que habían vivido felices en el mismo piso antes de casarse y tener hijos. El marido de P. venía los fines de semana, pero luego se marchaba para volver al trabajo, los niños jugaban al ping-pong todo el día o en la playa, se tiraban temerariamente desde el trampolín, a menudo se ocultaban juntos en algún escondite.

Nuestra casita era muy mona, sugestiva, un poco oscura pero fresca. Había pertenecido a un tío de P., que también era escritor, y allí pude descubrir muchos libros antiguos, queridos, con anotaciones a lápiz. Era un espacio recogido, de estilo masculino, en realidad una sola habitación, sin cocina, con una ventana cuadrada con vistas al mar y que se abría como la puerta de un armario. El mobiliario se había conservado como estaba, y los sillones suaves y descoloridos, la madera oscura y reluciente, el olor a rancio, todo parecía suspendido en el tiempo.

Nada más entrar me sentí a gusto; era un lugar reconfortante, tuvo en mí casi el mismo efecto que la casa de P., solo que aquí no había ninguna fiesta, al contrario, era un refugio para aislarme, concentrarme. Pensé, un poco molesto: sería realmente ideal disponer de una casa como esta para escribir, qué lástima que mi mujer evite este sitio, que no me haya traído aquí hasta ahora. Le hubiera gustado también a nuestro hijo, hace años, pero ahora no hay lugar aquí para él ni para su novia. En realidad, solo había dos sofás, uno frente al otro, que se convertían en estrechas camas, individuales, separadas, una para mí y otra para mi mujer.

Una vez que me instalé en esa casita empecé a escribir a buen ritmo, sentado, encorvado, en el diminuto escritorio contra la pared, o tumbado en uno de los sofás cama. Me saltaba la comida con P. y mi mujer para tomar un bocadillo en el bar a eso de las tres, con la cabeza en ebullición. Me sentía feliz con esa propina veraniega, y por la inspiración que había encontrado en aquella isla, en aquella casita recogida y confortable.

Había llegado el mistral, como era de prever: tres días de viento continuo, de ráfagas ensordecedoras. El primer día de tormenta empecé un cuento nuevo que trataba de L. Estaba ambientado en casa de P. En aquella versión inventada la trama era más previsible: ella y yo teníamos una historia de verdad. Mientras miraba el mar que avanzaba blanco, desatado, estuve reflexionando sobre nuestra conversación en el patio —en la versión inventada nos besábamos inmediatamente—, tratando de agrandarla. Había incluido la escena en la que bailábamos juntos y también por separado —me pareció un giro crucial en la trama—, y había eliminado la amistad entre L. y mi mujer, un elemento que a fin de cuentas estaba de más. Había plasmado y cambiado los hechos reales hasta que me pareció un cuento vagamente cautivador, de esos que gustan a las revistas literarias. Lo único que me hacía falta era la conclusión, la escena culminante.

Esa mañana decidí darme un baño, para despejarme completamente la cabeza antes de ponerme a escribir. Acababa de pasar el mistral y el agua era de nuevo una tabla transparente. Bajé a una calita resguardada, comprobé que no hubiera medusas en el agua. Me dirigí hacia una boya roja, cruzando un hermoso paraje verde, siguiendo un banco de pececillos. Estaba en medio del verde cuando vi una lancha motora que se acercaba hacia mí. Me detuve, levanté los brazos, pero la lancha seguía acercándose. No me molesté en gritar, habría sido inútil: el silencio del mar, aguas adentro, lo borra todo. Pese a que me sentía lento, débil, asustado, conseguí de algún modo apartarme, y alcancé la orilla.

Volví a casa pálido, trastornado todavía. Pero mi mujer no estaba, también la casa de P. estaba vacía. En el pequeño escritorio había una nota: *Nos hemos ido a hacer la compra, hasta luego.* Me daba vueltas la cabeza, me hacía falta un zumo de naranja. En el bar me encontré con uno de los hijos de P., el que tenía trece años.

—¿Qué tal, todo bien? —me preguntó.

—Casi me embiste una lancha.

—¿Estabas nadando solo?

—Sí.

—Es mejor no salir a aguas abiertas.

—¿Y vosotros? ¿Os lo pasáis bien?

—Al final se me hace un poco aburrido. El año que viene me gustaría ir a algún otro sitio, pero mi madre insiste siempre en venir aquí.

—Ánimo, entonces.

—Por lo menos esta noche viene un amigo mío.

—¿Quién es?

—Un extranjero muy listo que va al colegio conmigo. Está en el barco con sus padres, el padre es un buen navegante. Pasan por aquí y vendrán a cenar.

## 11

Al atardecer bajamos al puerto para recibirlos. Era un bonito barco de motor. Estaban bajando las defensas. El marido estaba al timón, el hijo estaba tendiendo las cosas mojadas, L. iba y venía por la embarcación. Se movía rápidamente, preguntando a su marido qué había que hacer antes de amarrar. Llevaba un par de guantes especiales para manejar los cabos. Se le daba bien atarlos y desatarlos. Pude percatarme de la comunicación efectiva, esencial, entre marido y mujer.

Cuando terminaron la tarea y apagaron el motor, nos saludaron. L. estaba bronceada, su marido también, el hijo había superado en altura a ambos padres. Me fijé en las piernas oscuras, musculosas de L., una cicatriz en el muslo. Estaba descalza, sudorosa, con el pelo revuelto por el viento. Se puso rápidamente un pareo transparente, un par de sandalias elegantes pero desgastadas.

De repente quise interrumpir la escena, quise entrar en la cabina, en ese barco, con ella. Como si me empujara el mistral, como las olas que se movían sin pausa en una sola dirección, un impulso agudizado también por la versión falsamente planteada de nuestra historia, me moría de ganas de besar esa boca, de sentir esa piel salada, de soldar formalmente nuestra conexión sin tener que compartirla con nadie. En cambio, cuando bajaron del barco, nos saludamos con un apretón de

manos, y ella me dijo simplemente «Hola».

Nos habíamos instalado en la terraza de P. Éramos cinco, el marido de P. volvería al día siguiente, y el hijo de L. había ido enseguida a reunirse con su amigo en la placita. Utilizamos nuestro idioma, a esas alturas L. y su marido, después de haberlo estudiado escrupulosamente, lo hablaban de forma más o menos fluida. El vendaval había barrido los mosquitos. El aire era limpio, agradable. En la mesa yo estaba sentado al lado de L., presidiendo la mesa. P. y mi mujer se sentaban a un lado, L. y su marido frente a ellas.

Bebimos mucho esa noche, aunque L. menos que nosotros, sufría mareos de tierra. El marido comentó las recientes elecciones y contó sus aventuras en el barco, describiendo sus islas y calas favoritas. En el mar se vive con poco, pero hay de todo, dijo.

Comimos una ensalada de arroz, luego pescado y unas rodajas de sandía. L. me pasaba la fruta, la botella de mirto. Y mientras comíamos y hablábamos, mientras mirábamos las estrellas y escuchábamos las olas, mientras echaba un vistazo de vez en cuando a ese triángulo una vez más al descubierto, ligeramente rebajado, extraordinario, formado por las clavículas y los hombros, comprendí una cosa: que L. y su marido, durante el crucero, habían tomado una decisión. Dentro de un mes regresarían a su país, su estancia en Italia había terminado. Las razones eran de tipo práctico: el marido se había hartado de estar viajando continuamente, el hijo estaba a punto de empezar el primer año de secundaria, y L., por su parte, echaba de menos su vida laboral que, viviendo aquí, había tenido que sacrificar. Sentían irse, hablaban ya con nostalgia de ciertas cosas, pero se notaba que la decisión de retomar la vida de antes había sanado su equilibrio familiar, que el precipicio por el que habían corrido el riesgo de despeñarse ya no los amenazaba.

—Tal vez volvamos para Año Nuevo, nos gustaría disfrutar un poco del hermoso sol invernal, del *panettone* y del *pandoro*, de comer fuera en enero.

—Muy bien, así vendréis a mi fiesta, quedáis emplazados —dijo P.

Los acompañamos de vuelta al puerto, nos despedimos en el muelle.

«Adiós», me dijo de nuevo L. —nada más—, y en ese momento de confusión la besé, primero en las mejillas, pero luego mi boca se deslizó hasta la piel salada de la clavícula, plantándose en ese triángulo hundido. Me quedé pegada a ella unos segundos, luego levanté la cabeza, mortificado, y murmuré: «Perdóname».

Se apartó de inmediato, y tal vez me lanzara una de esas miradas del pasado, llena de furia y exasperación, pero estaba demasiado oscuro para saberlo.

Y después de saludar y dar las gracias a los demás, después de abrazar a mi mujer y a P., se fue con su familia a pasar la noche en el barco, frente a una cueva apartada, en un angosto camarote al lado de su marido. Mi mujer, en cambio, que había entrevisto ese beso errante, una vez de vuelta en nuestra casita me estuvo insultando hasta el amanecer.

—¿Hay algo entre vosotros dos?

—Nada, apenas la conozco.

—Eres un idiota, ella era amiga mía.

—Y lo sigue siendo.

—Lo dudo. Vine aquí a propósito para librarme de una carga, pero gracias a ti tengo otra.

—Lo siento.

Mi mujer se negaba a calmarse, siguió agrediéndome, luego se echó a llorar, transformando aquel santuario creativo mío en un infierno.

## 12

Al día siguiente, a toda prisa y antes de lo esperado, también nosotros abandonamos la isla de forma expeditiva. No hubo necesidad de explicarle nuestra marcha a P., visto que había besado a L. delante de ella y de sus hijos. Todos habían sido testigos y, además, a pesar del silbido del viento y del ímpetu de las olas, probablemente oyeron nuestra discusión hasta el amanecer. Pasé días tachándome a mí mismo de idiota, sintiéndome avergonzado, pero como mi mujer, una vez de

vuelta en la ciudad, no volvió a hablar del episodio, la desagradable sensación fue pasando.

Retomamos nuestras costumbres, pero yo estuve largo tiempo a la deriva. Había abandonado el cuento; me di cuenta de que el texto en el que trabajaba era un precipicio. El asunto entre L. y yo no pasaba de ser una premisa insustancial, nunca habría funcionado. Sin embargo, la trama que ya había tejido se había fusionado por un momento, en la isla, con la realidad: me había empujado a herir y humillar a mi mujer, algo que ella, comportándose de manera distinta, con discreción, nunca me había hecho sufrir en el prolongado periodo de nuestro matrimonio.

Yo ya había decidido, antes de Navidad, que no iría ese invierno a la fiesta de P. En caso de que L. estuviera de visita con su familia, ya tenía una excusa preparada. Solo que antes de Navidad P. se había vuelto a poner enferma. La situación empeoró rápidamente, hasta que el hábil doctor que le había salvado la vida nos dijo que no había nada más que hacer.

Unos meses más tarde me encontré en el funeral y más tarde en la casa donde habíamos festejado a P. varias veces. De nuevo en un soleado y templado día de invierno. Un sábado por la tarde, unas semanas antes de su cumpleaños, con los invitados de las fiestas precedentes, todos sus amigos más queridos.

Mi mujer estaba destrozada, había perdido a quien era casi una hermana. Nos dimos la mano antes de entrar en la casa. Todas las mujeres iban vestidas de negro, aturdidas. Los hijos de P. que, locos de alegría, tanto se habían divertido en la isla en verano, estaban de pie en fila, inmóviles en una de las habitaciones. La niña estalló en lágrimas cuando mi mujer la abrazó.

—Esta fiesta era importante para ella —me dijo su marido—. Todos los años la esperaba con ansia.

—Yo también —le contesté.

Hablamos de P. Dijimos que era una persona, una mujer singular, luminosa, la única con fuerzas para recibirnos a todos. Para abrir la puerta innumerables veces, para llenar la casa y atender a la gente.

Aparte de la ausencia de P. y de su hospitalidad, en el fondo había

pocas diferencias. Hasta el propio funeral no dejaba de ser una especie de fiesta. Los chicos, al cabo de un rato, se pusieron a jugar otra vez en el césped. La comida llenaba la gran mesa ovalada en la habitación de las muchas ventanas, con todas las sillas dispuestas en círculo para permitir que los invitados deambularan.

Estuvimos comiendo, charlando. Solo que después de una muerte, hasta nuestro propio aliento, nuestras sombras aturden, todo parece indecoroso, indecente, durante cierto tiempo.

Nunca volveríamos a reunirnos en esa casa. Ya estaba en venta. El marido, los niños no se sentían capaces de seguir allí.

L. no estaba allí. No me sorprendió. Al ser una presencia periférica, un huésped intermitente, no había sido invitada al funeral. Vi a pocos miembros de su grupo, las personas que hablaban varios idiomas, que pasaban brevemente por nuestras vidas. Al igual que P., nuestra historia, un callejón sin salida de escasa sustancia, que acabó con la estupidez de mi gesto, se había desvanecido.

No me puedo quejar. A diferencia de mí, P., a quien debo estas páginas, no sobrevivió a la urdimbre, y acabó mal. Nunca irá a ver a sus hijos a otros países, ni llorará la distancia y el tiempo que pasa, esa trama automática y despiadada de la vida que nos concierne a todos y que acaba por hacernos doblar la rodilla. Sus fiestas, sin embargo, permanecieron dentro de mí, y todavía hoy me reconforta pensar en ello: la casa escondida atestada de gente, el césped resplandeciente, el desapego sublime de algunas horas. Un escenario que me era querido, un punto de partida fecundo que he tratado de ampliar, de contar, en el que fui, durante un breve periodo, un marido desleal, un autor desbordante, un hombre feliz.

# Casa luminosa

UNA CASA LUMINOSA TE CAMBIA LA VIDA.

Después de la mudanza en primavera con nuestros cinco hijos de dos, cuatro, seis, siete y nueve años, a mi mujer ya no le asustaban tanto las escaleras mecánicas que te devoran las piernas, los temblores al amanecer que abren de par en par las puertas de los armarios, los quitasoles inestables que se vuelcan a dos metros de ti mientras estás eligiendo con calma los tomates en el tenderete de la plaza, los árboles enfermos o descuidados con raíces podridas o cortadas que se desploman en medio de la calle y caen sobre los coches y sobre las personas.

Un día, mientras llevaba a uno de nuestros hijos en el cochecito, había presenciado la muerte de un pobre hombre destrozado por un pino: sentado en su coche, esperando tal vez a alguien, aburrido, mientras revisaba los mensajes de su móvil. Mi mujer se quedó esperando petrificada durante más de una hora, como si fuera un ser querido, a que llegaran los carabineros y los bomberos para sacar el cadáver y llevárselo. Según me contó, el coche parecía una de esas botellas de plástico que se aplastan con las manos antes de reciclarlas para ahorrar espacio en el contenedor de basura. Permaneció encerrada en casa durante semanas, trastornada, y no se sentía capaz de llevar a los niños de paseo a ninguna parte.

En aquella casa, por el contrario, al este de la ciudad, ya no le asustaban los peligros que siempre están al acecho, las desgracias que aparecían en los periódicos y que podían ocurrirle a cualquiera. Ni siquiera le molestaba ya el quejido chirriante de la tetera cuando el

agua estaba caliente ni los lloriqueos o caprichos de los niños —tres chicos, el primogénito manso y demacrado, el segundo un poco regordete, el tercero que ya llevaba gafas, y entre ellos dos niñas muy espabiladas, ambas con los labios y las cejas finas y perfectamente curvas de la madre—, que ponían patas arriba las habitaciones.

El apartamento, en el primer piso, solo tenía cincuenta metros cuadrados, pero por primera vez teníamos un diminuto dormitorio para nosotros que iluminaba el sol matutino, donde nos despertaba el impacto de la luz junto a los pajaritos que intercambiaban mensajes secretos e incomprensibles para nuestro mundo. Nos gustaban las sábanas suaves y había una luz blanca que inundaba el alma cada vez que, cuando los pequeños se echaban la siesta, conseguíamos cerrar la puerta y hacer el amor. Bromeábamos incluso sobre la idea de tener un sexto hijo. El aire alrededor de esa casa nunca estaba quieto, lo que fue nuestra salvación en aquella primavera precozmente calurosa. Dentro de aquella casa parecía casi como estar en la playa, incluso se oían algunas gaviotas, una playa de verdad, nos decíamos sorprendidos, como si estuviéramos de vacaciones, a orillas del mar, sin las molestias de la arena y de las medusas, pero sin renunciar a esa luz que penetra en los huesos y te permite, si cierras los ojos, ver ese rojo fosforescente detrás de los párpados.

En las afueras se veía muchísimo cielo, un cielo realmente infinito; a veces, a pesar de las obras de construcción y del abundante hormigón, teníamos la sensación de estar en el campo y no en la ciudad. Había árboles, aunque no muchos; sí, en cambio, por las calles, una impresionante maraña de cañas altas y afiladas inclinadas en la misma dirección, como lanzas listas para ser arrojadas por un vasto ejército en un mundo donde todavía se luchaba cuerpo a cuerpo. Algún trapicheo que otro debajo de casa, pero qué se le va a hacer, son cosas que pasan incluso en el centro, en las prósperas plazas frecuentadas por los turistas.

Estábamos muy contentos con esa mudanza y no le hicimos caso a la

vecina, una viuda anciana y un poco encorvada que, mientras nos afanábamos con las cajas, nos había ofrecido amablemente café y rosquillas, servidas con manos temblorosas y veteadas de ramitas verde oscuro. Había admirado el velo que enmarcaba el rostro de mi mujer, diciendo que le recordaba a las mujeres nobles de otros tiempos que se ven en las pinturas descoloridas u oscuras de iglesias y museos. Nos puso en guardia acerca de la zona, había algo de delincuencia y nosotros, en cambio, en su opinión, éramos una familia como es debido.

Pero incluso cuando tienes todo lo que has soñado quieres más, y una vez instalados en el piso con la ropa dentro del armario, los tenedores dentro de los cajones y una pequeña planta en el alféizar de la cocina, pensamos en lo estupendo que sería tener nosotros también un balconcito como los del edificio de al lado, aunque fuera pequeño, solo para poner alguna planta más. En el balcón que se veía desde nuestro dormitorio mi mujer me había señalado una ramita de hibisco fucsia que asomaba al vacío como si fuera una hermosa caña de pescar balanceándose frente al cielo. Me dijo que le gustaría ser esa ramita en flor que se mecía tan tranquila, libre, vivaz, acunada y sostenida por el aire y nada más. Por la mañana aparecían las palomas con otras ramitas en el pico para arreglar su casa, al lado de la manivela para desenrollar y enrollar el toldo. Había una mesa de metal blanco debajo del toldo, pero nunca se veía a nadie sentarse a comer o a charlar con la puesta de sol. Solo apareció una vez una señora en pantuflas con una escoba, que, con cierta satisfacción, había desmantelado el nido.

Dentro de esa casa me sentía yo también por primera vez protegido de la ciudad y del barrio, lleno de habitantes y tenderos que toleraban nuestra presencia, aunque sin exagerar. El carnicero, por ejemplo, que cortaba la carne sin preguntarle nunca a mi mujer, con su vestido hasta los pies y la cabeza protegida por el velo —solo así se sentía cómoda si salía por ahí—, cómo quería que le preparara el pollo o el hígado, algo que, en cambio, sí hacía amistosamente con el resto de las señoras. Por

lo demás nos parecía un barrio poco ruidoso, tapiado por esos juncos altos y tupidos. A un lado había un enorme hospital y al otro lado estaban las vías férreas. El hospital ocupaba mucho espacio, la gente entraba por una calle siempre con mucho tráfico mientras que, en la calle paralela, más apartada, estaban las cámaras mortuorias. En el medio se repartían los distintos pabellones, así como senderos, matorrales y parterres, como si fuera una pequeña ciudad. Tenía verjas altas, pero dejaban pasar a todo el mundo, así que nosotros entramos un par de veces con los niños a dar un paseo como si fuéramos los familiares de algún paciente hospitalizado. Y hasta nos sentamos en un banco de allí para admirar las adelfas encendidas, las fragantes magnolias, y yo me fumé un cigarrillo mientras los niños jugaban al escondite. Por supuesto, no faltaban algunas pintadas de rechazo hacia nosotros aquí y allá en los edificios de la zona y en los muros que rodeaban el hospital, pero esas cosas, por desgracia, se encuentran en todas partes.

Tumbado en la cama, me gustaba observar el borde del toldo descuajaringado en el balcón del edificio contiguo al nuestro, el del nido y la rama de hibisco que tanto le gustaba a mi mujer. A causa del viento, el borde temblaba casi sin parar, la tela estaba completamente desteñida y algunos flecos colgaban como si fueran mechones o matojos de hierba. Era un borde festoneado, que originalmente tenía una serie de ondas del mismo tamaño, iguales. Ahora cada onda era diferente, algunas, partidas en dos, creaban una separación y parecían una especie de telón, o un papiro sagrado carcomido por el tiempo, como los que vendía el tipo del mercadillo de antigüedades y almonedas en el que trabajaba los domingos. Aquí y allá el dobladillo del toldo se había desprendido del borde y había formado una especie de ojo vacío que contenía el cielo, y de vez en cuando, perturbado por el viento, incluso esa nada se levantaba.

Al mirar ese toldo deshilachado y agitado, no pensaba en la guerra ni en los soldados que habían matado a mis abuelos, ni en el sucesivo

viaje con mis padres hacia este país, con las mariposas blancas que revoloteaban sobre la superficie del mar, un enjambre frenético pero alegre que nos acompañaba, que casi casi parecía guiarnos.

Nos habíamos instalado en un campamento, luego en una caravana o donde podíamos. De modo que crecí en lugares diferentes de la ciudad, todos ellos para olvidar, junto con mis padres, mis hermanos y los demás parientes que llegaban de vez en cuando, uno tras otro. El sábado ayudaba a mi padre en el mercadillo a arreglar relojes, cambiar las pilas o la correa o todo el mecanismo. Venía un montón de gente para comprar objetos, en su mayoría inútiles.

Era todavía joven cuando mi padre pasó a mejor vida. Por desgracia, yo aún no había aprendido bien cómo funcionan los relojes, así que empecé a vender ropa: calcetines, calzoncillos, camisones. Durante la semana me encargaba de las entregas de varias empresas, muebles, cajas grandes y electrodomésticos, pero los domingos empecé también a ayudar a aquel tipo que vendía libros usados. Se había destrozado la espalda recogiendo tabaco en el pasado, por lo que me pedía que descargara el coche, que montase la carpa y que desmontara el tenderete al final del día. Había quienes pagaban cifras de locura por algunos de sus libros, y no importaba si un insecto aplastado entre las páginas había dejado una mancha que aún relucía.

A los veinte años me casé con una chica que vino de mi país, se había alejado de todo lo que conocía para vivir en la otra punta del mundo conmigo. Aterrizó en un frío día de primavera y, mientras esperábamos el tren en el aeropuerto para ir a casa, ella, aturdida por el viaje, no dejaba de temblar. Por desgracia, no tenía ningún abrigo que ofrecerle. Mi madre había insistido en decorar el umbral y las escaleras de nuestro edificio con flores en una serie de jarrones, para recibirla según nuestras usanzas, a pesar de las protestas de los inquilinos que habían interpretado ese gesto de felicidad y buen auspicio como un engorro que hasta resultaba peligroso.

La llevaba a pasear para que conociera la ciudad, íbamos muchas

veces a dar una vuelta por un parque cerca de casa lleno de árboles y alguna estatua. Una vez ella tocó una rama de olivo para arrancar unas hojas de plata y le saltó encima una horrible cigarra con alas transparentes, aferrándose a su mano y aterrorizándola, quién sabe si su miedo ante los árboles nació en ese momento.

Un mes después de la boda mi mujer se quedó embarazada y nuestro primer hijo nació en invierno. Ese año, sin embargo, fue muy duro porque perdí a mi madre, que murió tres días después de que el dentista le sacara un diente enfermo. Por desgracia, al faltar ella, me peleé con mis hermanos, que decidieron mudarse a otras ciudades o incluso cambiar de país, y yo solo no podía pagar el alquiler. Me encontré de nuevo en un campamento entre mucha gente siempre a la espera de un golpe de suerte.

Después de nuestro tercer hijo presentamos una solicitud para una vivienda social. Yo creía que era necesario tener la nacionalidad, pero mi mujer hizo algunas averiguaciones —a pesar de su ansiedad es una mujer ingeniosa— y así supimos que esas casas se las daban también a gente como nosotros, era suficiente tener ciertos documentos y presentar una instancia al Ayuntamiento. No esperaba, mientras rellenábamos todos esos formularios, que sirviera de nada, pero alguna estrella por encima de nosotros debió de moverse y nos asignaron una casa toda para nosotros invadida por la luz.

La suerte duró todo lo que pudo. Algunos inquilinos empezaron a confabular en el patio, formaron un grupo y nos soltaban comentarios desagradables cuando salíamos de la casa. Una vez, a nuestro hijo mayor lo siguieron después del colegio un par de chicos burlándose de él y diciéndole que éramos unos ladrones y que éramos demasiados. A mí, cuando bajé a buscar a esos chicos, sus padres me dijeron cosas aún más antipáticas. Creo que eran de los que estaban en el puestecito de la calle con dos banderas cruzadas donde distribuían octavillas a la gente que pasaba, y tal vez de los que participan en alguna manifestación, todos con el brazo extendido hacia arriba. Luego, un día, mientras

volvíamos los siete a casa, los otros inquilinos no nos dejaron subir. Las mujeres habían ocupado el patio y gritaban: «Haced vuestras maletas». Parecían cuervos con el pelo liso y oscuro y las cejas tupidas y arregladas. Al final pudimos entrar, pero los niños no dejaban de llorar. Tuve miedo de que en la puerta halláramos otro obstáculo, tal vez algún matón del barrio, pero no había nadie, ni siquiera pintadas o algún símbolo en la puerta, solo el picaporte ligeramente desvencijado.

Pero hasta dentro de casa, incluso con las ventanas cerradas, entraban esas palabras y oscurecían cada vez más las habitaciones luminosas, como nubes cuando se acumulan en el cielo que parece a punto de partirse en dos. El ambiente estaba muy tenso y mi mujer tenía de nuevo miedo a salir, no por los árboles ni por las escaleras mecánicas, sino a causa de los desagradables murmullos de las mujeres-cuervo. Con la anciana viuda del fondo del pasillo ya no teníamos trato, ya no invitaba a mi mujer a tomar una taza de té ni ofrecía caramelos a los niños, una vez en las escaleras se me quedó mirando con tristeza antes de alejarse. Intervinieron también policías y periodistas, hubo algunas denuncias, hasta se publicó un artículo en el periódico con una foto de mi mujer asustada que pasaba con la cabeza baja, las manos como dos batientes rígidos protegiéndose los ojos, mientras los cuervos le gritaban por todos lados. En otra foto, nuestros hijos miraban, atónitos, a través de la ventana, aquella aglomeración furibunda. Se habían vuelto mudos, esos niños que hablaban el idioma tan bien como si no fueran hijos nuestros. También había una foto de las mujeres-cuervo, y una, entrevistada, que decía que tenía miedo de la gente como nosotros.

Una periodista, una chica, vino a vernos más de una vez, quería ayudarnos en lo que pudiera. Era baja de estatura, muy delgada, de piel blanca y pelo muy abundante, trenzado al estilo africano. Sostenía que teníamos todo el derecho del mundo a estar en esa casa, que había que oponerse a la actitud de los inquilinos y denunciarla, por lo que quiso entrevistarnos para dar a conocer a todos nuestra historia, nuestro

punto de vista. Yo nunca había hablado de nuestros asuntos, excepto charlando confidencialmente con mis compatriotas, y la idea de contarle algo de mi vida a una mujer joven, bastante guapa he de decir, me había dado un resquicio de esperanza. Ella quería que mi mujer también estuviera presente, pero al final fui yo solo, mi mujer no se sentía cómoda y no se fiaba de la periodista, decía que era una frívola, pero tal vez solo estuviera un poco celosa. Nos citamos en una plaza del centro, donde vivía la periodista. Me estaba esperando bajo una sombrilla en una mesita redonda de color celeste. Se estaba tomando un té helado y fumaba uno de esos cigarrillos hechos a mano con tabaco y papel de fumar. Tenía un perro enorme dormido a sus pies y desprendía energía positiva. Me trató como si fuera amigo suyo. Me miraba mientras yo hablaba y tomaba notas con la mano izquierda a pesar de estar grabando lo que yo decía. En determinado momento sonó el móvil de la periodista, era su jefe, con la buena noticia de que la entrevista saldría al día siguiente.

Le hablé de un montón de cosas, no solo de los últimos meses, sino de la caravana en la que había pasado muchas horas de mi infancia, y del tembloroso coro de cigarras que acompañaba todos mis pensamientos en verano, incluyendo una en concreto, inolvidable, que se había aferrado a la mano de mi mujer. Le hablé de mi madre, de cuando todavía tenía el pelo largo y negro que se trenzaba por las noches, y de mi padre que arreglaba relojes pero que al final no tuvo suficiente tiempo para él mismo. La periodista estuvo escuchándolo todo con amabilidad, aunque al final me explicó que tendría que cortar un poco la entrevista para el periódico. Sin embargo, me había dejado hablar y me sentí aliviado y satisfecho, como me sentía, por ejemplo, al comerme un bocadillo después de un chapuzón en el mar, con los dedos muy limpios, el pelo fresco y mojado. La periodista me animó a aguantar, a no abandonar la casa. Antes de despedirnos me hizo una serie de fotos sentado en esa mesita celeste y volví a casa convencido de haber salvado a mi familia y de haber vencido a las mujeres-cuervo. Pensé que nuestra conversación la leerían y apreciarían muchas personas, incluidas las que gobiernan la ciudad, la alcaldesa, abogados

y políticos poderosos y respetados.

A la mañana siguiente fui al quiosco a comprar el periódico, busqué mi foto en cada página, pero la entrevista no estaba. La periodista me mandó un mensaje diciendo que se había aplazado al día sucesivo, que cosas así sucedían a menudo y que tuviera paciencia. Pero tampoco al día siguiente apareció la entrevista, ni al otro, y ella me explicó que a causa de otra noticia importante en el mundo su jefe había tenido que desplazar y posponer una serie de artículos.

En casa la situación había empeorado, había más cuervos y menos policías, más chicos con navajas en los bolsillos. Yo no conseguía dormir y ya no era el sol lo que me despertaba junto con los pájaros. Me despertaba ese blancor mortecino que sirve de puente entre la oscuridad y el día, y en esa luz gris observaba el rostro de mi mujer que dormía inquieta. No sabía qué hacer ni a dónde ir y al final me pareció necesario renunciar a la casa que tan felices nos había hecho al principio y encontrar alguna otra solución. Mientras tanto, mi mujer reunió un día casi todo el dinero que teníamos de reserva y compró billetes para volver con nuestros hijos a nuestra ciudad natal, donde a pesar de los distintos problemas, dijo, nunca deberíamos enfrentarnos a situaciones de tal vileza. Me daba pena verlos marcharse, pero sabía que tenía razón.

Los acompañé en tren al aeropuerto, mi mujer me dijo que era cuestión de un par de meses tan solo, los que le hacían falta para recuperarse, los que hacían falta para que yo pudiera buscar un nuevo hogar sin la carga de todos ellos. Estaba decaída, pero vital como siempre en su vestido largo de algodón. Nos llamábamos con el móvil, veía a mis hijos diminutos y borrosos en la pantalla que me saludaban y me mandaban besos durante unos segundos.

El hombre de los libros usados, al enterarse de mi situación, me dijo que en el edificio donde él vivía había un sótano que podría servirme

como remedio provisional, pero que tendría que esperar un poco. Mientras tanto, gracias a un amigo, había encontrado una habitación en un piso detrás de la estación central que compartía con otras siete personas. Todos eran de la misma ciudad y hablaban entre ellos en un idioma que yo no entendía. Cocinaba uno de ellos, se cenaba tarde, hacia las once, ollas hondas con arroz, carne y lentejas. Era un plato pesado que yo no digería bien, en la casa hacía un calor horrible, sin aire, dormía mal, me despertaba cada media hora porque me picaban los mosquitos en la cara, los oídos y los párpados, o por ningún motivo claro: sentía cada noche que el sueño me abandonaba y emergía por la mañana derrotado y solo en el mundo, sin la armadura del olvido siquiera.

Al final de la primera semana en el apartamento infernal me llamó la periodista. Me preguntó qué tal estaba y cuando le dije que mi familia se había ido lo lamentó mucho y concertamos una cita en un bar. Me alegraba la idea de volver a verla, pero cuando estaba a punto de llegar me llamó de nuevo para decirme que por desgracia tenía que posponer nuestro encuentro.

El bar era muy pequeño y cuando llegué el camarero estaba a punto de cerrar. Me senté en una silla de plástico en la acera y por suerte él no me dijo nada. Hasta me ofreció un vaso de agua. Lo acepté, sentía por primera vez, al cabo de mucho tiempo, un poco de paz. A esas horas la calle estaba bien ventilada, el viento sacudía todos los árboles y de los troncos colgaban aquí y allá ramitas curvadas como ganchos. El camarero barría el pavimento dentro del local, con un cigarrillo entre los labios.

En determinado momento apareció un señor ya anciano, de baja estatura, con una camisa azul de manga corta. Caminaba con cierta dificultad. «Están cerrando», le dije cuando estaba a punto de entrar en el bar. No me contestó, tal vez no me hubiera oído. Pasó por encima de la cesta que el camarero había colocado frente a la entrada para evitar que entraran otros clientes.

—Ya he cerrado —le dijo el camarero.

—Tengo sed.

—¿Qué quiere?

—Una quina.

El camarero cogió un vaso y la botellita, le sirvió la quina, y el señor se la bebió de un trago con los codos en el mostrador, sin depositar en ningún momento el vaso. Luego se sentó en una silla al lado de la mía. He de decir que yo estaba un poco atónito y quizá también notara cierta envidia ante alguien así, que se sentía como en casa en ese local, al que le importaban un bledo las barreras, que no tenía miedo de tocar las narices. Al observarlo comprendí hasta qué punto me había sentido, durante toda mi vida, un intruso o alguien de paso. Al cabo de tanto tiempo seguía sin tener un lugar que fuera mío, ahora echaba de menos también a mi familia. Y frente a las mujeres-cuervo, ¿qué había hecho?

Y justo en ese momento, lo juro, me pareció ver a mi mujer que caminaba hacia el bar por la acera. Llevaba un velo y un vestido largo de algodón cuyo dobladillo le ondulaba alegremente alrededor de los pies. Empujaba un cochecito en el que había una niña con un lazo grande a un lado de la cabeza. Y delante del cochecito caminaba un niño de seis o siete años que no dejaba de mirar el móvil en ningún momento. Llegué a creer que era ella de verdad, luego pensé que era un espejismo, al final comprendí que era otra mujer, otra madre, otra esposa. Se trataba, en todo caso, de una versión reducida de mi familia. Me la quedé mirando hasta que dobló la esquina. El otro señor también la miraba con interés, luego masculló algo entre dientes. No le había oído y cuando lo miré un poco confundido, repitió:

—He dicho, anda que con este calor.

—¿El qué?

—Esa, toda tapada.

Podría haberle dicho que en realidad la tela de esos vestidos es muy ligera, y así se protegen del sol; que, al igual que mi mujer, ella también se parecía a las mujeres nobles que se encuentran aquí solo en los cuadros de las iglesias y los museos, pero antes de que pudiera contestarle el señor añadió:

—Dentro de veinte años serán todas así.

Me alejé inmediatamente del bar y de ese señor tan antipático —un

cuervo él también— que en mi cabeza había insultado no solo a esa mujer sino también a mi esposa, y me puse a pensar en lo difícil que debía de haber sido para ella caminar por esta ciudad y en por qué se ponía nerviosa cuando tenía que salir con nuestros hijos, y en los pensamientos y sentimientos de la gente que la miraba, una criatura tan elegante y delicada, mientras pasaba. Comprendí por qué se había ido y temí que no regresara nunca.

Había vuelto al piso, pero esa noche hacía tanto calor que salí de nuevo en plena noche a dar un paseo. Crucé el río y caminé hasta la zona del mercadillo. Nunca iba allí aparte de los domingos, cuando estaba todo bloqueado a causa de los tenderetes. Mientras paseaba oí un trueno y luego empezó a llover a cántaros, así que esperé a que parara en un paso subterráneo. Había una caja de madera y me senté. Era un lugar tranquilo y limpio, no había nadie más. Por ahí debajo normalmente pasaban oleadas de coches, pero a esas horas estaba desierto. A un lado había dos grandes pasos de cebra. Apoyé la cabeza contra el muro, estiré las piernas y en esa posición me eché una cabezadita. Cuando me desperté no tenía la sensación de que me habían arrancado del sueño, sino de haber dormido bien por fin.

Al día siguiente recogí mis cuatro cosas y me hice con un colchón y una manta. De día vendía algunos libros de poco valor en el paso subterráneo, nada muy preciado, pero a veces alguien se paraba y me daba algo de dinero, incluso una moneda de más para comprarme un bocadillo. Había además un chico que barría el paso subterráneo para conseguir unas monedas también, y nos íbamos a hacer cola delante de Cáritas para comer algo caliente. De nuevo era el tráfico el que me despertaba, pero, en comparación con los campamentos de otros tiempos, esta vez tenía por lo menos un espacio mío. De hecho, parecía un gran edificio largo y estrecho con dos ventanas enormes siempre abiertas por delante y por detrás.

Los coches pasaban por los lados y también por encima. Si llovía, los transeúntes se detenían un momento, esperaban a que se abriera el cielo y nadie me molestaba.

Antes de quedarme dormido, me imaginaba que estaba todavía en la casa luminosa, y volvía a pensar en la luz que manchaba el pie delgado de mi mujer, en su pelo tupido esparcido sobre la almohada. Pero luego me angustiaba la foto de ella publicada en el periódico, con las manos como batientes alrededor de la cara, y la otra foto de nuestros hijos delante de la ventana. De espaldas no se les veía el terror en los ojos, pero yo lo recordaba. Me di cuenta de que esas fotos podrían estar en los móviles de todas las personas que cruzaban el paso subterráneo a pie y de todos los que conducían los coches y las motos por arriba y por abajo, de todos los tenderos de la explanada y de toda la gente que esperaba los autobuses. Todos llevaban esas imágenes consigo y esa idea me atenuaba un poco el dolor en el pecho. Entonces, un día, un tipo, un turista, se puso a sacarme algunas fotos a mí también, probablemente pensó que dormía, pero estaba despierto. ¿Qué quería hacer con ese retrato mío?

Me levanté enfadado y lo seguí durante un rato, luego me di por vencido. Era inútil agredirlo. ¿Qué le iba a decir? Me detuve un momento frente al escaparate de una tienda. Estaba muy delgado, tenía la barba despeinada, la mirada perdida. Quise comprarme un peine, darme una ducha. No me sentí capaz de volver a la oscuridad del paso subterráneo. Tampoco quería volver al piso con otras siete personas y para el sótano todavía había que esperar.

Con las monedas que tenía en el bolsillo, subí de repente al metro y volví a los suburbios. Sentía mucha nostalgia y ganas de ver el edificio donde vivía en otros tiempos con mi familia, aunque fuera desde el exterior, echar un vistazo a la cortina rasgada, a la ramita de hibisco que sobresalía del balcón y se mecía por sí sola. Echaba de menos los juncos afilados, la luz que calentaba la piel, el rugido de algún avión al despegar, los chillidos agudos de las gaviotas. Me preguntaba quién

viviría en esa casa ahora. ¿Alguna mujer-cuervo molesta quizá por nuestras huellas? ¿Nos habríamos dejado algo? Lo dudaba. ¿Se habrían fijado en las marcas casi invisibles, a lápiz, detrás de una puerta, trazadas en la pared para medir discretamente la altura de los chicos esa primavera?

Me topé con el hospital, pero cuando entré a dar un paseo entre los arbustos y los parterres se me vino prepotente a la cabeza el placer de caminar al lado de mi mujer mientras los niños se divertían por todos lados. Quise sentarme en un banco, pero estaban casi todos ocupados, solo había uno libre, pero no tenía listones para sentarse, solo quedaban los del respaldo. Así que seguí caminando por las calles de alrededor del hospital, llegué hasta las cámaras mortuorias y las dejé atrás, y noté algo que nunca había notado en todos los años que había pasado en esa ciudad, es decir, una presencia de polillas que revoloteaban, oscuras y nerviosas. Se movían sin buscar una meta, pero no me gustaban, no eran como las mariposas blancas de aquella vez en la playa.

Estaba cansado y me detuve debajo de un árbol que daba un poco de sombra, porque había empezado a hacer mucho calor. Miraba sus ramas desde abajo, el musgo que bajaba aquí y allá formando cascadas y me quedé dormido mientras las polillas culebreaban delante de mis ojos, molestándome un poco. Las hojas que tenía por encima no temblaban mucho y había un polvillo que me quemaba los ojos. Podía entrever el cielo, que ya no era aquel tan vasto que nos saludaba cada mañana desde la casa, este estaba completamente devorado por las copas de los árboles y adquiría formas pequeñas y recortadas, cada una diferente de la otra.

Mientras contemplaba esos fragmentos de cielo se me vinieron a la cabeza los libros que vendía en el mercado, algunos muy caros, protegidos con forros de plástico transparente, aunque casi siempre tuvieran dentro algunas páginas estropeadas. Tenía los ojos cerrados, pero a través de los párpados el mundo no estaba ni oscuro ni quieto, había un movimiento constante, una diana alrededor de la cual giraban otros círculos, y en determinado momento vislumbré a mi mujer, sus

ojos y los pómulos, las cejas notablemente curvas, incluso una sonrisa sosegada. Era un rostro sereno, diría más una máscara que un rostro de verdad, y a pesar de todo se le asemejaba en esa aparición, en ese espejismo completamente mío. Pensaba en mi mujer y en su miedo a los árboles recios que se derrumban de repente matando a las personas. Me hubiera gustado decirle que ese árbol me protegía y nada más, sin cigarras enfadadas que salieran de las hojas y se te aferraran a la mano, con robustas raíces expuestas como un valle sombrío vislumbrado en la lejanía.

Cuando me desperté, me pregunté a dónde ir. Las polillas me abrieron paso hasta la ferrovía. A la espera del tren que se aproximaba, solo pensaba en cosas bonitas y en las amapolas rojas y amarillas que brotaban alrededor de los pies entre los raíles.

# II

# La escalinata

## 1. La madre

La madre que sube por la escalinata a primera hora de la mañana y llega casi a lo más alto, se detiene y se da la vuelta un momento para disfrutar de las vistas. De los techos cuadrados brotan antenas parabólicas y chimeneas con sus penachos impetuosos. Árboles con copas planas bordean el río sinuoso; grúas rojas se extienden como pasarelas hacia ninguna parte. Se ha quedado sin aliento y el sudor le corre por la espalda.

Si consigue llegar antes de que salga el sol, todo tiene una apariencia neblinosa. Los edificios parecen estar hechos de humo, la atmósfera es grisácea, con algunas estrellas que se demoran. A esas horas dos cúpulas —idénticas— están iluminadas aún y las formas de las montañas que se ven apenas al fondo se parecen a las enormes olas que surgen en el océano durante una tormenta.

Hoy, como es un poco tarde, el cielo está incandescente y la ciudad ya brilla. Sube los últimos escalones, se apoya en uno de los pilones protectores de piedra de la cima y saca el móvil del bolso para hacer la enésima foto del panorama. Se la manda enseguida a su hijo, nacido en este día hace trece años. Todavía estará en el colegio. Vive con sus abuelos en otro continente, en una ciudad húmeda llena de cuervos y palmeras y polvo.

La madre no puede ver este inmenso cielo cuando está esperando el autobús o cuando camina por las calles repletas de gente. Solo desde la posición en la que se encuentra ahora mira las golondrinas, un par de gaviotas que vuelan sin mover las alas, y una infinidad de espacio hasta

donde alcanza la vista.

Si en cambio baja la mirada, ve los escalones de mármol travertino ennegrecidos y sucios a causa de los chicos que se reúnen allí por las noches. Botellas enteras o rotas, colillas esparcidas o amontonadas en las hendiduras entre las losas. Tapones de cerveza retorcidos en el acto de descorcharlas diseminados como botones o conchas de almejas a orillas del mar. Vasos de plástico vacíos, volcados, balanceándose de derecha a izquierda como el haz de luz de los faros que barren metódicamente el mar oscuro.

La escalera es de un gris jaspeado, pero en el medio hay una porción de escalones coloreados que alternan el amarillo y el rojo —ya desvaídos—, para recordar una victoria importante de un equipo de fútbol muy querido. Incrustados en la piedra porosa hay minúsculos estanques de musgo y malas hierbas.

La madre avanza, costeando un largo muro cubierto de jazmín bruñido que ya no huele a nada. No tarda en llegar al edificio de la familia para la que trabaja seis días a la semana.

Hoy la verja está abierta y el portero, un señor que viene, como la madre, de una lejana capital de los trópicos, está haciendo algo de poda en el jardín. Se saludan y comentan las plantas que se ven en las terrazas de alrededor y que evocan, para ambos, la vegetación de sus lugares de origen: además del jazmín, hay magnolias e hibiscos, palmeras datileras y plátanos, por ejemplo.

La madre espera el ascensor mientras el portero suelta las tijeras para anunciar a la familia su llegada, por más que la madre, en su bolso, tenga un juego de llaves con las que puede abrir.

Sus tareas consisten en ocuparse de la casa y de los dos hijos de una pareja: son marido y mujer, que trabajan en una oficina y tienen compromisos por las noches también. Pasa el día acompañando a los hijos de estas otras personas: los lleva al colegio y de paseo, a clases extraescolares y a las citas que tengan, al parque y al dentista. La niña tiene cinco años, el niño siete. Les ha cogido cariño.

Su hijo también tenía siete años cuando su marido, que iba y venía dos veces al año, le pidió que se fuera con él a Roma para ayudarlo en

el bar que gestiona desde hace tiempo detrás del Coliseo. En ese momento no estaban en condiciones de criar a un hijo en otro país, y tampoco hoy resultaría fácil. En todo caso, ya han pasado los años y sería complicado traérselo ahora, haciendo que interrumpiera sus estudios.

Mientras los niños están en el colegio, ella hace la compra, presenta la lista al carnicero, a quien le dice cuánta carne le hace falta y cómo cortarla. Hoy también le compra al carnicero algo de carne para su casa, para celebrar, aunque sea a distancia, el cumpleaños de su hijo.

Hace los recados y se pregunta: ¿cómo estará mi hijo ahora mismo, justo en este momento? ¿Qué habrá hecho hoy en el colegio, de uniforme, sentado en el aula o en el comedor? ¿Cómo habrá contestado a las preguntas del profesor? ¿Qué le estará diciendo en voz baja a un compañero de clase? ¿Por qué se reirá?

En la casa familiar, en los hornillos siempre limpios, prepara la comida. Ya ha aprendido a hacer bien las albóndigas y los rollitos de pollo. Por la tarde llevará a los niños a un parque donde correrán entre los bustos de mármol de hombres famosos. Llegará hasta ese faro que le parece muy curioso, ya que por debajo no está el mar sino solo otros edificios, árboles, ruinas y monumentos.

La madre vive en un apartamento bastante pequeño con su marido y unos compatriotas que trabajan hasta tarde y vuelven a casa exhaustos. Hacen entregas en bicicleta o ciclomotor, pelan y cortan kilos de verduras, fríen rodajas de berenjenas en las cocinas de los restaurantes. A ella le toca, cuando vuelve, poner al fuego el arroz y las lentejas rojas y el guiso de cabra y patatas para el grupo, poner la mesa para siete, luego quitarla y lavar los platos.

El padre de los dos niños regresa por la tarde, su madre está en el extranjero esos días. Ella le enseña los recibos de las compras y le señala el pollo, las patatas y las verduras en la cazuela todavía tibia. Se quita el delantal, luego va a la escalinata para llegar a la avenida en la que para el autobús que la lleva a casa.

La escalinata ya no es suya. Ve, antes de bajar, a dos chicas muy maquilladas, con ropa negra y botas agresivas, posando para un

fotógrafo. Hay algunas personas sentadas aquí y allá que es evidente que no tienen nada mejor que hacer y pueden quedarse a disfrutar de las vistas hasta la puesta de sol. Si hay alguna *troupe* cinematográfica rodando con cables y luces y la plataforma rodante y la claqueta en medio del parque debe detenerse y esperar hasta que le digan que puede pasar. Una vez vio a un actor famoso, bajito y bromista, que fingía discutir con otro hombre delante de la cámara.

La madre contempla de nuevo el cielo y se siente en cierto modo próxima a su hijo. Piensa: vayamos donde vayamos, los elementos del firmamento —luna, sol, estrellas, viento, lluvia— permanecen invariables. También su hijo lejano puede verlos.

Extrañamente, aunque sea más cansado, prefiere subir que bajar los escalones. A ella no le gusta la bajada, tiene miedo de perder el equilibrio. Ve a un grupito de chicos que tendrán la misma edad que su hijo, mirando un móvil todos juntos. Han dejado sus mochilas negras y pesadas en los escalones y están cantando una canción, sentados y muy pegados. Nota un ligero mareo; se sienta un momento y apoya en el suelo la bolsa de la compra.

Hace años, los domingos, antes de empezar a trabajar para la familia, cuando la ciudad se quedaba vacía, en la época del año en la que parece que hay más cigarras que personas, cuando el ruido de los insectos consigue que parezca como si todo el mundo temblara, incluso el aire, ella y su marido comían al aire libre sentados en los escalones alrededor del mediodía. Comían con los dedos, según la costumbre de su país, sin prestar atención a los transeúntes que tal vez los miraran mal. Todavía eran una pareja joven y ella creía que antes o después su hijo se reuniría con ellos, confiaba antes o después en tener otro.

Se pone de pie y sigue bajando. Hay una pareja en la escalinata, son turistas perdidos, acalorados pero elegantes. La mujer lleva un vestido largo de algodón a rayas y un sombrero de paja negro. El marido viste una camisa de manga corta, a cuadros blancos y morados, y en la mano tiene un plano de la ciudad de color salmón.

Le pregunta:

—¿Dónde está el parque?

—Allá arriba —responde la madre, señalando con el dedo lo alto de la escalera.

La madre baja unos escalones con paso vacilante, la cabeza le da vueltas de nuevo y, cuando el marido con el plano se da cuenta, le ofrece el brazo automáticamente, cortésmente, para que se apoye. Marido y mujer acompañan a la madre, que acepta la ayuda espontánea de un desconocido y la sensación sorprendentemente fresca de su piel bajo la mano de ese hombre con una mezcla de gratitud y vergüenza, hasta los pies de la escalinata, donde están aparcados los coches en diagonal. Se queda mirando unos segundos a la pareja que sube feliz hacia el parque antes de seguir caminando hacia el tranvía y los autobuses.

Siente la presencia de alguien que corre detrás de ella, que exclama, agarrando la tela de su falda:

—¡Oiga, señora!

Se vuelve y ve a uno de los chicos del grupo que estaba escuchando música. Tiene la bolsa de la compra en la mano. Su frente está llena de granos. Le dice:

—Que to' esto es suyo. —Y luego vuelve enseguida con sus amigos, que siguen sentados en los escalones.

La madre piensa que, a pesar de ser de piedra, la escalinata de esta ciudad es en cierto modo como el mar cuya resaca lo devuelve todo tarde o temprano. Cuando abre la bolsa, nota el olor acre de la carne que ha de cocinar esa noche.

## 2. La viuda

La viuda que baja la escalinata a última hora de la mañana tiene miedo de los cristales rotos por todos lados y le cuesta colocar los pies. Entre otras cosas, tiene los pies en parte al descubierto a causa de las sandalias que le gusta usar en los meses de verano. ¿Qué pasaría si una pequeña esquirla de cristal, sacudida por sus pasos, saltara y se deslizara bajo su pie como pasa a veces con la grava en ciertos tramos

de la calle? ¿O si se le encajara temporalmente en un hueco de su suela de goma, para desprenderse luego dentro de la casa, en el suelo? ¿Y si la hiere, si hace que sangre mientras camina descalza? Con este calor le gusta mucho quitarse las zapatillas y notar el frío del mármol bajo los pies. ¿Y si lastimaba la pata de su perrito? O, mucho peor, ¿y si acababa en la boca del animal?

En otros tiempos, a la viuda le encantaba la llegada del verano y su costumbre de comprarse un nuevo par de sandalias para el buen tiempo en la misma zapatería del centro —que hacía esquina con una iglesia color mostaza—, que expone todos los modelos en el escaparate y solo tiene dos sillas dentro, para los clientes, en una especie de cuchitril, con todas las cajas expuestas hasta el techo. Pero ahora, piensa la viuda, incluso ese placer podría resultar peligroso.

Todos esos cristales los rompen alegremente los muchachos que se aferran a la escalinata como moscas a las rodajas de melón hasta las dos, las tres de la madrugada. Algunas esquirlas se pisan y se crea una especie de polvo brillante, pero también hay trozos lo suficientemente grandes que conservan las formas curvas y severas de las botellas. Pedacitos verdes o de un marrón amarillento, o, menos común, de un profundo azul cobalto. Algunas botellas todavía están intactas, dejadas en los escalones aquí y allá como centinelas. Las esquirlas esparcidas por la escalinata no son tan agradables y suaves como las perlitas que en otros tiempos recogía la viuda en la playa con su madre, cada una le parecía una joya que había que guardar, primero en la mano, luego en una cajita cubierta de terciopelo y forrada con seda que olía a playa incluso en invierno. Estas astillas secas, lejos del mar, en cambio, son cortantes y antipáticas. Todo suscita en ella una gran amargura. De vez en cuando alguna otra señora de su edificio se pone los guantes e intenta limpiar algunos escalones de la mugre nocturna junto con las hojas oxidadas de la temporada anterior que nadie ha barrido. Cuando se vuelve insoportable, alguien hace circular (en vano) una protesta contra el alboroto.

Por culpa de los chicos, la viuda ya no duerme bien. En otros tiempos, su dormitorio daba a la escalinata y le llegaba una hermosa

brisa toda la noche que mantenía además a los mosquitos a raya. Ahora duerme en el comedor, para lo cual tuvo que llamar a dos personas para desplazar algunos muebles. La viuda vive sola y no habría sido capaz de mover los armarios, la mesa, la cama de nogal heredada de sus antepasados. Esa pequeña mudanza de una habitación a otra sigue dejándola todavía un poco perpleja. Se pregunta si uno de los mozos no se habrá llevado un broche antiguo que por desgracia ya no consigue encontrar y que estaba en una cajita en el cajón de su tocador.

Cada mañana, la viuda se siente agredida por la estela de botellas rotas, de paquetes de cigarrillos, con sus amenazas a los consumidores, aplastados con arrogancia por los jóvenes y luego ignorados. A menudo hay algún escalón pegajoso a causa de la cerveza derramada. Se siente agredida también por todo lo que escriben con aerosol en los muros que flanquean los escalones. ¿Qué significa ese lenguaje extraño, hinchado y críptico, monstruoso en conjunto? Es capaz de identificar algunas letras —a decir verdad, algunas parecen más números que letras—, pero nunca una palabra. Se siente insultada, aunque no pueda descifrar nada. Algo parecido a cuando oye a veces las conversaciones de los extranjeros que pasan por ahí. No solo los turistas que admiran el barrio y compran dos cositas en broma y luego se van, sino esos otros que trabajan en los tenderetes y tienen niños y hablan entre ellos. El grafiti incomprensible le parece otro acto grosero, aunque silencioso, irrespetuoso en cualquier caso. A la viuda le llama la atención, en general, la falta de respeto de los jóvenes, y añora la disciplina de otros tiempos, cuando se ponía el uniforme para cantar himnos y hacer ejercicios gimnásticos en el patio de la escuela.

La viuda todavía trata de mantener una cierta disciplina. Todas las mañanas, por ejemplo, sale con el perrito al parque, luego va sola al quiosco y después al bar, para tomarse un café sentada en una mesa de fuera, leer el periódico e intercambiar unas palabras con algunos de sus vecinos. Esta mañana, en el bar, todos se quejan del alboroto de la noche anterior. Uno puso una denuncia y por la mañana descubrió que habían roto los retrovisores de los coches aparcados en la calle de detrás de la escalinata.

Después del café, la viuda se dirige a su puesto de confianza en la plaza para comprar fruta y verdura. Da siempre el mismo paseo, sin mayores dificultades, no necesita a nadie que la acompañe, aunque ya sea una anciana. Algunas de sus amigas ya no salen solas, tienen miedo de los huecos en las aceras, de los tobillos que ya no las sostienen bien, y hasta tienen a una persona que duerme con ellas en su casa, en la habitación de un hijo ya mayor y poco presente. Ella no acepta ni que le lleve la compra algún chico extracomunitario al servicio de los campesinos de los tenderetes en la plaza. Todavía quiere elegir por sí misma las verduras que se comerá por la noche con un filete fino de carne.

Antes de morir, su marido le apoyaba en el hombro una de sus manos, con el brazo extendido, de modo que ella tenía otra extraña costumbre: una vez al día, a última hora de la mañana, tiraba de su marido, sintiéndose el barco tras el cual va un bote de goma perdido que roza apenas la superficie del agua. Solo que los pasos de su marido se arrastraban por el suelo en todo momento. Todavía hoy casi casi le parece notar el peso de la mano de su marido chocho en el hombro, con los dedos rígidos que emanaban la ansiedad de tener que poner un pie delante de otro. El mismo hombre que, durante décadas, antes de enfermar, se levantaba y se vestía solo, trabajaba, ganaba dinero, conducía, bailaba, escalaba montañas en verano para llegar a las chozas más solitarias y se ocupaba de ella.

Hoy, al volver a casa con las compras, ve a unos carabineros plantados ante la verja en medio de la escalinata que conduce a la entrada trasera de su casa. Son tres y llevan puestas unas camisetas en las que está claramente escrito en blanco «CARABINEROS». La viuda se alarma, pero al mismo tiempo se siente aliviada al verlos, en su opinión sería necesario que vigilaran más a menudo la escalinata.

Tan pronto como la ven, preguntan:

—¿Le importa abrirnos, señora?

—¿Ha pasado algo?

—Hay que registrar el edificio.

—¿Por qué razón?

—Parece ser que alguien ha saltado la verja.

La viuda da un respingo y se apresura a sacar las llaves del bolso.

—Será uno de esos chicos maleducados que rondan por aquí hasta las dos, las tres de la madrugada —dice.

—Eso nos tememos, señora.

—Antes o después tenía que pasar algo así. Hace tiempo, este pequeño rincón nuestro era de lo más tranquilo. Me pregunto quiénes serán sus padres.

—¿Tiene usted hijos, señora?

—Mi marido, que en paz descanse, y yo no tuvimos hijos. Vivo con mi perrito.

Mete la llave en la cerradura y abre la verja. Luego abre la puerta del edificio. Dice:

—Muchas gracias por haber venido.

—No hay por qué darlas.

—¿Puedo entrar en mi casa? ¿Hay algún peligro?

—Le aconsejamos que entre sin hablar con nadie y que no salga por el momento.

Los carabineros se adelantan y en unos segundos desaparecen. Ninguno de ellos le sujeta la puerta a la viuda o la ayuda con las bolsas de la compra como en otros tiempos. La viuda se hubiera esperado de ellos un poco de cortesía, pero comprende que hay cierta urgencia.

Entra en la casa, guarda las compras, da de comer al perrito. Tiene el estómago un poco revuelto. Come algo y se tumba en la cama durante una horita.

Por la tarde se prepara para salir a dar su paseo de siempre con el perrito. Prefiere evitar la escalinata, así que sale por la entrada principal del edificio. Saluda al portero sentado en el escritorio que también sirve de buzón de correos. Recoge algunas facturas.

—¿Y qué? ¿Qué han encontrado los carabineros? —le pregunta.

—¿Qué carabineros, señora?

—Los que han venido hoy. Me pidieron que les abriera, querían entrar, me dijeron que alguien había saltado por la verja de la escalinata.

—¿Cuántos?

—Eran tres.

—¿Todos jóvenes?

—Pues creo que sí.

—¿Y no habrá visto por casualidad si había algún coche de los carabineros aparcado al pie de la escalinata?

—De eso no me acuerdo.

—¿A qué hora ha sido eso?

—Alrededor de las diez, diez y media.

—Mire, a esa hora yo ya estaba aquí, como siempre, y no he notado nada de particular.

—¿No los ha visto mientras inspeccionaban la casa?

—No. Y hay algo que no me cuadra.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que tal vez esos no fueran carabineros de verdad.

—No le entiendo.

—Hay gente que se disfraza de carabineros y pide a quienes vuelven a casa que les abran las puertas. Por desgracia, señora, a menudo se aprovechan de personas, digamos, tan vulnerables como usted. Se trata de un grupo criminal, en palabras llanas son ladrones. De lo contrario, habrían pasado por aquí para presentarse, ¿no le parece? Dado que he estado aquí todo el tiempo...

—Caramba. Pero ¿cómo puede una distinguir a los carabineros de verdad de los falsos?

—No sé qué decirle. Lo cierto es que la delincuencia está siempre al acecho. Voy a llamar a los carabineros de verdad y me informo.

La viuda siente un espasmo de terror en las venas, parecido a la sensación que atraviesa su ingle cuando se acerca demasiado a la barandilla de su terraza y mira a esos chicos felices y ruidosos en los escalones. Decide no ir al parque con el perrito, se limita a pasear un momento justo fuera del portal, luego vuelve inmediatamente a casa.

Al día siguiente, cuando sale con el perrito ve que hay una hoja de papel pegada a la puerta con un aviso a todos los residentes del edificio. Habla de un grupo de criminales que circula por el barrio,

hombres disfrazados de carabineros que piden que se les abra la puerta.

*No abran a ningún desconocido que llame al timbre sin verificar su identidad.*

La viuda tampoco duerme bien esa noche, ni siquiera en su habitación relativamente silenciosa, y por la mañana le cuesta mantener su disciplina habitual.

## 3. La expatriada

A la expatriada que, a la hora de comer, corre a toda prisa por la escalinata van a operarla al día siguiente. Y cuando se haya recuperado completamente —el médico le ha dicho que durante seis semanas no podrá levantar pesos ni nadar ni subir escaleras— regresará precisamente aquí, para escalar estos ciento veintiséis escalones, divididos seis veces en veintiún escalones agrupados, y llegar a la cima donde sentirá los músculos tensos detrás de los muslos, las rodillas doloridas y el corazón que latirá enloquecido. Por lo general a esas horas no hay personas ni sombra en la escalinata, aparte de unas cuantas manchas, a un solo lado, que arrojan las adelfas. En lo alto, junto con el desahogo de las palpitaciones, la espera el pino marítimo con su tronco inclinado y lánguido como si fuera una escultura huesuda de Praxíteles.

Los muros a ambos lados, cubiertos de parras exuberantes, tienen también un aspecto lánguido, casi animalesco: sobre todo la farola de arriba, completamente enterrada por el verde, parece una criatura que está descansando reclinada, una especie de gamo de pelaje verde, cuello largo y erecto, cuerpo hirsuto. Ese crecimiento fuera de control, piensa, recuerda paradójicamente a las formas cultivadas del arte de la topiaria. Hoy ve con el rabillo del ojo un tendedero en un balcón en el que descansa una sábana blanca que tiene el aspecto de una camilla, lo que la hace pensar en el hospital a donde tiene que ir en ayunas, temprano por la mañana, sin pintura en las uñas.

Ve a un barrendero que barre los escalones para recoger los

desechos.

—Muchas gracias —le dice.

Él, en cambio, se molesta y le dice algo lastimero e incomprensible.

En lo alto de la escalinata, la expatriada avanza siguiendo la acera para entrar en un gran parque donde, debido al sol que cae a esas horas, habrá poca gente de paseo. Allí, a pesar del calor, echará una larga carrera para vaciar la cabeza, es decir, para no pensar en la operación e interrumpir la suma de pensamientos inquietos que la recorren. Como siempre, el parque la acogerá tácito, majestuoso. Proseguirá por el sendero, beberá del agua que cae perfectamente recta noche y día de la cabeza de un lobo de bronce, mirará la luz que inunda el imponente arco rosa de la entrada y, más adelante, admirará las largas sombras de las palmeras que caen sobre el prado esmeralda. Solo que hoy hará todo eso con el agobiante presentimiento de que no va a poder hacerlo nunca más.

La carrera solitaria por el parque —en la que supera siempre una capilla gótica que contiene el mausoleo de una gran familia, costea luego un lago con patos y ocas antes de cruzar un puente transparente y atajar a través de un prado menos cuidado, donde la hierba es más alta— es normalmente la única manera que tiene de estar fuera de casa, al aire libre, sin arriesgarse a tener que hablar con alguien. La expatriada prefiere salir a correr sola que dar un paseo por el centro, donde le entrarían ganas, probablemente, de entrar en una tienda, de sopesar un objeto para la casa o de probarse un vestido y aventurarse así en una conversación con una vendedora o cualquier otro. A pesar de que lleva muchos años viviendo en Roma habla un italiano elemental y solo se las apaña hasta cierto punto. No como sus hijos, que la corrigen y le toman el pelo, sobre todo el segundo que va a un colegio público, que juega y grita y gesticula en la plaza como si hubiera nacido aquí. En las tiendas en las que ya la reconocen, donde le hacen incluso un pequeño descuento, los comerciantes le hablan de todos modos, le cuentan vicisitudes complicadas que le cuesta seguir. A veces sus palabras le hacen perder el equilibrio, hasta el extremo de que debe buscar discretamente un apoyo. Un día —era invierno, había cola,

todos querían comprar el *cotechino*[1]— llegó a temer, cuando la señora detrás del mostrador le explicaba con detalle cómo prepararlo, tener que sentarse en el suelo en la charcutería.

El marido de la expatriada trabaja para una organización internacional y se encuentra a menudo en la otra punta del mundo para sus misiones. Usa Roma como punto de referencia, salida y regreso. Trasladó a su familia a Roma, pero lo cierto es que él no vive allí. Por el contrario, es la expatriada quien de alguna manera corre tras sus tres hijos, todos varones. Al principio habían pensado en permanecer allí tres años, pero luego a su marido le renovaron el contrato y los niños hicieron amistades. De modo que vendieron la hermosa casa en el bosque a las afueras de Nueva York, comprada y reformada con la idea de criar a una familia, y con ese dinero compraron un piso romano en un gran edificio con varias escaleras, un consultorio dental y un osteópata en la planta baja y una verja negra, alta y severa, que se parece a la de una cárcel. La expatriada ya no tiene el jardín de otros tiempos detrás de su casa, con rosas admiradas por los vecinos, alimentadas por fuertes lluvias en verano, ni el césped lleno de musgo donde los niños se refrescaban si hacía demasiado calor, ni el columpio donde le gustaba tomarse un café por la mañana y entrever por la noche los ciervos que se asomaban esquivos y silenciosos entre los arbustos. Aquí solo tiene unas macetas en la terraza con plantas que tienden a amarillear y a perder las hojas, en el vivero no entiende del todo cuánto debe regarlas, y aunque sabe conducir no se atreve a enfrentarse al tráfico aterrador a lo largo del río. Mira siempre asombrada a las demás mujeres en ciclomotor con tacones altos y faldas ajustadas que se dirigen, como si nada, hacia sus destinos.

A decir verdad, la expatriada hubiera preferido volver a su ciudad natal, donde también dio a luz a sus hijos, donde se siente bien, para la operación de mañana, pero habría sido demasiado difícil de organizar. Incluso aquí es complicado, el marido ha tenido que cancelar una de sus misiones para poder estar dos semanas seguidas con su familia, a la espera de que ella vuelva y retome con cautela cierta actividad. El cirujano le ha dicho que tal vez sea necesario quitárselo todo. En ese

caso, no más niños y la menopausia de inmediato. La expatriada, que le entendió a medias —por más que en cada interacción quede siempre un núcleo de significado impenetrable— respondió, de acuerdo, lo entiendo, pero no le gusta la idea de perder, para siempre, una parte de su cuerpo, por problemática que sea, en esta ciudad que no es la suya.

Le hubiera gustado decirle al cirujano (pero no habría sido capaz): *El diagnóstico no me sorprende, se lo explico, doctor, llevo años soñando con que tengo que operarme. Siempre es el mismo sueño inquietante o, mejor dicho, pesadilla, empecé a tenerlo después de que naciera mi tercer hijo: estoy en un chequeo médico, me dicen que debo operarme, pero sin explicarme por qué, cuándo ni dónde. Una y otra vez siento la misma consternación de tener que decirle a mi familia: estoy enferma, tengo que operarme, tengo que quedarme en el hospital, tienen que sacarme algo del cuerpo. La última vez que tuve ese sueño me hacían, en el sueño, esa operación, y al despertarme supe que la cosa que había que quitarme era una niña muerta, completa, pero en miniatura, que se había quedado dentro de mí, como el diente de repuesto que tengo enterrado en las encías.*

La expatriada hubiera preferido tener mil veces más ese sueño premonitorio y perturbador que ser operada de verdad al día siguiente. Ya está cansada del esfuerzo de pasar de un pabellón a otro para prepararse para la cirugía. Ya se ha perdido en la vasta estructura hospitalaria, primero para pagar en la recepción, luego para aguardar más de una hora en una sala de espera completamente sola. La experiencia de la resonancia magnética la dejó trastornada. Pensaba que, en ese espacio angosto y curvo, todo estaría en silencio. Por el contrario, a pesar de los tapones auriculares que le había dado el técnico de radiología, todo temblaba y vibraba, como si allí dentro hubiera cientos de pelotas de tenis, y el ruido le recordaba el de la secadora que usaba para los edredones al final del invierno. Sobre todo, le tiene mucho miedo a la anestesia. No a la local en el dentista o para un parto, sino a la total: la desaparición, durante cierto tiempo, de cualquier pensamiento, sueño, sensación. El miedo a ser trivialmente un cuerpo, y no ser capaz de reaccionar ante nada.

En lo alto de la escalinata ve a una amiga suya, expatriada también,

que baja para ir a una clase de yoga. Lleva la esterilla enrollada en su mochila. La mujer, que subía a buen ritmo, se frena, luego se detiene. Su amiga se une a ella y le dice:

—¡Hola, cuánto tiempo! ¿Qué tal todo?

—Hola.

—Te veo preocupada, ¿qué pasa?

—Me van a operar —dice, y se pone la mano encima del vientre.

—Espero que no sea nada grave. Que todo vaya bien.

—¿Te han operado alguna vez?

—Un par de veces. ¿Y a ti?

—Nunca.

—Intenta calmarte. ¿Por qué no te vienes a yoga conmigo? Así te relajas.

—Prefiero correr. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dime.

—La anestesia, ¿cómo es?

—Es agradable.

—Pero ¿cómo es lo de no sentir nada?

—Pues eso, que no sientes nada.

—La idea me pesa.

—No lo pienses, no tienes que hacer nada, es algo que funciona solo.

—Pero ¿cómo es?

—Es como dormir.

—¿Y luego?

—Luego te despiertas.

—¿Seguro?

—Claro que sí. Te dirán que cierres los ojos y que visualices un lugar muy hermoso, o que pienses en un recuerdo cómodo. Probemos, venga, cierra los ojos.

La expatriada los cierra.

—¿Qué ves?

Trata de ver las rosas en el jardín de la casa definitivamente vendida, el columpio donde se tomaba su primer café viendo a los niños correr y refrescarse por el césped si hacía demasiado calor y los ciervos

asomándose entre los arbustos al atardecer. En cambio, se le viene a la cabeza el tendedero de plástico visto un poco antes con el rabillo del ojo, el que le había parecido una camilla. Y luego incluso esa imagen se diluye y la expatriada siente el sol que le cae en la espalda y el rugido ensordecedor de la cascada de botellas de cristal arrojadas por los barrenderos dentro de su pequeño camión.

## 4. La chica

La chica que baja por la escalinata a las dos del mediodía está rodeada por muchas otras chicas recién liberadas como ella al final de la jornada escolar. Bajan juntas como un enjambre que borbotea o, mejor dicho, se deslizan hacia abajo como una cascada, un flujo vital. Ninguna de las chicas le propone irse con ellas a tomar una pizza o un helado ni le pregunta simplemente si tiene fuego. A diferencia de las demás, esta chica no se detendrá en un escalón para fumar cigarrillos reales o electrónicos o para escuchar una canción o ver un vídeo en un móvil.

Todas tienen más o menos la misma edad, los mismos profesores, los mismos deberes que hacer por la noche. Solo que esta chica, a diferencia de las demás, no usa minifaldas de esas que parecen suaves pantallas de lámparas, camisas que acaban justo debajo de los senos como esas cortinas que cubren solo la parte superior de la ventana, ni pantalones ajustados o cintas para la cabeza, ni blusas y camisetas sin mangas que dejan ver una tira del vientre, aunque el suyo esté siempre bronceado y perfectamente plano.

Ya casi han llegado al final del curso escolar y están todas hartas de tener que leer, escribir, recitar poemas. Sentadas en los escalones de la escalinata, prefieren concentrarse, mirando los móviles, en los bañadores de dos piezas de moda esta temporada. Dentro de poco las otras chicas se irán de vacaciones con sus familias, y ya están haciendo planes para la playa, el campo, las islas, esas volcánicas de arena negra, esas que no tienen árboles, esas a las que en otros tiempos mandaban a

los presos. Tienen abuelos, primos, tíos, amigos de la familia que pueden acogerlas. Se intercambian invitaciones para pasar juntas diez días en las montañas, o en barco, o en una finca. La chica piensa: mejor que nadie me invite, puesto que sus padres nunca le permitirían estar diez días, y ni siquiera dos noches, en la casa de una familia desconocida que no pertenezca a su comunidad.

Hoy es viernes y la niña no volverá a la escalinata hasta el lunes por la mañana. Se irá ahora directamente a casa para ayudar a su madre en la cocina y cuidar de sus hermanitos, con los que comparte la habitación, antes de irse a rezar y hacer luego sus deberes. Sus compañeras de clase braman ya por una cena rápida con sus familias y volver a la escalinata, para reunirse con sus amigas más próximas y participar en la fiesta espontánea que se celebrará junto con los chicos que vienen de otros barrios. Ella, en cambio, no se pondrá ningún vestido ceñido para ir de paseo y beber algo antes de terminar de nuevo en las escalinatas y llenar el aire de risas, confidencias, intrigas, jolgorio. *T. te está buscando esta noche. ¿Qué te ha dicho? Que te buscaba.* En la escalinata, bajo el puñado de estrellas que se ven desde los escalones, se reencuentran con naturalidad, con inmediatez, se sientan entre las piernas de sus novios y notan sus manos alrededor de sus hombros o donde acaba la espalda. Son placeres posibles solo para sus compañeras de clase, cuyos padres en su día hicieron probablemente las mismas cosas.

A sus padres no suele gustarles salir de casa: comer, charlar, pasear. Prefieren cenar en casa en un cuarto cerrado, rechazan la idea de comer entre coches estacionados en una plaza o incluso en la acera al lado de la cual pasan taxis, otros coches, ciclomotores, el tranvía y los autobuses. No tienen una segunda casa en ninguna parte. No van a la playa y nunca toman el sol. De hecho, siendo bastante morenos, aprecian las pieles claras, incluso pálidas, especialmente para las mujeres que tarde o temprano han de convertirse en esposas.

El padre de la chica no trabaja demasiado lejos de la escalinata. Vende zapatos, ropa, sartenes, manteles. De vez en cuando se lleva algunas muestras a casa y la madre las mete en una maleta grande y fea

que está debajo de la cama. Dice que le están haciendo poco a poco su ajuar y que un día le encontrarán un marido como es debido de su comunidad. La idea de casarse con un desconocido le hiela la sangre, por lo que la chica sueña con vaciar esa maleta a altas horas de la noche mientras el padre ronca y la madre gime en sueños, con meter sus cosas allí y marcharse de casa. Pero ¿adónde podría ir? ¿Quién la acogería? Sus padres dicen que si se porta mal —si saca malas notas en el colegio, si no vuelve a casa a ayudar a la madre para aprender a ser una buena esposa—, la mandarán a vivir a otro continente con parientes a los que no conoce siquiera, para aislarla de sus compañeras de clase que tienen cuartos para ellas solas, cuyas puertas cierran con llave, que duermen a menudo una en casa de la otra para poder salir hasta tarde engañando a los padres e irse por ahí con los chicos.

¿A quién podría contarle su única experiencia sentimental —aunque le parezca un episodio de poca cuenta— con un chico? Un episodio relacionado con un compatriota de sus padres a quien conocía desde niña y al que siempre había llamado tío. En su país de origen había estudiado química, aquí en cambio trabajaba de pizzero. Cuando era pequeña, él la ayudaba con los deberes de matemáticas. Tenía una barba poblada, pero era de aspecto juvenil, no particularmente alto, le quedaban bien los vaqueros y las zapatillas de deporte. Comía los domingos en su casa y fumaba solo en el balcón. A veces le preguntaba por el significado de una palabra en dialecto romano.

Aquel tío formaba parte del grupo de treinta personas por lo menos que organizaron un día, el verano pasado, una excursión a un lago fuera de la ciudad. Todos preferían el lago al mar porque por lo menos allí había sombra. Fueron juntos en autobús a comer, sobre la hierba de debajo de los árboles, platos fritos y especiados preparados en casa: huevos duros, chuletas, garbanzos, patatas fritas, acompañados de rodajas de sandía. Había poca gente en el lago, quizá porque el día estaba algo nublado, y los hermanitos y los primos de la chica estaban encantados de correr al aire libre y de jugar en el agua con los otros niños. A pesar de los árboles, hacía mucho calor y la chica, la única adolescente, quería meterse en el agua. No solo hasta los tobillos como

su madre y las mujeres ya casadas —algunas tenían casi su misma edad—, que siempre estaban juntas. Desafortunadamente, ella no sabía nadar. Los varones, incluso los mayores, se habían puesto sus bañadores mientras que las mujeres seguían vestidas, y tan solo se habían enrollado las perneras de sus pantalones anchos para no mojarse el dobladillo de algodón.

En determinado momento, el tío pizzero-químico, que sabía nadar muy bien, le dijo a la chica que estaba metida en el agua hasta las rodillas:

—Vamos, date un baño como es debido.

Era delgado y la tela de su bañador se adhería completamente arrugada alrededor de sus muslos. No tenía el barrigón de su padre y en su espalda había un largo pliegue como el de las páginas de un libro abierto. Dado que su madre no le hacía caso y su padre se había ido a dar un paseo por la orilla del lago, la chica había seguido al tío pizzero-químico hasta que el agua le llegó a la cintura. Después de una breve clase, metió incluso la cabeza debajo el agua, donde había visto por un momento la arena del fondo marino y los finos senderos que se repetían como una sucesión de serpientes. «Ahora tiéndete», le había dicho el tío. «Y cierra los ojos». Le había puesto una mano debajo de la espalda. La chica tenía miedo, pero al cabo de algunos intentos sintió que su espalda se arqueaba de repente mientras las piernas se elevaban como si no tuvieran peso alguno, como si su cuerpo estuviera a punto de levitar sobre el agua que la desplazaba aquí y allá, tirando agradablemente de ella en todas direcciones y empujándola alto al mismo tiempo, hacia el cielo.

Había salido del agua refrescada y asombrada por haber flotado sola, por haber visto el cielo desde esa perspectiva, por haber percibido el misterioso suspiro del agua en los oídos. Entonces vio la mirada furibunda de la madre y los ojos avergonzados de las otras mujeres y se dio cuenta sin tener que mirarse de que su vestido húmedo, pegado al cuerpo, se había vuelto casi transparente y drapeado como en ciertas figuras de mármol en los museos, y que todos podían entrever sus pezones oscuros y la curva de la cintura, la mancha redonda de su

ombligo y los contornos de los muslos. «Tápate», le había siseado la madre dándole una toalla, pero frente a los demás no había añadido nada. Después de esa excursión al lago la chica no volvió a ver a su tío pizzero-químico, que dejó de ir a su casa, los padres no lo mencionaban nunca, quién sabe qué habrá sido de él.

Tal vez no hubiera estado mal casarme con alguien así, piensa la chica ahora mientras baja por la escalinata: sacar el ajuar de debajo de la cama, tocar ese pliegue de su espalda y hacer algunos niños y charlar con otras mujeres casadas. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que quieren sus compañeras de clase? ¿Encontrar un novio, un chico que las mire, las toque y las satisfaga solo a ellas? Sin embargo, a las otras chicas su pequeña aventura —aunque ninguna de ellas le pida nunca que se deje llevar a confidencias así— seguro que les parecería muy diferente, absurda. Y en todo caso, para ella la perspectiva de casarse con un pizzero-químico al que llamaba tío ya no se plantea.

Bajando por la escalinata se siente gratamente arrastrada en varias direcciones como si estuviera flotando. En lugar del misterioso suspiro del agua, tiene en los oídos el murmullo de las voces de las otras chicas. Todos los días, durante dos o tres minutos, sintiéndose a la vez muy a la vista e imperceptible, se funde a escondidas en el organismo colectivo —en los brazos, en las piernas lisas y descubiertas, en el pelo suelto— y se imagina momentáneamente que es una de ellas. Se alimenta de sus palabrotas y de sus bromas, de las caladas de sus cigarrillos electrónicos. Son criaturas tan hermosas e inalcanzables, mucho más hermosas que los chicos tan deseados por todas. Durante esos escasos minutos se deja envolver por su energía, por su amistad, por todo el maravilloso espacio en blanco que es su futuro.

La sensación dura poco: es como esas lluvias esquivas que caen durante muy poco tiempo en verano, cuando oyes el crujido de las gotas, una a una, en las hojas o en el tejado o contra el cristal y corres afuera un momento para sentir el agua en la cara.

Lo cierto es que a la chica le gustaría quedarse más tiempo en la escalinata, mejor dicho, quedarse para siempre en la escalinata, y sentir que rueda cuesta abajo con sus compañeras de clase, en esa manada

que la arrastra como si fuera una ramita en el río empujada automáticamente por la corriente. Por eso lamenta llegar al último escalón, separarse de las demás y marcharse por su cuenta.

## 5. Los dos hermanos

Los dos hermanos que se sientan en la escalinata al atardecer para tomarse una cerveza recuerdan que, cuando se mudaron a Roma con sus padres, la escalinata era aún un lugar de reunión pacífica. Los hermanos tenían en aquella época ocho y diez años, pero ahora que tienen cincuenta y cincuenta y dos sus recuerdos lejanos son muy precisos o están muy desvaídos. Se acuerdan de algunas cosas graciosas, por ejemplo, que dado que la lavadora de su piso no funcionaba bien, uno de sus primeros encargos fue ir a comprar calcetines y ropa interior a una pequeña tienda regentada por una pareja de ancianos, con la señora que sacaba la mercancía de una serie de cajas perfectamente apiladas en los estantes como si estuvieran llenas de billetes, mientras el señor miraba a la familia aturdida con cierto recelo, por más que en una tienda tan angosta como esa no habría sido posible robar ni estropear nada, ni tan siquiera tocar algo.

El hermano mayor se acuerda (todavía con cierta irritación) de aquella vez en que tomaron el autobús, después de esperar en la parada durante más de media hora, para ir a ver su nuevo colegio —un edificio anaranjado detrás de una alta verja verde y rodeado de campos de tenis y fútbol—, solo para echarle un vistazo, porque era verano y el centro estaba cerrado y no había ni un alma.

El hermano menor no se acuerda de esa excursión inútil, pero recuerda perfectamente el autobús escolar gris que los llevaba al colegio repleto de estudiantes que provenían de todos los rincones del mundo, y de las banderas en el patio, y del director —un señor bajito y enigmático que vestía con elegancia, pero de manera extravagante, con zapatos de colores y gafas grandes de monturas caprichosas—, que siempre estaba sentado en un banco justo fuera de la entrada para

darles la bienvenida a todos cada mañana, y de algunas madres que llevaban bolsos y joyas y tacones altos (a diferencia de su madre, con su pelo corto, sus zapatos planos, la cara con poco maquillaje y ropa deportiva e insignificante) y que parecían a punto de irse a la discoteca a las ocho de la mañana. Se acuerdan de algunos profesores, del de Ciencias, que también era el entrenador del equipo de fútbol y los obligaba a jugar incluso bajo la lluvia, y de la de Historia, una mujer severa con los labios estrechos y pintados de fucsia que los llevó a visitar Ostia y Tarquinia.

Ambos hermanos se acuerdan de la habitación que compartían en un edificio amarillo a los pies de la escalinata, en el piso de la primera planta que parecía congelado en el tiempo, atestado de muebles oscuros e incómodos, con una honda bañera en el baño completamente blanco y mosquitos incluso en invierno. Si llovía por la tarde, no se podía colgar la ropa en el tejado plano. La secadora estaba incluso en peor estado que la lavadora, pero una vez la madre, desesperada, la había encendido y había saltado la luz. Tuvieron que llamar a la dueña del piso, que vivía en el extranjero, para descubrir que el cuadro eléctrico estaba escondido detrás de un feo bodegón en el pasillo.

Como es lógico, se acuerdan de la chica que vivía en el último piso, estudiaba canto y bajaba a hacerles de canguro, y hablaba con ellos en italiano cuando todavía no lo entendían en absoluto. Jugaban con ella a las cartas y dibujaban criaturas absurdas, doblando las hojitas y ocultando la parte concreta del cuerpo —cabeza, tronco, piernas hasta las rodillas— que acababa de dibujar el otro. El hermano menor recuerda que guardó todos esos divertidos dibujos hasta que se le perdieron.

Se acuerdan de haber celebrado, un año, el Día de Acción de Gracias con otra familia estadounidense que se había mudado desde África, en una casa helada, repleta de cajas como si fuera un almacén, donde su madre, que era muy friolera, no quiso quitarse el abrigo ni en la mesa.

El hermano pequeño se acuerda de que su madre organizó, para su primer cumpleaños en Roma, una comida en un restaurante del centro, en una plaza con una gran higuera a un lado. La madre había invitado

a sus compañeros de clase junto con sus padres y, a pesar de que no esperaban que viniera nadie, se presentaron casi todos, entusiasmados, con grandes regalos, algunos caros. Los padres comieron y bebieron en las largas mesas, los chicos en la sala de al lado, aunque al final se fueron a jugar al fútbol bajo la higuera sin comer casi nada, por lo que la madre había salido muy preocupada y les había propuesto que volvieran a entrar a tomarse la tarta.

El hermano mayor apenas recuerda esa fiesta un poco caótica, pero se acuerda bien de una discusión, cuando su padre hizo más tarde una reserva en otro restaurante muy mono que según la madre era un lugar para turistas y después de la cena la madre se sentó a llorar en un banco de una plaza llena de gente y ni el padre ni ellos dos supieron qué hacer.

Pasan al recuerdo de los domingos, cuando subían la escalinata para ir con el padre al parque a jugar al béisbol o a la pelota, y hacia el atardecer acababan metidos dentro de un nubarrón de pequeños insectos que revoloteaban por todas partes. Si la madre también venía, daba un paseo ella sola por los senderos de grava mientras ellos jugaban con su padre. En esos días, sin embargo, vivía absorbida por un libro que estaba escribiendo, por lo que a menudo se encerraba en casa para trabajar y ellos dos se iban por ahí con el padre (que tenía algunos compromisos de trabajo que podía solventar desde casa sin estresarse) para visitar iglesias y museos y monumentos. Por lo general, dado que la madre iba a menudo a dar conferencias a Venecia o Florencia o a cualquier otro lugar, era el padre el que hacía la compra y preparaba la comida. Paradójicamente, piensan ahora, la madre, que tantas ganas tenía de vivir en Roma para investigar y escribir su libro, parecía triste o nerviosa la mayor parte del tiempo, mientras que el padre estaba muy alegre. No se avergonzaba de decir las cosas mal en italiano en las tiendas y los restaurantes, mientras que la madre se sentía mortificada.

Pero ahora la memoria se adentra en otro recoveco y el hermano mayor insiste en que el hombre de la barba rubia, que los acompañaba cuando realizaban excursiones al campo, era quien conducía el coche cuando fueron a Rieti. Él también era padre, de dos gemelas que iban a

su mismo colegio internacional, pero eran más pequeñas, por lo que los hermanos no tenían ningún contacto con ellas. Aquel día iban cuatro en el coche, las gemelas del otro padre no estaban. Los hermanos se acuerdan bien de los detalles de ese viaje: los caballos en los campos que se acercaban dóciles hasta la cerca para que los acariciaran, y un anfiteatro en medio de la nada, y un campanario con letreros en latín, cuyos caracteres estaban colocados verticalmente y de lado o unos encima de otros, y las hileras precisas de los olivos en las colinas. El otro padre los había guiado por el anfiteatro explicándoles que cada ladrillo había sido hecho a mano, por ejemplo. En aquella época, una información como esa no les interesaba a los hermanos, que preferían correr bajo el escenario y saltaban audazmente desde una altura considerable hacia una especie de rellano rocoso. Creían, mientras se divertían como locos, que los dos padres seguían ahí descifrando alguna inscripción latina, pero cuando los hermanos subieron para reunirse con ellos, no los encontraron. Los vieron saliendo de detrás de un muro al cabo de unos diez minutos. El hermano mayor afirma que fue su padre quien alquiló un coche y condujo hasta Rieti, pero el hermano menor está convencido de que fueron en el coche destartalado del otro.

Aquel año se les pasó volando. En junio los hermanos tuvieron que despedirse de los profesores y del director de la escuela, aunque nada más terminar las clases los mandaron a un campamento durante dos semanas para quedarse un poco más con sus nuevos amigos, de los que ya estaban a punto de separarse. Los padres fueron a acompañarlos y los dejaron en la cima de una montaña. Praderas de vacas, peligrosas curvas cerradas. La madre condujo a la ida, a veces no conseguía bajar las marchas a tiempo en los tramos más empinados y el coche se calaba. Allí también, al no ser capaz de arrancar el coche cuesta arriba, se había echado a llorar.

Dos semanas después los padres volvieron a recogerlos. A la madre se la veía muy cansada y cuando los besó y abrazó, uno de los hermanos se acuerda de que su cuerpo estaba tenso y no emanaba su habitual aroma a hierba y limón. Emprendieron el regreso a la ciudad, pero en

determinado momento se detuvieron, justo el tiempo de hacer una parada y tomarse un bocadillo, aunque después del bocadillo se quedaron un rato más al aire libre delante de un hermoso paisaje y allí el padre les dijo que quería mucho al otro padre. No solo como amigo, sino como quería a su madre, y que ese sentimiento por ella se había convertido con los años en otro tipo de cariño. Les había explicado que se quedaría en Roma y que cada verano los hermanos volverían allí para estar con él y pasar unas estupendas vacaciones. La madre apenas reaccionó, miraba al horizonte y el valle en la distancia mientras el padre hablaba. De vez en cuando un tren cruzaba el paisaje, un susurro rápido y temporal que hacía más intenso aún el silencio que lo seguía.

Y así fue como ocurrió. Los chicos volvieron con su madre traicionada a su país y reanudaron su vida anterior en la pequeña ciudad universitaria donde la madre impartía sus cursos, mientras su padre se quedaba atrás, locamente enamorado. El padre y el otro padre, llamado F., habían causado un enorme revuelo en la escuela naranja detrás de la verja verde y monopolizaron durante bastante tiempo los chismorreos de las madres. Desde entonces, los hermanos habían tenido una madre en un sitio y dos padres en otro, habían vuelto a Roma todos los veranos y pasaban unas estupendas vacaciones yendo a distintas islas, un par de veces en velero, pero siempre con F., a veces también con sus gemelas, quienes con los años se habían convertido en dos hermosas chicas con el pelo tan largo que les llegaba al trasero y que nunca les hacían mucho caso a los hermanos.

Con el tiempo, el padre y F. decidieron comprar un terreno en el campo y se construyeron una casa no muy lejos de ese anfiteatro, primero para pasar allí los fines de semana y una buena porción del verano, luego todos los meses, porque querían recoger las aceitunas y vendimiar y dar largos paseos en medio de la nada. Era una hermosa casa en un valle donde el viento se levantaba siempre pasadas las dos de la tarde y el aire se veía invadido por el aroma de la lavanda. Además del olivar, habían instalado una piscina, que hacía falta limpiar a menudo con la red porque caían en ella abejas, mariposas blancas y negras, lagartijas negras con barrigas blancas y pequeñas manchas

amarillas. Los hermanos le habían cogido cariño a ese lugar y con el paso del tiempo llevaron allí a sus novias, a sus mujeres, a sus hijos.

Una tarde, mientras soplaba el viento que se levantaba después de las dos, el padre se sentó en un banco debajo de un olivo para admirar el valle y murió sin sufrimiento. F., que había salido a hacer unas compras al pueblo, se lo había encontrado tirado en la hierba con los ojos abiertos hacia el cielo y el pelo blanco agitado por el viento.

Lo enterraron en el cementerio de ese pueblo, con un sitio a su lado ya listo para F. Los hermanos regresaron para el entierro con sus mujeres, sus familias. Nadaron en la piscina siempre llena de criaturas ya muertas o en una suerte de agonía, limpiándola a menudo con la red, el juego favorito de sus hijos.

He aquí la razón por la que mientras sus mujeres y sus hijos se han ido a visitar otras ciudades, los dos hermanos, tras haber resuelto algunas cosas y pasar unos días con F. después del entierro, se han ido solos a Roma para hacer una visita a su antiguo barrio y sentarse en las escalinatas desde donde aún puede verse el edificio amarillo, ahora de un tono más vivo, en el que vivieron durante un año con sus padres cuando aún eran marido y mujer.

Reconstruyen con cuidado el domingo en el que subieron a jugar al parque con su padre (tan joven aún, más joven que los hermanos ahora, larguirucho), mientras otro padre de su colegio bajaba para ir a correr a orillas del río. Los dos padres se cruzaron y se reconocieron, estuvieron hablando y se dieron una cita para un café, mientras los hermanos insistían impacientes para ir al parque. «Fue el momento más fulgurante de mi vida», dijo F. después del funeral. En aquella breve conversación en la escalinata los dos hombres comprendieron con una claridad desgarradora todo lo que habría de pasar sin saber aún cómo o cuándo. Y los hermanos, que quieren mucho a sus mujeres y a sus hijos, se confiesan el uno al otro que nunca han experimentado con la misma certeza una pasión como aquella.

## 6. El guionista

El guionista que vive en un edificio al lado de la escalinata y que permanece en casa la mayor parte del día se siente, esta semana de bochorno, una especie de Drácula. Esa mañana se ha despertado una vez más pasadas las diez a causa del calor. Y mientras dormía, mal, podía oír el tictac del ventilador que giraba por encima de él —un ruido a ratos frenético, a ratos lento—, por lo que creyó en sueños que aún seguía siendo joven, acuclillado incómodamente ante la máquina de escribir de otros tiempos, con los tentáculos de metal que se abatían por turnos sobre la hoja en blanco.

Nada más despertarse cierra las contraventanas y retira los listones que las mantenían abiertas por la noche para que entrara en la habitación una bocanada de aire. Ya es demasiado tarde para darse un paseo al fresco. Normalmente por la mañana le gusta caminar solo por su barrio para estirar las piernas y recopilar ideas antes de sentarse y concentrarse ante el escritorio.

Durante el día ve un cielo más blanco que azul. Nota olor a quemado en el aire, será el olor de un incendio de maleza que habrá estallado quién sabe dónde en las zonas verdes cada vez más descuidadas de la ciudad. A la hora de comer sale un rato, cruza la calle para comer un sándwich pálido en el bar, luego vuelve a casa.

Al estar lidiando con un nuevo proyecto, el guionista se ve obligado esta semana a permanecer en Roma. Trabaja junto a otro guionista: lo normal es que vaya a su casa o el otro venga a la suya y escriban en el comedor, pero hoy hace demasiado calor y además hay huelga de taxis, por lo que han decidido evitar los desplazamientos y trabajar por separado. Ayer hubo una larga reunión en la casa del director. La película está ambientada en la Roma del siglo XIX, en la misma época en la que un chico de dieciséis años, un tamborilero garibaldino muy bajito para luchar, murió en lo alto de la escalinata bajo la cual aparca normalmente su coche el guionista. La película trata de otras cosas, pero el director tiene muchas ganas de rodar una escena recreando el momento en el que el chico —mientras grita «¡Viva Roma!»— es alcanzado por un disparo de los franceses en plena frente.

Después del almuerzo habla con su mujer, la segunda, que tiene veintidós años menos que él y se ha ido en coche a la playa con sus dos hijos. Su segunda mujer no soporta Roma en verano. A finales de junio, cada año, se traslada a la misma localidad marina, a la misma playa donde ha pasado todos los veranos de su vida. El mismo establecimiento playero, los mismos amigos bajo la sombrilla, el mismo tramo de arena. La casa (heredada de los suegros, una pareja que hace años formaba parte vagamente del círculo social del guionista) se encuentra en una urbanización con una verja que se cierra al mundo y un paso subterráneo privado que conduce a los residentes al mar. La mujer se pasa el día de cháchara con sus amigos de infancia, tal vez salude a algún antiguo novio en el bar, y si vuelve a casa un momento deja la toalla y las cremas tranquilamente en la arena. La puerta de su casa siempre está abierta, los chicos forman sus pandillas según la edad y no paran un momento quietos mientras juegan a policías y ladrones. Buganvillas, arena pegajosa, lagartijas muy delgadas que saltan a los pies. Un paraíso donde el sol chisporrotea en el agua al atardecer, un lugar donde el guionista no logra avanzar en su trabajo.

En los últimos días el guionista siempre sale de casa por la noche a cenar fuera, solo o con un amigo, y luego a estudiar los rostros de los jóvenes, para recordar la apariencia física de un chico de dieciséis años, incluida la postura, la actitud, la forma de comportarse. Algunos ya son hombres, otros casi niños. Todos parecen dichosos, incluso los más desafortunados, que están atrapados en una ciudad ardiente a diferencia de sus hijos pequeños, que se dan baños estupendos en el amado mar de la madre y de sus abuelos y de sus bisabuelos y juegan sin freno hasta medianoche detrás de la verja cerrada al mundo. Los hijos que ha tenido con la segunda mujer están aún lejos de la pubertad: la niña, muy delgada, solo se pone braguitas para bañarse, mientras que el niño no quiere tener nada que ver con las chicas. Pero tarde o temprano cambiarán y terminarán siendo como los otros dos hijos del guionista, que tuvo en su matrimonio anterior, que ya son adultos y tienen sus propios hijos.

De noche la escalinata parece una especie de anfiteatro antiguo con

grupos de adolescentes sentados al aire libre para asistir a alguna tragedia, solo que el espectáculo son ellos: el drama nocturno consiste en los intercambios urgentes, o apáticos, privados a pesar de ser públicos. No prestan atención a nada más que a sus núcleos separados. ¿Qué pueden saber del pobre tamborilero sacrificado en la cima en tiempos de Garibaldi? Una vez, mirándolos, al guionista se le vino a la cabeza una idea: ¿sería posible rodar esa escena, ese ritual nocturno? ¿Hacer una película, tal vez una especie de documental que siga la vida de esos chicos encuadrada en ese lugar de encuentro? ¿Sería posible entrevistarlos, entender mejor su estado de ánimo oscuro y elusivo? Pero después del chispazo inicial había descartado la idea, no le apetece hacerse cargo de su presencia, irritante a fin de cuentas.

Por la noche desconecta del trabajo y cierra el ordenador acalorado y en ebulición. Se ducha, se afeita y se peina. Se pone una camisa fresca de lino y un reloj en la muñeca (regalo de su segunda mujer en una fiesta sorpresa cuando él cumplió los sesenta) para saber cuánto tiempo ha caminado. Prepara la maleta (pequeña) para irse a la playa al día siguiente. El amigo con el que iba a tomarse un *spritz* en la azotea de un hotel le llama a última hora para decirle que tiene un contratiempo. De modo que el guionista se queda en casa, se bebe un zumo de pomelo y ve algún programa en la televisión.

Alrededor de las nueve se va solo a cenar a un restaurante del barrio, al final de una calle que termina frente a una gran iglesia de color melocotón colocada al bies respecto a la perspectiva. El olor a quemado en el aire se ha atenuado, pero aún lo nota, muy de fondo. Saluda a los dueños —una madre y un hijo— y se sienta en una mesa fuera, en una silla que le permite admirar la fachada de la iglesia frente al cielo, a esas horas intensamente cobalto. El camarero de siempre le sirve un primer plato, un segundo, vino blanco. Él come, luego acepta el digestivo servido en un vaso placenteramente helado. No deja de mirar, en ningún momento, la hermosa iglesia color melocotón cerrada y vacía. Solo que ahora adquiere la tonalidad roja y brillante de la sandía.

Mientras se bebe el digestivo, lo visita una avispa que prueba por un

momento un mendrugo de pan que se ha quedado en el plato. Por lo general, piensa el guionista, las avispas molestan más en las comidas. Será el aire que sigue inmóvil. El pensamiento se desliza hacia unas vacaciones de hace décadas, cuando estaba con su primera mujer y los hijos eran pequeños y él y su mujer todavía se llevaban bien. Estaban en una isla griega donde, todas las mañanas, desayunaban al aire libre en una gran mesa con vistas al mar, bajo un toldo henchido de algodón blanco, una mesa única que compartían con los demás huéspedes del hotel. Un desayuno largo y abundante con pan y galletas de sésamo recién horneadas, y yogur denso y delicioso y miel y la fruta fresca de la isla. Nunca corría ni un soplo de aire y por desgracia llegaban las avispas, que eran muy molestas. Zigzagueaban y se acercaban peligrosamente, rozando casi los brazos, las mejillas, los hombros desnudos de sus hijos, aterrorizándolos. El chico se ponía rígido, la chica tenía los ojos muy abiertos llenos de lágrimas.

Era imposible ahuyentarlas. En cambio, el guionista utilizaba los vasos vacíos, volteándolos boca abajo sobre la mesa, para atraparlas rápidamente, se había convertido en un experto, usando dos vasos al mismo tiempo, uno con la mano derecha y otro con la izquierda. Una vez encerradas, las avispas les gustaban a sus hijos, que las observaban embelesados. Al final del desayuno había siempre al menos seis o siete vasos dados la vuelta, con avispas moviéndose dentro de sus prisiones cilíndricas de vidrio. Caminaban rápidamente yendo y viniendo, buscando una vía de salida, con sus finas alas en forma de V. Algunos insectos caían sobre la mesa, pero no se asfixiaban, no dejaban nunca de moverse, nunca descansaban. Todo lo contrario, siempre se mostraban febriles, decididos, desagradables. Notaba que si atrapaba una avispa llegaban otras para reemplazarla, quizá a causa de las comunicaciones químicas en el interior de sus colonias. Antes de abandonar la mesa para ir a la piscina o a la playa, el guionista las liberaba a todas, y tan pronto como levantaba el vaso las criaturas salían de su clausura y se apresuraban a irse, aún más decididas, hacia las nubes.

El guionista duda de que sus hijos, ya mayores, tengan recuerdos de

ese verano, y de las avispas atrapadas dentro de los vasos por un padre por aquel entonces heroico. Coge un vaso, tira el agua e intenta atrapar a esta avispa de aquí, pero sin éxito.

Después de cenar echa a andar por las calles en mal estado. Evita los paseos que costean el Tíber, las plazas llenas de gente. Sintiéndose aún como una especie de Drácula que solo sale de noche y se alimenta del esplendor —por más que lo note asediado y cada vez más deteriorado— de su ciudad. A diferencia de su mujer, ama y perdona a Roma en todas las estaciones. Pasea sin descanso en busca de una bocanada de aire. Lee las placas conmemorativas de algunos edificios en rincones desiertos y los nombres judíos grabados en oro entre los adoquines de debajo de los portales. Se detiene frente a una fuente que, a esas horas, escapa a los turistas. Por fin, alrededor de las once, se siente mejor. El olor a quemado en el aire ha desaparecido por completo. Camina durante más de una hora en la ciudad cada vez más despoblada, mirando el reloj de vez en cuando. Cree que dormirá bien esta noche. Satisfecho, regresa a su casa.

Mañana por la mañana tomará el tren para reunirse con su segunda familia. La mujer irá a recogerlo a la estación en coche y será una alegría verla, ella que a sus cuarenta y dos años todavía parece una chica digna de la escalinata por la noche. Darán un paseo por la orilla hasta una torre en el promontorio y saludarán a varios amigos (y tal vez a algún antiguo novio de la mujer) en la playa. Y él pensará con cierta melancolía, cuando vea el agua subiendo por la orilla, que todo esfuerzo, incluso todo placer en la vida, toda meta alcanzada o realizada, todo recuerdo dura solo un instante, igual el agua que se lanza sobre la playa, dejando una mancha espontánea cuyos contornos fluctuantes, como la línea trazada por los latidos del corazón, nunca se repiten.

El guionista, a dos pasos del edificio en el que vive, dobla la esquina esperando el habitual anfiteatro ruidoso. En cambio, ve que la escalinata está vacía; esta noche, quién sabe por qué motivo, los chicos del barrio han decidido montar la juerga en otro sitio. Se fija en los puntos blancos de las farolas encendidas que forman, alrededor de la

escalinata, una especie de constelación simétrica, como una letra M grande y ancha, y los seis pilares protectores en lo alto. Se pregunta si allá arriba alguna vez se habrá salido un coche fuera de la calzada, si se habrá precipitado.

Avanza por su calle silenciosa y tendencialmente oscura, caminando entre los coches aparcados en diagonal. Echa un vistazo al suyo. Tiene que echar gasolina. Ya casi ha llegado al portal cuando decide, en el último momento, subir toda la escalinata, los ciento veintiséis escalones, solo por el gusto de hacerlo, porque esta noche es toda suya, porque le apetece hacer un último esfuerzo antes de tumbarse en la cama bajo el tictac del ventilador.

Después del primer tramo de escalones se da cuenta de una presencia a su alrededor. Más de una persona, dos por lo menos, aunque tal vez tres. Luego siente un objeto en la nuca, algo afilado, más grueso que un cuchillo y no lo suficientemente largo para serlo. Le llega la voz de un chico todavía joven que ha bebido.

—Danos todo tu dinero. El reloj también.

Ahora comprende que el objeto en la nuca, frío y delicado, es casi sin duda un fragmento de cristal, uno de los muchos que están a sus pies, y comprende también que a esas horas, en una situación como esa, no tiene más elección que obedecer. Saca la cartera, entrega el dinero; tan pronto como estira el brazo el chico le arrebata el reloj que le regaló su mujer en la fiesta sorpresa. Antes de darse la vuelta, se pone la mano en la nuca para comprobar si tiene sangre. No hay nada en los dedos, siente solo un cosquilleo, y sigue con la mirada, mientras le resulta posible, a tres jóvenes vistos de espaldas —como las avispas que en otros tiempos atrapaba y luego soltaba, hábilmente, para proteger a sus hijos— que se alejan y desaparecen.

# III

# La recogida

Mientras la señora está de vacaciones, llega un paquete expedido desde el extranjero. Pero como la entrega es contrarrembolso, el cartero ha dejado un mensaje en la portería. En él está escrito a mano «Recoger en la sucursal». Cuando pase a regar sus plantas en la terraza dejaré ese trozo de papel —parece una postal— en la librería, junto con las facturas y las demás cosas que me parecen importantes.

La señora se ha ido al campo, a casa de unos amigos, y no volverá hasta finales de este mes, cuando regrese también el fresco.

En cambio, me llama antes, ya de vuelta después de pasar fuera solo una semana.

Se ha caído en un agujero mientras cruzaba un prado a oscuras y se ha torcido el tobillo. Debía de ser la madriguera, dice, de alguna criatura. Afortunadamente, la noche después del percance había ido un médico a cenar que le aconsejó que volviera a la ciudad para hacerse una resonancia magnética y algo de fisioterapia.

No podía conducir su coche, por lo que el hijo de los amigos que la hospedaban la acompañó hasta casa, y luego se marchó de inmediato en tren.

—Mejor así —dice la señora mientras la ayudo a deshacer las maletas —. Allí dormía mal y tenía pesadillas. Todas las noches me despertaba a las tres y ya no conseguía quedarme dormida.

Yo creo más bien, en cambio, que no está contenta de haber vuelto y me parece decepcionada por tener que quedarse todo el tiempo en el sofá. Por el momento no es capaz de subir los escalones hasta su cama en el altillo, donde le gusta dormir en una madriguera rodeada de bisutería: collares de colores colgados de la pared, pulseras gruesas y

brillantes colocadas en un estante.

La señora es arquitecta. No es demasiado mayor, aunque tenga la piel justo encima de los pómulos marcada como la cáscara de los higos secos. Trabaja a menudo en casa, pero es muy activa, organiza muchas cenas, acoge a doce personas en la mesa y viaja por el mundo. Yo voy a su casa un par de veces a la semana para lavar la ropa y limpiar un poco.

Ha visitado mi país varias veces, y de vez en cuando charlamos un rato. Va allí en invierno, casi siempre al mismo lugar remoto en el mar donde yo no he estado nunca.

Va allí para visitar templos y para desintoxicarse. Sigue determinadas dietas especiales, por ejemplo, una vez tuvo que beber mucho zumo de limón.

Siempre vuelve bronceada, más delgada, llena de energía. Le encantan las telas, los colores de los edificios, la forma en la que se mueven las mujeres. Me enseña muchas fotos, sacadas con el móvil, de los caminos de tierra rojiza, de las playas de arena blanca.

La señora vive sola. En otros tiempos tuvo otra casa donde vivía con un marido y dos hijos.

El hijo varón estudia para ser ingeniero y la hija se ha mudado para estar con su novio. Viven en dos países diferentes, ambos al otro lado del océano.

El padre de sus hijos, un periodista que sale en la televisión, se ha vuelto a casar con una chica que es tres años mayor que su hija. Eso me dice.

Dado que la señora, en esta situación, no puede salir, me paso por su casa todas las mañanas con la compra y me quedo hasta por la tarde para que su tobillo descanse.

La señora es de esas que no paran quietas, así que mientras se recupera del esguince quiere arreglar un poco la casa, y a mí no me importa ayudarla.

Por ejemplo, me pide que vacíe varios armarios y que lo deje todo sobre la cama, el sofá y el suelo, y así heredo algunos de sus vestidos.

Al principio no los quiero, porque me llegan hasta la rodilla y estoy

acostumbrada a taparme más. Pero la señora insiste:

—Ya está bien de esa ropa que te oculta de pies a cabeza, hace mucho calor, tienes unas piernas bonitas, aquí nadie te dice nada, así estarás más cómoda.

Un día me pide que le lleve el correo que se ha acumulado y se da cuenta del aviso de recogida.

—No sé qué será, tal vez algún libro, o puede que uno de los chicos me haya mandado algo, ve a la oficina de correos a recogerlo.

Luego firma el aviso, delegándome la responsabilidad.

Hace mucho calor, no me apetece cruzar el puente a esas horas andando, el sol es demasiado fuerte. Tomo el autobús para ir a la oficina de correos. Pero el autobús me molesta, vibra ruidosamente como un taladro que está a punto de romper el pavimento.

Tampoco me gusta estar sentada, los asientos son muy incómodos, demasiado altos, por lo que apenas toco el suelo con los zapatos.

De pie, en esa multitud tan íntima como hostil, no me siento bien.

La verdad es que me gusta la falda de lunares de la señora, con suaves pliegues y dos cómodos bolsillos para las manos. La tela es de color azul oscuro y los redondeles son pequeños, blancos. Hace años que no me pongo nada parecido.

Hay mucha gente en la oficina de correos. Cojo un número y me siento a esperar.

Las sillas de madera están pegadas a una barra clavada en el suelo de mármol.

Miro la ventanilla mientras los números rojos de los turnos cambian, indicados por un timbrazo mientras parpadean en el panel.

Detrás del mostrador están los empleados, todas señoras que charlan entre ellas como las tías en una boda.

Nosotros, en cambio, estamos sentados en silencio como un público reducido ante un espectáculo.

En la planta de arriba hay incluso una especie de balcón curvo, de cristal.

A fin de cuentas, hay sitios peores, este es un sitio caótico, pero también fresco.

Uno a mi lado está leyendo el periódico. Y con el rabillo del ojo veo una foto tomada en mi país, donde llueve mucho en verano.

Aquí, por el contrario, este verano no llueve nunca y dicen que cortarán el agua de las fuentes callejeras que fluye a lo largo de las aceras día y noche.

En la foto hay una fila de cuerpos, todos de niños. Se han ahogado al cruzar el río en la frontera. Dos madres tapan los cadáveres con una tela inmensa, como para que no cojan frío mientras duermen. Las caras redondas de los niños están mirando hacia el cielo. Pero uno, muy pequeño, tiene la cabeza inclinada a la izquierda, con los ojos cerrados, como si descansara.

Al cabo de media hora aproximadamente, aparece el número de mi turno. Me acerco al mostrador, pero me toca esperar un rato más porque la chica que está delante de mí, que parecía haber terminado, sigue ahí hablando todavía con la señora de correos. Pide más información. Lleva un vestido transparente, que deja ver el sujetador negro y las piernas en casi toda su longitud. Tiene los hombros a la vista y sandalias planas. Pero como dice la señora, aquí nadie te dice nada. Un tirante muy fino del vestido se le ha resbalado pero la chica no hace caso, no lo coloca en su sitio. Sigue hablando con la señora de detrás de la ventanilla. Hablan tanto que uno pensaría que son amigas.

La sonrisa con la que la empleada le habla a la chica desaparece cuando me presento yo.

Saco el aviso firmado por la señora y mi documentación.

La empleada, sin embargo, se apresura a decirme:

—Aquí ya no hay nada, el paquete ya ha sido devuelto.

Entonces me muestra claramente, con el borde de la uña, donde dice que el paquete solo estaría disponible durante siete días laborables a partir de la fecha del aviso.

—Pero ¿adónde se ha devuelto?

—No sé decírtelo.

—¿Quién lo envió?

—No tengo ni idea.

—¿Y qué hacemos?

—No podemos hacer nada, buenos días.

Me da mucha pena y espero que la señora no se enfade demasiado. Fuera sopla un poco de viento y decido volver andando a casa. Es agradable, mientras cruzo el puente, sentir que la falda me envuelve como una nube.

Me detengo por un momento para ver el río, que discurre con más rapidez de lo que esperaba. Verde es el río, verdes las plantas, incluso las hojas agrandadas de los plátanos que crecen tupidos a lo largo de la orilla. Me llama la atención, en el muro del parapeto, junto a mi codo, una masa dispersa pero unida de hormigas que transportan una mosca muerta, muy grande y pesada en comparación con ellas. Me conmueve su tenacidad.

Como de costumbre, hay una pareja de jóvenes que se besan lentamente, despreocupados, engarzados en su propio mundo: él de pie, ella sentada tranquila, temerariamente, en el parapeto. Bastaría un ligero empujón, incluso una ráfaga de viento, para que se cayera hacia atrás.

Después del puente paso bajo un arco en ruinas del que brotan unos hierbajos.

Luego cruzo ante una serie de tiendas que venden bicicletas. De repente me entran ganas de montar en una, volver al río y pedalear por el carril bici.

No consigo acordarme de la última vez que monté en bicicleta. ¿Habré perdido el equilibrio? Aprendí a montar de niña gracias a mi hermano, con quien explorábamos caminos polvorientos. Y todavía recuerdo la maravillosa sensación del aire contra la cara.

En cambio, sigo caminando hacia la casa de la señora por la sombra, que también me parece verde, en una calle sin tráfico, fresca y solitaria.

Pienso, qué lástima lo del paquete, tendría que haber ido inmediatamente a recogerlo. Estoy absorta en varios otros pensamientos cuando oigo el ruido de un ciclomotor detrás de mí.

Está muy cerca, parece disminuir la velocidad, de repente una voz

grita:

—Ve a lavarte esas piernas.

Me doy la vuelta y los veo por un momento. Son dos chicos en un ciclomotor, llevan cascos y gafas de sol de montura fina. Luego siento un fuerte dolor en el hombro, y veo el cielo sobre mí.

Habíamos decidido volver a la misma playa pública donde estuvimos la última vez. Con la esperanza de encontrarnos de nuevo a las chicas en el bar. La del esmalte de uñas azul, con tatuajes en el brazo, me gustaba. Lo estuvimos hablando unos minutos. Quizá las pillemos de nuevo.

Para salir de la ciudad tomamos una larga calle amurallada, una delgada cinta de constantes subidas y bajadas. Luego proseguimos en medio del campo, que es bonito, con el mar desplegado a la izquierda. El terreno es llano y vemos mucho cielo, con las nubes, blancas y gigantescas, que parecen brotar desde abajo.

La autopista es oscura y lisa, el asfalto parece recién rehecho, como si fuéramos los primeros en recorrerlo.

En determinado momento dejamos atrás una ciudad, en lo alto de un cerro, y se me viene a la cabeza una cosa que me decía mi abuelo cuando yo era pequeño y recorríamos esta misma carretera en coche: que, en otros tiempos, el mar estaba pegado a la ciudad, antes de que existiera la carretera.

Llegamos a la playa a las cuatro pasadas. Todavía hace calor, los campos de los alrededores están secos, hace más de cien días seguidos que no llueve. El aparcamiento está lleno de polvo y se oye a los insectos que bullen en el heno.

Mientras mi amigo aparca el ciclomotor veo a un chico que empuja una silla de ruedas donde está sentado otro chico, su hermano quizá. Se parecen de cara, pero las piernas del que va sentado están deformadas, demasiado cortas y finas.

Quiero meterme enseguida en el agua, así que me quito los zapatos, pero mi amigo se encuentra con uno que conoce, de modo que nos entretenemos en el bar unos minutos y nos tomamos un café.

Mientras hablan siento una molestia, algo en los pies, y noto que

están cubiertos de hormigas que se mueven rápidamente pero como sin meta. Busco entre las mesas a la chica con los tatuajes, pero no la encuentro. Mi amigo quiere comer, pero yo no tengo hambre en este momento. Él pide un bocadillo y un vaso de agua. Mira el plato mientras come. Después nos vamos por fin a la orilla. Lo dejo en la arena, a pesar de que no hay brisa, él nota frío y se tumba al sol boca abajo.

En el agua hay mucha gente, niños, señoras que hablan entre ellas. En la orilla, un padre llama a su hijo en vano: «¡Fede, Federico, Fe-de-rì!».

Estoy rodeado de nubes bajas, como si descansaran sobre las dunas. El agua está turbia pero fresca, solo que yo estoy tenso.

Floto y miro a la gente en el agua, los diferentes establecimientos en la playa.

En cierto modo, me parece más tranquilizador el cielo despejado en comparación con el agua abarrotada.

Nado un ratito, luego salgo para dar un pequeño paseo.

Veo a algunos que zigzaguean entre los bañistas vendiendo sombreros, toallas, faldas de algodón. Se paran en una tumbona tras otra, ante las señoras adormiladas, unas molestas, otras curiosas.

Uno en particular lleva un montón de bolsas colgando del antebrazo como si fueran perchas colgando de la barra en un armario. Cuando me acerco entreveo otro brazo lleno de tatuajes: es ella, otra vez con la misma amiga.

Me detengo a observar al vendedor acuclillado sobre la toalla de las chicas. Les enseña lo que vende extendiéndolo con un gesto vigoroso sobre sus piernas. Son chales de diferentes colores, al menos una docena, todos suaves y casi transparentes.

Las chicas le hablan, se las ve impactadas, indecisas, les tienta.

El tipo se parece a los muchos que ahora circulan por nuestro barrio en la ciudad, una zona que antes era tranquila y se encuentra entre las vías del ferrocarril y los acueductos construidos hace siglos.

Tienen pequeñas tiendas con sus propios alimentos, colocan en los escaparates carteles que somos incapaces de leer. Rezan descalzos en

locales miserables. Los más jóvenes juegan al fútbol al otro lado del acueducto, en un trozo de tierra seca.

En mi casa dicen que tarde o temprano serán más que nosotros. Y, mientras tanto, el bar de los padres de mi amigo está a punto de echar el cierre porque casi ninguno de esos va ni por la mañana ni por la tarde, no les gusta nuestro café.

El vendedor se queda largo rato con las chicas, me pregunto por qué no lo echan.

Me gustaría decir algo, pero no me parece adecuado montar una escena. Las chicas sonríen y se ríen, sacan dinero, le compran un montón de cosas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta a ese tío la chica de los tatuajes. A mí ni siquiera me mira.

Empiezo a sudar y me meto de nuevo al agua.

Me quedo ahí hasta que se pone el sol y la piel de todas las personas en la playa no adquiere la misma luz dorada.

Me sumerjo un par de veces para tocar fondo. Hay poco que ver, solo unos cuantos peces aburridos y desorientados, algunas ramas sueltas.

Nada tan brillante como la pistola que mi amigo ha lanzado al río desde el ciclomotor.

Le ha disparado un par de veces y ella ha caído al suelo. Tenía una larga trenza negra recogida con una goma gruesa, roja. No era muy alta y llevaba una falda de lunares blancos.

Le he dicho:

—Joder, le has disparado de verdad.

Pero él no me ha contestado, ha acelerado.

He gritado:

—Dijiste que no ibas a apuntar con la pistola a nadie —he añadido—: Era una chica.

Solo después de arrojar el arma me ha dicho:

—Es para asustarlos, no los queremos matar.

En cambio, el asustado soy yo. Echo en falta la adrenalina de las noches en las que vamos por ahí con el rotulador a hacer pintadas en los muros, a poner algunas frases en las señales de tráfico.

Mientras el sol desaparece en el agua, el socorrista del establecimiento junto a la playa pública empieza a cerrar las sombrillas. Son todas rojas, como la goma de la trenza. Verlas apretadas y atadas también me hace pensar en la larga trenza de la chica. Mientras caminaba, la falda ligera revoloteaba suelta alrededor de las piernas oscuras.

Nado un poco más, pero empiezo a notar el frío y no me gusta estar solo en el agua; no hay más que otra persona que nada con brazadas tranquilas, más mar adentro.

Me pregunto si alguien en la calle donde venden las bicicletas se acordará de nosotros. Es posible que alguno se acuerde de las palabras que lancé para insultarla.

Salgo del agua. Me haría falta una toalla y ahora los que las venden ya se han ido.

Estoy cansado, pero no gratamente, no como los demás que se encaminan recocidos hacia el aparcamiento para regresar a casa.

Espero que el cuerpo se me seque y el silbido de las olas me parece el de una serpiente.

Me reúno con mi amigo. Dice que se ha quedado dormido y que debemos irnos. Se queja de que le ha dado demasiado el sol en los hombros.

Al volver veo que también tiene la nuca enrojecida. Hay nubes tanto blancas como oscuras, todas gruesas y bajas, parecen el humo que sale de un fuego en el horizonte. Siento el aire frío contra la cara mientras viajamos, directo, constante.

Cuando se acerca un coche patrulla mi amigo frena un poco e instintivamente me doy la vuelta.

No nos paran. Están buscando a otro más adelante.

Sobre nosotros, en el cielo empalidecido, hay una guadaña de luna que lleva allí todo el día.

En el hospital me dicen que me han disparado a unos diez metros de distancia y que me he desmayado. El que ha llamado a la ambulancia

es un señor que pasaba en bicicleta.

Me meten en urgencias, al final no me hospitalizan. Me han encontrado unos balines, me explican que era una pistola de aire comprimido. Me mandan a casa con unas grandes radiografías donde pueden verse los balines dispersos por el cuerpo, parecen una serie de puntos blancos de luz en una colina por la noche vista desde lejos, o los lunares de la falda.

Ahora tengo que recuperarme, igual que la señora, y mientras tanto no puedo ayudarla. Ella me dice que me tome todo el tiempo que me haga falta. A decir verdad, no tengo muchas ganas de volver a su casa, donde tal vez no dejaría de pensar en la tarde en la que fui a la oficina de correos para retirar el paquete ya devuelto.

Con la señora trabaja ahora una amiga mía, yo en cambio ayudo a un primo mío que vende cervezas, bebidas y cosas de comer. Me ha puesto en la caja, sentada me las apaño bien.

Él dice que he tenido suerte, que heridas como las mías se curan, en cambio conoce a otro al que le dieron una paliza mientras esperaba el autobús y perdió un ojo.

Me desaconseja que presente una denuncia, en su opinión, no nos conviene tener nada que ver con la policía.

Eran unos chicos, es lo único de lo que pude darme cuenta. Dos amigos, quizá, que se aburrían juntos, como los que aparecen alrededor de las once a comprar cerveza y a fumar frente a la tienda.

Esos chicos no molestan, se quedan charlando hasta tarde, en la oscuridad, sentados en un escalón o apoyados en un coche aparcado. Parecen gatos o insectos que salen al anochecer, que se encuentran y colonizan el arcén de la calle, o van de caza llenos de desasosiego. Oigo sus voces, sus intercambios secretos, las palabras que se confunden. Las risas ocasionales, sus deseos desmañados y precoces que se desahogan, que suben leves hasta las estrellas.

A su edad, yo también me entretenía después del colegio con mis compañeras, en determinada calle, un lugar de encuentro en nuestra ciudad.

Nos exhibíamos ante el mundo durante unos momentos, comíamos

algo. Había uno delgadito que no me quitaba ojo. Ya iba a la universidad, estudiaba Física, y una vez me compró algo de beber.

Yo, en cambio, me marché, buscaba algo distinto en mi vida, me sentía feliz de venir aquí.

Observo aquí y allá un rostro específico: los labios gruesos y pálidos, la piel grasienta, los ojos iluminados desde lo alto por la luz plomiza de una farola.

Durante unas cuantas horas después de medianoche, esta ciudad antigua parece pertenecer solo a los jóvenes: un reino feliz, temporal, completamente exclusivo.

Entre ellos hay algunos chicos con rasgos diferentes, con la piel más oscura, igual que la mía. Se les nota unidos por una extraña armonía, un entendimiento nocturno, gestos idénticos.

Me gusta verlos mientras charlan dispersos pero unidos por todos lados. Me tranquilizan sin saberlo. Al mismo tiempo siento un dolor en medio del pecho, como si fuera uno de los balines que acabaron allí dentro, y casi me muero de envidia.

# La procesión

## 1

A ella no le afecta el desfase horario. Todo lo contrario, la cuchilla afilada de luz que entraba ayer por la ventanilla justo antes del aterrizaje, transformando de repente el viaje nocturno en amanecer, la sacudió como si fuera una corriente eléctrica. Ya en el tren del aeropuerto (cada uno de ellos llevaba una sola maleta, una sola mochila, como si fueran una pareja joven que recorría el mundo) reconoció de inmediato el cielo, los campos, los juncos, algunas cúpulas perdidas. Edificios amarillos en la lejanía, balcones cargados de plantas. Desde el tranvía se reencontró con los plátanos que flanquean la avenida, con gruesos troncos cuya corteza recuerda las manchas del camuflaje militar. Esta mañana se ha despertado temprano para desayunar sola y hacer después algo de compra en la plaza más cercana.

Él, todavía aturdido, no se despierta hasta mediodía. Nunca ha estado en Roma, aunque conoce otras capitales europeas. Están aquí para celebrar los cincuenta años de su mujer, cumplidos en realidad hace unos meses, mientras ambos estaban enredados en la universidad donde los dos dan clases. Él, de Derecho; ella, de Biología. Él sabe que Roma forma parte de su vida: que ella, antes de que se conocieran, a los diecinueve años, estuvo allí estudiando durante un año y se enamoró por primera vez de un chico romano.

El piso que han alquilado está decorado de forma discordante: el sofá de cuero negro y las lámparas de acero son de corte moderno, como la mesa de café transparente, pero hay también grandes espejos con

marcos dorados, una vitrina esquinada con tres patas rechonchas y una consola en forma de medialuna dotada de una sola pata delantera que desciende como la cola de una criatura salvaje. En la mesita de café, un jarrón con girasoles que están empezando a doblarse. En una de las paredes, un piano con teclas amarillentas y astilladas, sobre el que hay una serie de pequeños cuadros con paisajes oscuros.

En la sala contigua hay un aparador macizo y una mesa redonda adornada a los lados con mascarones y cubierta con distintos objetos dispersos: libros, cuadernos, revistas, botellas de agua, dispositivos electrónicos, cables, paquetitos de galletas, una cámara fotográfica, gafas de sol, tubos de pomadas, un espray antimosquitos y frascos de pastillas. Sobre la mesa cuelga una lampara tambaleante de cristal a la que faltan algunas velas, y cuyo rosetón está parcialmente desprendido del techo.

Él, sentado en el sofá, se está atando unas zapatillas de tenis. Acaba de salir de la ducha y todavía tiene el pelo húmedo. Ella, ya lista para salir, lleva un bolso en bandolera y un vestido largo de lino. Se ha recogido el pelo plateado en la nuca, con la raya en medio. Mientras espera a su marido frente al piano, rebusca en un cuenco lleno de llaves.

—No consigo abrirla.

—¿El qué?

—La habitación del final del pasillo está cerrada con llave.

—Yo creía que era un armario.

—No, la he visto desde fuera esta mañana cuando he bajado. Es la habitación que hace esquina. A estas horas, supongo que le dará la luz más bonita.

—¿Hace calor?

—Un poco, pero no hay mucha humedad. ¿Has comido algo?

—He encontrado un poco de pan en la cocina.

—Te he traído un cruasán, ¿no lo has visto?

Ella va a la cocina y vuelve con una bolsita blanca.

—Toma.

Levanta el asiento de la banqueta frente al piano y saca un libro de

método. Se sienta en la banqueta, luego dice:

—Hay un sitio fantástico en el pasillo, ¿lo has notado?, donde siempre corre una brisa mágica, que casi huele a mar.

Él contesta, después de haber tragado:

—Aquí todo huele a mar, entre otras cosas por las gaviotas. No me lo esperaba. Hablando de la brisa, es mejor poner algo que pese frente a la ventana francesa de la cocina, tiende a dar golpes.

—¿Has visto que hay una lavadora en el balcón?

—Y un viejo lavavajillas también.

—Quién sabe lo que habrá allí dentro.

—¿En el lavavajillas?

—No, en la habitación cerrada.

—Supongo que cosas de los dueños. Sus cosas de más valor, que guardan para evitar que algún huésped destroce el piso.

Ella toca casualmente una tecla del piano, que no emite sonido alguno.

—¿Era este el apartamento que no se podía alquilar con niños?

—No, ese era el ático caro con vistas al Tíber.

—Hubiera estado bien poder usar la habitación cerrada como estudio.

—Podemos trabajar tranquilamente en la mesa, es muy grande.

Ella mira hacia arriba.

—¿Ves lo desprendida que está? ¿No crees que la lámpara podría caerse en cualquier momento?

—Esa pieza es solo decorativa.

—Da la impresión de que no está pegada a nada. ¿Qué tal estaba tu cruasán?

—Muy rico. ¿De qué sabor era?

—De guinda.

—¿Y eso qué es?

—Parece una especie de cereza, pero no es lo mismo.

—¿El tuyo era igual?

—Sí, me he sentado en una mesa en el bar y he intentado leer algunos titulares del periódico.

—Mañana vamos juntos.

—Mañana es domingo y el bar estará cerrado.

—Ah.

—A ver, ¿estamos listos? Vámonos, que si no, nos perderemos la procesión.

Él inclina la cabeza en el respaldo del sofá y cierra los ojos.

—¿Y si nos quedamos aquí para evitar el calor y disfrutar de la mágica brisa de la casa?

—Venga, merece la pena verlo.

—Cuéntame otra vez de qué se trata.

—De que pasa la Virgen.

—Pero si tú no eres creyente.

—No importa, es solo que me apetece volver a verla después de tanto tiempo. Esa es la razón por la que busqué una casa de alquiler en esta zona.

—¿De verdad?

—Todavía tengo un recuerdo muy preciso de ella.

—¿De quién?

—De la Virgen.

—¿Y cómo es?

—Preciosa, tallada en madera, envuelta en un vestido de seda, con joyas estupendas. La llevan a hombros unos hombres vestidos de blanco. Primero pasa la banda de música, luego se ve el palio en lo alto y se oye a los fieles que cantan el rosario, la gente tirará pétalos de rosa por todas partes.

—¿Y eso qué significa?

—La primera vez se hizo para celebrar el final de alguna desgracia, una tormenta o un terremoto, una epidemia tal vez, ya no me acuerdo. Lo repiten desde hace siglos, recorriendo las mismas etapas. Me pareció una cosa muy conmovedora. Un aspecto auténtico de la ciudad que no encontrarás en ningún museo.

—¿Crees que será como hace treinta años?

—Estoy segura, el verdulero me ha dicho que esta procesión nunca ha cambiado y que él la espera todos los años desde su primer año de

vida, que no se ha perdido ni una siquiera.

—Yo no creo que exista algo que haya hecho desde el primer año de mi vida.

—Aquí siempre pasan las mismas cosas.

Abre la puerta principal.

—¿Tenemos las llaves?

—Sí, en el bolso, y hay un segundo juego en el cuenco.

—¿Llamamos al ascensor?

—Prefiero bajar andando.

—Pero si estamos en el último piso.

—¿Qué pasa si se bloquea? Estamos en julio, el edificio está casi vacío. Además, me gusta bajar andando, por el hueco de las escaleras corre siempre una brisa muy agradable.

## 2

Llegan a una plaza triangular ligeramente en cuesta. Se trata de un espacio que parece también una especie de sala de estar, con calles que suben aquí y allá como pasillos. En el medio no hay nada de particular, ni siquiera una fuente o estatua de referencia, solo un parque infantil. Las fachadas de los edificios, todos de cinco o seis pisos, tienen colores cálidos —amarillo, rosa, anaranjado— con grandes portales y ventanas con postigos verdes o marrones, algunas con estrechos balcones en el último piso y maceteros con vistas a la plaza. Hay algún que otro árbol y algunos bancos en los extremos. Alrededor de la plaza, tres bares, una farmacia, una ferretería, una panadería, una enoteca, un enmarcador, otras tiendas y restaurantes varios. A un lado, después de unos cuantos escalones, hay una estructura que acoge una serie de tenderetes permanentes. El único elemento antiguo, un poco al margen y más bajo respecto al baricentro de la plaza, es la entrada a una pequeña iglesia medieval construida con ladrillos. Faltan algunos aquí y allá en sus muros. El portal se encuentra entre dos columnas —una estriada y otra lisa— de dos grises diferentes.

La pareja se detiene brevemente frente a la verja de hierro forjado de la iglesia, luego prosigue. Son las dos pasadas y hay poca gente a su alrededor. Las tiendas y los tenderetes están cerrados, pero se ven niños que juegan a la pelota o van en bicicleta. Hay un grupo de ancianos sentados en un banco y algunas caras asomadas a las ventanas.

Marido y mujer cruzan la plaza lentamente.

—¿Dónde nos ponemos? —pregunta él.

—Elige tú mismo.

—¿Por dónde llega la procesión?

—Debería salir por ahí.

—Pero no hay casi nadie. ¿No nos habremos equivocado de hora?

—El verdulero me dijo que es las tres y que llegáramos un poco antes.

—Quizá no le hayas entendido bien.

—Le he entendido bien.

Una pelota llega a los pies de la pareja. Él la detiene y se la devuelve a los niños de una patada.

—Allí hay algo de sombra.

Se acomodan contra un muro bajo, apoyándose sin sentarse. Están de espaldas a la plaza. El marido se arremanga la camisa.

—Habías dicho que no había mucha humedad hoy.

—Por la mañana, a la sombra, se estaba mejor.

Pasan dos minutos. Él mira su móvil y saca algunas fotos. Ella sigue con los ojos a los niños que juegan al fútbol y él mira en lo alto los rostros ancianos enmarcados por las ventanas. Dice:

—Los mejores sitios los tienen ellos.

—¿Quiénes?

—Los de las ventanas.

—A mí me impresionan un poco.

—¿Y eso?

—Porque se les ve muy pequeños dentro de esas ventanas tan altas, cada uno anidado en ese vacío negro. Además, ¿ves cómo se ponen siempre a un lado, nunca en el medio de la ventana...?

—¿Tú crees que nos estarán mirando?

—Anda que no se habrán hartado de ver turistas.

—Pero bueno, ¿cuándo pasa la Virgen?

—Ten paciencia, hay que esperar.

—¿Vamos a tomar algo?

—Pero si acabas de comer.

—Era solo un cruasán. Vamos a almorzar, luego volvemos.

—Si comemos ahora, no tendremos hambre a las ocho. Tengo una reserva en un restaurante donde nunca hay sitio.

—¿Tomamos un helado entonces?

—Luego si quieres. Hay una heladería estupenda al otro lado de la avenida.

—¿Ha cambiado esta plaza?

—Antes no había ningún parque infantil.

Tras una pausa el marido le pregunta:

—¿Estabas con él cuando viste la procesión por primera vez?

—¿Con quién?

—Ese chico con el que salías.

—Salíamos juntos, pero ese día él tenía cosas que hacer, así que me había ido a dar un paseo sola. Era un día precioso, había cruzado el río y me había perdido. En aquellos días, en Roma, sin móvil, uno se perdía siempre. Descubrí la procesión por pura casualidad.

—¿Piensas en él ahora que estás aquí?

—Salimos juntos tres meses.

—¿Por qué no lo llamas?

—Fue hace siglos.

—No me importaría conocer a tu primer amor.

—Quiero estar aquí contigo.

Mientras se dan la mano, dos señoras más o menos de la misma edad que la mujer cruzan la plaza cogidas del brazo. No está claro si son amigas o amantes o hermanas. Caminan con determinación, luego se meten por una de las callejuelas y desaparecen. Aparecen otras mujeres, solas o con sus hijos o sus compañeros. También hay madres con hijas. Son cada vez más numerosas, hablan y ríen y llenan la plaza. El pelo y los dobladillos que llevan parecen estar vivos, se les mueven

en la cabeza y en el cuerpo como tentáculos.

Él hace una observación:

—Hay que ver cuánto hablan.

—Y siempre a toda prisa.

—¿Qué se dirán unas a otras? ¿Tú consigues entenderlo?

—Solo algunas palabras.

—Todos parecen conocerse.

—Son todas maravillosas.

—Tú también eres una mujer maravillosa.

—No como ellas.

—¿Cuál es la diferencia?

—Cuando las miro me siento, no lo sé, demasiado proporcionada.

—Eso no es un defecto.

—En cambio me gustaría exagerar. Quisiera pesar cinco kilos menos, incluso más, y llevarlos como los llevan ellas. Me gustan sus arrugas, el maquillaje evidente, esa apariencia física enfática, las sandalias desgastadas.

—¿Por qué?

—Porque así estaría más allá de la perfección. Porque no les importa, lo que las hace aún más hermosas. Porque se ve que están marcadas por la vida, apegadas a la vida.

—¿Y nosotros no?

A su alrededor, mientras hablan, la plaza se va llenando cada vez más de gente, de risas, de cariñosos saludos.

Ella retira su mano y se quita una serie de pasadores con el fin de soltarse el pelo. Dice:

—Con una de estas mujeres habrías vivido de otra manera, habrías tenido otra familia.

—Claro que sí. Y tú también, con tu novio romano.

Se ha formado un grupo delante de la pareja, una familia formada por varias generaciones. La abuela todavía es joven, regordeta. Tiene el pelo corto y oscuro, los labios pintados de oscuro. Sujeta a su pequeña nieta de los dedos y la ayuda a subir y bajar de la acera. Ella está totalmente absorta en ese juego. La niña camina insegura, embargada

por la emoción y los titubeos. En determinado momento, se suelta de la abuela y logra caminar sola, con torpeza.

La madre de la niña, una mujer alta y escultural, con un vestido playero, vistosamente embarazada, está hablando con otras personas sin mirar a la niña. La pareja observa la escena, pero ni la abuela ni la niña se percatan de su atención. La mujer abre y cierra un par de veces la cremallera de la bolsa.

—¿Te acuerdas de ese momento? —le pregunta él.

Ella desplaza los ojos de la niña hacia la madre y dice:

—Hace años que no me pongo un vestido de playa tan bonito como ese. Con la de ellos que tenía, quién sabe dónde habrán ido a parar.

—Estábamos en la cocina de la casa vieja.

—De hecho, no es que me queden muy bien esos vestidos.

—Estábamos preparando la comida juntos.

Ahora ella lanza una mirada hacia el parque infantil.

—¿No fue un domingo por la mañana? ¿No estábamos en el parque?

—No, estábamos en casa, era de noche. Cuando levanté la vista, él estaba cruzando en diagonal rápidamente el comedor, de lo más desenvuelto, impulsado por una fuerza misteriosa.

A esas alturas, hay mucho ruido en la plaza. Se oye la música de la banda a lo lejos. Todos los bancos están ocupados, todos los bares completos y muchas personas se han asomado a las ventanas.

—Yo tengo un recuerdo distinto. En mi cabeza estábamos en el parque, un día soleado.

—Te estás equivocando.

—O tú.

—¿Cómo es posible que tengamos dos recuerdos tan distintos de ese momento?

—Olvídalo. En cualquier caso, no creo que hubiera venido a Roma con nosotros este año.

—Claro que hubiera venido a celebrar tu cumpleaños.

—A los veintitrés años le parecería un aburrimiento ir por ahí con nosotros.

—A los veintitrés años, tal vez se hubiera traído a su novia.

Mientras conversan, aún apoyados en el muro bajo, unas señoras, todas de mediana edad, se instalan junto a ellos. Tienen el pelo corto, pechos grandes y sandalias cómodas, vestidos parecidos, de algodón y de manga corta. Todas sentadas en fila en el murete al lado de la mujer, excepto una que se ha quedado de pie, con cara de fastidio.

De repente, la mujer se aparta.

—Por favor, señora —dice en italiano.

La otra mujer se sienta inmediatamente sin darle las gracias.

—¿Por qué le has dejado tu sitio? —le pregunta él.

—No lo sé. Porque me sentía en el medio.

—Pero has sido tú la que ha querido llegar temprano. Ponte aquí —le dice. Pero tan pronto como se aparta, la mujer embarazada se sienta.

—Ahora tendremos que estar al sol.

—Vámonos.

—¿Adónde?

—Al piso.

—¿Ahora?

—Ahora, sí.

—¿Y la Virgen? La música suena cada vez más fuerte, estará ya cerca.

—No me apetece seguir esperándola.

—Llevas meses hablándome de la procesión. ¿Qué es lo que pasa?

La plaza, ahora llena de gente, se ha vuelto ruidosa. La procesión está cerca de la multitud, pero la Virgen aún no ha aparecido. Es difícil percatarse de los ojos llenos de lágrimas de ella y nadie, aparte de su marido que la sujeta, le presta atención.

## 3

La pareja ha vuelto al piso. Una brisa agita las cortinas de la ventana. Él se está comiendo un trozo de pizza sin tomate en el sofá mientras lee una guía turística. Ella está sentada al piano y presiona algunas teclas. Hojea el método de piano que está en el atril.

—¿Dónde está el restaurante esta noche? ¿Vamos andando? —le pregunta él.

—Aquí vivía una familia.

—Si nos da tiempo, me gustaría ir a Santa Cecilia.

—Había un niño o una niña que tocaba el piano, aún están los apuntes del profesor.

—¿Has estado en Santa Cecilia?

Ella no le contesta. Entra en el comedor y abre las puertas del aparador, cuyos goznes chirrían. Los estantes están forrados con un alegre papel azul turquesa. Mira todos los manteles doblados y colocados ahí dentro, huele su aroma.

—Cenemos en casa. El jamón con el melón será suficiente. Hace calor.

—¿Y la reserva?

—Podemos ir otro día.

—¿Por qué has cambiado de idea otra vez?

Ella empieza a despejar la superficie de la mesa del comedor, recogiendo las cosas poco a poco y llevándolas a otra habitación.

—¿Qué estás haciendo?

—Poner la mesa. Por ahora, voy a dejar todo esto sobre la cama.

—¿No nos vale con la mesa pequeña de la cocina?

—Vamos a comer aquí.

—¿Debajo de la lámpara que te da miedo?

—Sí.

Después de quitar los distintos objetos, saca un mantel y lo extiende sobre la mesa, luego cierra las puertas. Va a la cocina varias veces, yendo y viniendo. Vuelve con dos platos, cubiertos, servilletas, vasos, bajoplatos, una jarra de agua. Pone dos velas en el candelabro de plata. Él pregunta:

—¿Por qué no tenemos en casa un aparador como ese forrado con papel? ¿Con todos esos manteles bien organizados, uno para cada día de la semana?

—Tú siempre has dicho que los manteles se manchan.

—Ni siquiera tenemos una pastilla de jabón gruesa y aromatizada en

el baño, con restos de espuma, de esas que hacen que te entren ganas de lavarte las manos cada vez que la ves.

—¿No te gusta nuestra casa?

—Solo me lo preguntaba.

—¿El qué?

—Cómo habría sido criar a nuestro hijo en un sitio como este.

Él cierra la guía turística y la deja sobre la mesa. Se levanta y se coloca frente a la ventana. Aparta la cortina para asomarse un momento, dando la espalda a su mujer.

—Diferente.

—¿Habría dormido en la habitación cerrada?

—Para.

—¿Habría jugado con otros niños en esa plaza?

—No hagas estas preguntas, por favor.

—Y si, cuando se le escapó la pelota y corrió a recogerla, ¿hubiéramos estado aquí en lugar de allí?

Él se vuelve a mirar a su mujer, pero ella sigue afanándose con la mesa.

—Tenía doce años, sabía cruzar la calle.

Ella se acerca otra vez al piano y empieza a rebuscar de nuevo en el cuenco repleto de llaves. Se lleva el cuenco y desaparece en el pasillo. Al cabo de un minuto vuelve, frustrada.

—Las llaves no funcionan.

—¿Qué estás tratando de abrir?

—La habitación cerrada.

—Esa habitación no nos concierne.

—Solo quería verla.

Él coge la jarra sobre la mesa, sirve un vaso de agua y se lo ofrece a su mujer.

—Ten. Métete un rato en la bañera. Dentro de poco preparamos la comida, abriremos una botella de vino.

Ella toma un sorbo. Sigue sujetando, con la otra mano, el cuenco de las llaves. Se termina el agua y le devuelve el vaso a su marido.

Le dice:

—Vámonos.

—¿Adónde?

—De aquí.

—No te entiendo.

—Ya no me apetece quedarme en Roma seis semanas. Prefiero volver a casa. Mientras tanto, quiero dejar este sitio.

—Ya lo tenemos alquilado.

—Siempre podemos cambiar de planes.

—Es bonita, y cómoda, con esta brisita que la recorre. Pero si has dicho que te gusta incluso la pastilla de jabón.

—Prefiero dormir en el hotel con otros turistas. Aquí ya no puedo estar.

De repente, tira el cuenco lleno de llaves al suelo. Todos los juegos se desperdigan por el piso a sus pies. Ella le pregunta a su marido, murmurando:

—¿Por qué no abre esa habitación?

Él no le contesta. Empieza a recoger, a cuatro patas, las llaves esparcidas por el suelo. Coloca el cuenco sobre el piano y dice:

—No hay nada esperándote en esa habitación. Nada más que el dolor de costumbre, ese que ya está dentro de ti.

Ella se sienta en la banqueta y mira el método en el atril. Estudia las notas, absorta, pero sin entender nada de la música. Levanta las manos como si fuera a tocar, luego cierra dos puños que descienden suavemente sobre las teclas produciendo un sonido cacofónico. Cierra la tapa del teclado. Cuando vuelve a reinar el silencio, se levanta y busca el móvil. Lo encuentra sobre la mesa. Se sienta y marca un número, espera a que respondan, luego dice, lentamente, en italiano:

—Sí, buenas noches. ¿Tendrían por casualidad una habitación doble disponible para esta noche?

Espera una respuesta y cuando empieza a hablar de nuevo le llega un ruido ensordecedor en la casa, en otra habitación: un estruendo intenso y abrumador.

Él va enseguida a comprobar todas las habitaciones, pero ella permanece sentada, inmóvil, en la mesa, bajo la araña. En un momento

dado finaliza la llamada y deja el móvil al lado del plato vacío.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta a su marido cuando vuelve.

—Una de las puertas francesas de la cocina se ha cerrado de golpe.

—¿Y?

—Se ha roto, parte de ella se ha hecho añicos.

Se une a su mujer, sentándose a la mesa a su lado.

—¿Ahora qué hacemos?

—Tenemos que llamar a alguien para que lo arregle. E informar a los dueños de la casa.

—¿Lo entenderán?

—Son cosas que pasan, soplaba el viento.

—¿Y quién podría arreglarlo?

—No sé, ya lo preguntaremos en la ferretería. ¿Hay cristales por todas partes?

—Por desgracia, sí. Los trozos que se han quedado en el marco son peligrosos.

—Voy a ver. Hay una escoba en el balcón, detrás de la lavadora.

—Ten cuidado. Te harían falta un par de guantes.

Ella se levanta. Antes de ir a la cocina, le toca el hombro a su marido y le dice:

—Siento mucho que nos hayamos perdido la procesión.

—No importa.

—Con las ganas que tenía de llevarte.

—Siempre tendrás ese recuerdo.

—Pero tú no.

—Dentro de un año hará tanto tiempo que no está con nosotros como el que ha vivido.

—Lo sé.

Ella enciende la araña. Desprende una luz muy fuerte y fea que transforma el espacio tenebroso en una especie de quirófano deslumbrante en el que un sábado por la tarde de hace once años los médicos hicieron todo lo posible.

—¿Nos quedamos aquí? —le pregunta él.

—Sí, perdóname.

—No pasa nada.

—Tenías razón, deberíamos haber puesto un peso delante de la ventana francesa.

—¿Vamos a la ferretería mañana?

—Mañana es domingo, estará cerrado.

—Ah, claro.

—Si nos levantamos temprano, podemos ir a Porta Portese. Antes de que haga demasiado calor.

—¿Qué hay allí?

—Un montón de cosas. Podría perderse uno. Ya verás cómo te gusta.

# Las notitas

En la ciudad donde el agua manchaba todo lo que tocaba, veía cuando lavaba los platos cómo el grifo y el fregadero e incluso los vasos recién limpiados y secos quedaban moteados y empañados por una especie de moho, lo que me molestaba mucho. Mi marido me explicó que era la cal la que dejaba esas pálidas huellas y que, por lo tanto, había que limpiarlos bien con vinagre o cortar un limón por la mitad y pasarlo por la superficie para conseguir que brillaran de nuevo. Se sabía ese truco porque uno de sus trabajos, antes de encontrar empleo en la carnicería, fue en la cocina de un restaurante, donde había aprendido a preparar una serie de platos locales, a escurrir la pasta en el momento adecuado y a saltear la achicoria en una sartén. Al final de la noche, cuando el dueño, que también era el cocinero, se sentaba exhausto en una mesa con una copa de mirto para intercambiar unas palabras con algunos clientes habituales, mi marido tenía que arreglar la cocina, dejándola impecable para que la madre del dueño, que vivía encima del local, pudiera bajar por la mañana a preparar las tartas con toda tranquilidad.

Yo entendía las necesidades de esa señora, aunque no la hubiera conocido nunca. Yo también me preocupo por tener una casa ordenada con todo en su sitio. Ya de niña, con un celo tal vez excesivo, ayudaba a mi madre (que era un poco desordenada) a organizar los tarros en la cocina, los zapatos y sandalias que nos quitábamos en la entrada, los cuadernos y los libros siempre apilados sobre la destartalada mesa de hierro donde hacía mis deberes con mis hermanos. Una tacita vacía abandonada en un taburete o un lápiz dejado un momento en el alféizar de la ventana me provocaban casi ansiedad; insistía en la

colocación correcta de todos los objetos esparcidos por las habitaciones, de lo contrario no conseguía relajarme del todo. Cuando por la noche cerraba los ojos para dormir se me venía a la cabeza el perchero en el que, entre las prendas desperdigadas de mis hermanos, yacían mis uniformes escolares, uno bastante limpio y el otro de repuesto, que había que colocar mejor, o pensaba en lo satisfactorio que sería rascar con la uña la capa de jabón disuelto que recubría aquí y allá la jabonera y eliminar lo superfluo.

En la ciudad del agua que ensucia he criado a dos gemelos desordenados. Los parí en un hospital que surgía también del agua, casi como si fuera un enorme barco siempre amarrado en el medio del río, que me parecía del color del té con un par de cucharaditas de leche. En un instante, los gemelos se me hicieron mayores, descoyuntados, se afeitaban por la mañana y por la noche salían solos a pasarse horas quién sabe por dónde con sus amigos, para charlar y ligar, aunque ninguno de los dos me haya presentado nunca a ninguna chica. Se sentían muy a gusto con sus compañeros, se vestían y hablaban y reían como los demás, aunque fueran distintos. Tenían quince años cuando me quedé viuda.

Era un domingo y yo estaba trabajando en la otra punta de la ciudad, en una sastrería que permanece abierta siete días por semana. Hacía dobladillos y arreglaba cremalleras, de modo que fueron los gemelos por desgracia los que se encontraron a su padre en nuestro dormitorio, muerto ya a causa de una parada cardiaca. Pensaron que se estaba echando una larga siesta, en cambio, se marchó sin decirle nada a nadie.

Me contaron que mi marido se había dado una ducha antes de acostarse, por lo que todavía tenía el pelo mojado. Yo creo que fue ese el motivo por el que los gemelos se hicieron técnicos de ambulancias. Me siento muy orgullosa de ellos, siempre dispuestos a prestar ayuda frente a cualquier clase de accidente. Me cuentan por teléfono que han estado en los lugares donde ha habido un terremoto o en la autopista, donde todos corren como locos. Pero por lo general entran en casas particulares donde hay un paciente con una apendicitis aguda o una

pierna rota, o con la misma dolencia que se llevó a su padre. Después de veinte años, los gemelos se han separado, en el sentido de que ahora viven en dos sitios diferentes, y me llama la atención que estén ambos en dos pequeños pueblos isleños. Dicen que no echan de menos el bullicio de la ciudad, por eso no vuelven con frecuencia a visitarme, lo entiendo, están muy ocupados con el trabajo y así es como debe ser.

Hace años que lavo los platos con menos frecuencia, dejo que se acumulen un par de días tal vez. Ya no tengo que preparar la cena ni para mi marido ni para los gemelos, que en realidad comían a menudo cualquier cosa por ahí, incluso cuando vivíamos bajo el mismo techo. Me paso días enteros usando el mismo vaso. He aumentado el número de horas que paso en el sótano de la costurera, viuda y procedente de otro continente ella también, para subir o bajar dobladillos y acortar o ensanchar montones de faldas y pantalones. Tardo casi una hora en llegar, tomo el tranvía para cruzar la ciudad casi hasta la última parada, pero si consigo encontrar un asiento al lado de la ventana y miro hacia fuera no me aburro, pues puedo ver una y otra vez el hospital donde nacieron los gemelos y a mucha gente por la avenida arbolada deambulando o comiendo en sus anchas aceras. El local de la sastrería es estrecho, helado en invierno, pero refrescante en verano. Mi sitio en el sótano está en la parte de atrás y me gusta, hay un estante que recorre la pared con una serie de botellas de plástico transparente sin etiquetas que guardan botones de distintos colores y tipos. Entre el caos de ropa ajena y los retazos de tela esas botellitas constituyen un toque de orden y alegría. Allí, mientras trabajo sentada bajo las luces de neón, escucho la música de mi país. La costurera tiene muchos clientes, es una señora muy amable pero algo expeditiva, creo que le cuesta pagar el alquiler del local, por lo que muchas veces no me paga todo lo que me debe al final de la semana. Si se va unos días de vacaciones o tiene alguna cita fuera, manejo yo sola la sastrería, de vez en cuando tomo incluso medidas por más que los clientes no se fíen de mí, prefieren que sea la costurera quien lo haga.

Se me pasan las horas con la costurera, siempre hay algo que arreglar y trabajo por hacer, solo que me pone nerviosa estar bajo esos tubos de

neón con una luz tan brillante y temblorosa, que vibran y emiten un zumbido tan inquietante. Pero allí con la costurera evito por lo menos la sensación que me entra en casa, una punzada en el pecho, como si me faltara el aliento un instante en la noche, una ráfaga de tristeza que me sube del vientre y me bloquea la garganta: todo ello relacionado con el recuerdo maravilloso y doloroso a la vez de haber criado a dos hijos y haber sido en otros tiempos una esposa en ese mismo sitio.

Con la costurera evito la pequeña agonía, por la noche, de tener que encender las luces en las diferentes habitaciones del piso. Dejo abierta la puerta del cuarto de los gemelos, aunque siempre me duela entrever las dos camas individuales sin cabeceros, el armario en el medio, las sombras y los pliegues de las mantas. Cuando se marcharon de aquí fue como si hubiera parido por segunda vez, y digo segunda porque en mi cabeza la primera en el hospital fue un solo parto. Vivir sin nadie por primera vez en mi vida me pareció un momento igual de revolucionario, aunque sin esa alegría, sin embargo, como si hubiera pasado a una dimensión de pensamiento continuo. Es extraño que la ansiedad materna aumente con el tiempo, que empeore con los años, yo hubiera creído lo contrario, pero ¿quién es capaz de soportar las distancias, las ausencias, los silencios generados por tus propios hijos?

Un día, en el local de la costurera vi a una de las maestras de la escuela primaria a la que iban los gemelos. Siempre fue mi preferida, la única que se dio cuenta de que los alumnos se burlaban de mis hijos, la única que sonreía cuando yo llegaba por la tarde y admiraba mis vestidos de algodón abocinados y coloridos. Ese día me enseñó un vestido largo que había que arreglarle —había engordado un poco—, explicándome que tenía que ir a una boda a finales de ese mes. Lamentó mucho la muerte de mi marido, pero se alegró al enterarse de la empeñada vida isleña de los gemelos. Mientras le ponía los alfileres en el cuerpo me dijo que en el colegio, donde seguía dando clases, estaban buscando a una persona para vigilar a los niños pequeños durante una hora, de manera que los profesores pudieran comer o hacer cualquier otra cosa, porque a la señora que los atendía normalmente la habían operado y por lo tanto estaría convaleciente

durante un par de semanas.

Me gustaba la idea de volver a ese colegio todos los días como en otra época; hacía mucho que no me levantaba para preparar el desayuno con tiempo y tomar el autobús lleno de gente con los gemelos, en el que nos tocaba ir siempre de pie antes de bajarnos en ese barrio lejano y siempre tranquilo en dirección al aeropuerto. Nunca hubo nadie que nos cediera el asiento, y había ancianos que se nos quedaban mirando si hablábamos en nuestro idioma. Pero aun así se convirtió en un bonito recuerdo. En aquellos días los gemelos estaban en el colegio o conmigo, nunca en otro lugar, yo sabía siempre dónde estaban, cómo estaban.

El colegio se hallaba en una calle apartada sin tiendas. Todo me resultaba tan familiar como si fuera ayer, así que una vez que bajé del autobús me detuve un momento en el bar de siempre para tomar un zumo de frutas, y se lo pedí al mismo camarero calvo con delantal rojo, que me reconoció también con un leve gesto de asentimiento. Me sorprendió que siguiera aún allí, aquel hombre, después de todo ese tiempo, e igual de sorprendida estaba de haber vivido, yo misma, tanto tiempo en la misma ciudad, de haber pasado ya más de veinte años en la otra punta del mundo. Luego recorrí la larga calle que me llevaba al colegio, bordeada de edificios de cinco o seis pisos y de coches aparcados a ambos lados. No conocía a nadie que viviera en esa zona y sin embargo todavía creía pertenecer a ese lugar, de alguna manera, tal vez a causa de todos esos recuerdos, y mientras caminaba sentía la presencia de los gemelos, a los que llevaba de la mano mientras los dos hablaban con voces estridentes, y que me abrazaban todas las mañanas antes de salir corriendo y desaparecer en el colegio.

Me presenté en la secretaría y una mujer me explicó lo que tenía que hacer. El primer día me limité simplemente a rellenar varios formularios, la mujer me enseñó la sala de enfermería en caso de que algún niño se hiciera daño y luego me sacó fuera para que viera dónde jugaban. Por último, me acompañó por un pasillo donde estaba el baño y donde podía dejar mis cosas, incluido el bolso, con el fin de tener la máxima libertad para ocuparme de los niños. Era una especie de

trastero, tenía puerta, pero no se cerraba con llave, total, había un conserje que hacía de centinela a la entrada del colegio. Tendría que saltarme la hora de comer, pero le dije que no había problema, que me tomaría un buen desayuno. No conseguía visualizar ya a los gemelos a esa edad, ahora que sus voces habían cambiado y eran mucho más altos que yo. Sin embargo, en otros tiempos gritaban como los niños que tenía frente a mí.

El primer día me sentí de lo más nerviosa, tanto era así que en el bar tuve la tentación de ceder a una extraña y secreta costumbre que me consolaba de niña: masticar, todas las noches, una porción de servilleta de papel que cogía a propósito por la mañana en la pastelería de debajo de casa. Después de cenar, arrancaba a escondidas un trocito y me lo metía en la boca y luego lo tiraba, lo que más me gustaba era cómo se deshacía, nunca del todo, en la lengua, y cómo ese sabor soso y reconfortante se transfería poco a poco de la textura de la servilleta a mi cuerpo. Era un placer inmenso y nunca me sentó mal, un ritual supersticioso que, inexplicablemente, me relajaba. Lo hacía para ahuyentar cualquier desgracia, para evitar que mi madre enfermara, por ejemplo, o para no tener pesadillas. En algún momento dejé de hacerlo. Quién sabe, tal vez nunca debí perder aquel hábito, tal vez así mi marido no habría muerto en la cama esa tarde con el pelo mojado sin preaviso alguno. De modo que tomé una servilleta de papel y me la metí en el bolsillo de mi impermeable por superstición, eso es todo.

Había sido una primavera extraña, llena de lluvia y de vientos cortantes, pero ahora se estaba bien por fin. Solo hacía algo de frío por la mañana y como todas las mañanas llevaba un impermeable, pero al mediodía me lo quitaba porque nos moríamos de calor. Colgaba el impermeable en el armario, dejaba el bolso perfectamente cerrado en un taburete y luego salía a situarme en mi puesto. A veces tenía que acompañar a un niño al baño o recoger alguna pelota lanzada por encima de la verja. Nunca hubo problemas o heridas, tampoco abejas, como la que picó una vez a uno de los gemelos mientras estaba viendo la televisión con la mano metida entre los cojines del sofá: pobrecillo, la mano se le hinchó de inmediato y durante unas cuantas semanas

tuvo que evitar el sol y usar un guante de gasa. Algunos niños no jugaban, se sentaban en fila a observar a los demás como si fueran ya adultos aburridos. A veces uno de ellos corría peligro de asfixiarse porque se atragantaba con el agua, o se metía en la boca algo que no debía, el tapón de una botella o la tapa de un bolígrafo, así que no había tiempo para correr a la enfermería y tenía que meterle un dedo en la boca hasta notar el objeto, manteniéndole la mandíbula abierta para que lo escupiera, como hacía con los gemelos muchos años antes. Estaba encantada de poder estar al aire libre y disfrutar del calor en la piel, algo que echaba de menos cuando trabajaba para la costurera en el sótano bajo las luces de neón.

Al cabo de un par de días establecí ya un ritmo, me tomaba un segundo desayuno antes de entrar en el colegio y luego iba a picar algo al mismo bar, que a mediodía servía también cosas de comer, y donde el tipo que ayudaba al cocinero era de mi país, así que si me veía ponía más picante en los platos de siempre. Llegaba siempre hambrienta, no creía que el esfuerzo de permanecer de pie durante una hora resultara tan agotador y, sin embargo, así era. Un día, cuando estaba a punto de pagar en la caja después de tomarme un plato de arroz con verduras, rebuscando en el bolsillo de mi impermeable saqué una hojita de papel doblada varias veces. Pensé que sería alguna cosa mía, un recibo o un billete que hubiera doblado casualmente mientras iba absorta en el tranvía, o esa servilleta supersticiosa que había cogido y olvidado el primer día. En cambio, era una larga tira de papel rasgada a mano, y en el medio estaba escrito: «No nos gustas».

La letra, a lápiz, parecía la de un niño que apenas sabía escribir, con todas las letras un poco torcidas. Sentí una sacudida por dentro pero no lo asimilé del todo, como si me hubiera herido con un cuchillo mientras estaba cortando cebollas en un momento de descuido, un corte vagamente molesto pero que no sangra. Estaba convencida de que no podía ser yo la destinataria, que estaba dirigida a otra persona, era algo que pertenecía a algún niño que por la razón que fuera había acabado en el bolsillo de mi gabardina en el caótico ambiente de la escuela. Fue lo que pensé de verdad, y luego ya no le di más vueltas. Pero unos días

más tarde, al final de mi turno, me esperaba, en el mismo bolsillo de la gabardina, una notita similar.

Esta vez en la tira estaba escrito: «No nos gusta tu cara». La letra, de nuevo, era de un estilo infantil; el mensaje, de nuevo, estaba escrito a lápiz. Seguía aún en el colegio, en ese pasillo angosto, y tuve una sensación de malestar, como un leve puñetazo en el estómago, me entraron casi ganas de llorar. No le dije nada a nadie, ni siquiera sabía con quién podía hablar, casi nadie en el centro me saludaba, la profesora que me había propuesto el trabajo estaba en un viaje escolar y los demás me ignoraban, solo algunos niños me sonreían. Pasaron otros tres días. La tercera notita contenía solo dos palabras: «Eres sucia». Esto me hizo sentirme muy mal, pensé en mi casa, inmaculada, y en la cocina del restaurante, que relucía gracias a mi marido. Al día siguiente no me puse el impermeable, aunque esa mañana lloviznara, solo para ver qué pasaba. Por la tarde encontré una notita metida en mi bolso. Esta vez estaba escrito: «No te queremos aquí». Me sentí muy alterada, alguien me había abierto el bolso. El caso es que no faltaba nada, las llaves, la cartera con mi dinero, el pintalabios, las gafas. No me habían robado ni un céntimo.

Tampoco ese día hablé con nadie sobre esos mensajes. Decidí quedarme con la bolsa, en bandolera, pero la mujer que trabajaba en la secretaría lo notó de inmediato y me dijo que no podía trabajar si no tenía el cuerpo y las manos completamente libres, a pesar de que me pasaba la mayor parte del tiempo de pie mirando a los niños que saltaban y corrían a mi alrededor.

Antes me gustaba ir a la escuela todas las mañanas, pero ahora estaba asustada, cada vez más incómoda, tanto que no veía la hora de que se acabara ese trabajo. En esos días me llamó por teléfono uno de los gemelos y, cuando le conté lo que pasaba, se puso furioso. Me dijo que debía hablar con el director del centro, que incluso se podría presentar una denuncia. Volveré a esa mierda de escuela y les cantaré las cuarenta, dijo. Pero ni él ni el otro vinieron para enfrentarse a nadie. Al día siguiente busqué a la profesora que me había ofrecido el trabajo y le enseñé las cuatro notitas que tenía guardadas en un sobre.

Se quedó un poco perpleja, un poco avergonzada quizá, pero trató de tranquilizarme.

—Parece más bien un juego de niños —me dijo.

—¿Y por qué van a parar a mis bolsillos? —pregunté yo. Para eso no tenía explicación.

—Tíralas todas, déjalo correr —me dijo—, vas a estar aquí poco tiempo, ¿qué más te da?

Así terminó el asunto, junto con el trabajo. El último día la mujer de la administración me pagó y se despidió de mí con mucha cordialidad, la colega a la que yo había reemplazado ya se había recuperado de su operación y volvería al día siguiente.

¿Qué hacer con esas cuatro notitas? Seguía conservando el sobre, como si fuera una carta que iba a mandar, pero ¿a quién? No quería que nadie lo abriera o lo descubriera. Ambos gemelos —para entonces también me había llamado el otro— me dijeron que no tirara nada. Al final, el sobre contenía cuatro tiras blancas, llenas de dobleces, cada una con una línea parecida. Pero no me apetecía presentar ninguna denuncia. Y en cada cajón, en cada estante de la casa, metida entre las páginas de un libro, debajo del cojín del sofá, incluso en el altillo con el cambio de estación, la presencia de ese sobre chirriaba y me atormentaba.

Incrementé las horas de trabajo con la costurera, por lo menos allí estaba lejos de las notitas y me pesaban un poco menos. Pero luego, un día, sucedió también algo perturbador allí mientras estaba sola, porque la costurera había salido a tomar un café: me había levantado un momento para elegir el botón adecuado entre las botellas del estante cuando un tubo de neón muy fino, colocado sobre mi máquina de coser, normalmente encendido pero que en ese momento, por alguna razón, estaba apagado, se desprendió del techo y se hizo añicos con un estruendo impresionante, llenando mi sitio de astillas afiladas y aterradoras y esparciendo un polvillo blanco sobre las telas, por el suelo y en mi silla. Si no me hubiera levantado justo en ese momento, me habría alcanzado de lleno.

Sintiéndome muy conmocionada, llamé a los dos gemelos y logré

hablar con uno. Se alarmó de inmediato, dijo que esa sustancia blanca contenía mercurio que, una vez roto el tubo, se convertía en un vapor que podía dispersarse en el aire. Me dijo que tenía que quitar con mucho cuidado cualquier resto, aconsejándome que me pusiera guantes y me tapara la boca, con una bufanda, por ejemplo, pero que en todo caso no tocara nada, que recogiera las esquirlas con las manos sin barrer alrededor y que abriera las ventanas. Pero en aquel sótano no había ventanas y la puerta de la sastrería de arriba estaba demasiado lejos de mi sitio para que circulara el aire, así que me entró miedo de no poder disipar esos vapores venenosos. Un minuto después me llamó el otro gemelo, también muy preocupado.

—Dile a la costurera que haga que revisen el sistema eléctrico, cosas así pueden provocar un incendio. Y no te olvides, mamá, de taparte bien la boca —me dijo antes de colgar.

Hice lo que pude, pero siempre con miedo a cometer un error, cuanto más pasaba un paño húmedo por el suelo, más pedacitos de cristal encontraba mientras la bufanda se me caía de la boca todo el rato. El polvillo era de un blanco casi cegador.

Cuando la costurera volvió de la pausa para el café yo ya había cerrado la bolsa de basura y estaba exhausta.

—¿Estaba encendida la luz? —me preguntó.

—Estaba apagada.

—¿Te has hecho daño?

—No lo creo. Pero ¿puedes llamar a un electricista, por favor?

—Cámbiate de sitio por ahora. Las otras luces funcionan muy bien —dijo.

Volví a casa muy inquieta y al día siguiente llamé a la costurera y le dije que tenía un fuerte dolor de cabeza. En realidad, sentía un tremendo nudo en la garganta junto con un sabor ligeramente acre vinculado, en mi opinión, a los vapores venenosos. Pensé en quedarme en casa y ordenar un par de cosas para tranquilizarme un poco. Pero no me abandonaba la sensación de terror a causa de la luz que había explotado tan misteriosamente y, detrás de ese malestar, la historia, tan inexplicable también, de las notitas. El calor había llegado de repente.

No estaba de humor, no me apetecía ordenar las medias, tirar las pomadas caducadas o encontrar una nueva colocación para los utensilios de cocina. Después del cansancio del día anterior estaba agotada.

Me senté en la mesa frente al ventilador encendido. Y entonces abrí el sobre y saqué las tiras, las había escondido en una caja, metida en el armario de la terraza, entre las escobas. Como estaban escritas con lápiz traté de borrar todo lo posible con una goma, hasta que solo quedó un rastro pálido. Luego las rompí con los dedos en muchos trocitos. Al principio, lo hacía despacio, pero cada vez con mayor satisfacción, disfrutando del desafío. Yo, que sé enhebrar el hilo en las agujas más estrechas, soy bastante hábil. Tenía frente a mí un montoncito blanco. Los pedacitos de papel casi parecían esos granos de azúcar que se ponen sobre el *panettone* o la *colomba* pascual o en algunas clases de galletas, y que a veces compraba para decorar la tarta de cumpleaños de los gemelos. A causa del ventilador se movían un poco, algunos temblaban o saltaban incluso. Estaba pensando en meterlos en una botellita de agua, como los botones de la costurera. Pero luego un trocito salió volando y terminó en mi boca, como un insecto que revolotea en el parque al anochecer. Y antes de que pudiera escupirlo se me deshizo en la lengua, como si fuera un grano de azúcar de verdad.

Eso era lo que tenía que hacer: me metí en la boca esos pedacitos de papel uno tras otro. Se deshacían enseguida, dejándome un sabor en la lengua que hasta resultaba agradable. No me llevó mucho, no más de diez minutos, y así fue como desaparecieron esos mensajes junto con el sabor acre en la garganta.

# Dante Alighieri

## 1

A los diecisiete, aún no había besado a nadie. Mi mejor amiga desde la infancia, sí: después de años de flechazos ansiosos y fútiles por su parte, cuyas vicisitudes analizábamos juntas punto por punto, empezó a salir con S., un chico espabilado e irónico que era dos años mayor que nosotras y que ya estaba estudiando en la universidad, en el pequeño pueblo verde donde nací y crecí, con veranos húmedos e inviernos nevados, a tiro de piedra del furioso océano Atlántico. Cuando S. estaba en nuestro instituto no nos hacía ni caso, pues en ese momento estaba enamorado de otra chica mayor que nosotras con la que parecía tener una historia ya eterna, un compromiso temprano y serio. Pero luego rompió con ella y un día de finales de verano S. y mi amiga se encontraron por casualidad en el paseo marítimo, intercambiaron algunas palabras, y unos días más tarde la llamó por teléfono para invitarla al cine.

A mi amiga, tan insegura como descarada, le encantaba subirse al escenario. En realidad, una tarde S. había vuelto a nuestro instituto para ver el espectáculo de fin de curso en el que su hermano pequeño tocaba con la orquesta y mi amiga tenía un papel importante, y allí, maquillada y disfrazada, mientras fingía, bajo las luces brillantes, que era una mujer atormentada de treinta años, él se había enamorado de ella. Como es natural, mi amiga me contaba todos los detalles de las horas que pasaba con S., quien estudiaba literatura y escribía poemas y adoraba a Charlie Chaplin, de manera colorida y minuciosa, por teléfono generalmente y por la noche, cuando tendríamos que hacer

nuestros deberes. Así fue como me contó su primer beso: después de la segunda película que habían visto juntos, regresaron a la playa donde se habían encontrado por primera vez para dar un paseo nocturno, y subieron a una torre de socorristas aún sin retirar, a pesar de que hubiera terminado la temporada, acurrucándose en ese desnudo trono de madera desde donde, por lo general, uno observa atentamente para avistar peticiones de ayuda o posibles peligros. En cambio, mi amiga sintió allí los labios de S. sobre los suyos, y el impacto desconcertante de la cara de él, que le restregaba la piel aquí y allá como si fuera papel de lija. Mientras tanto notaba sus dedos en su espalda y el rugido de las olas al fondo, con el pelo de ambos revoloteando por todas partes.

Yo absorbía sus confidencias con un respingo que no me era posible ignorar. Por un lado, me sentía excluida, dejada atrás, pero al mismo tiempo sabía cuánto le importaba a mi amiga confesármelo todo a mí y a ninguna otra persona. Salía con S. durante dos horas, luego me llamaba y nos pasábamos cuatro hablando, por lo que yo podía así identificarme con su dinámica de pareja y sentirme aún más cercana a ella. Pensaba que tenía un papel importante, incluso que formaba parte (invisiblemente) de su relación, solo que a ella se la veía burbujeante, comprometida, más allá ya del umbral sentimental, es decir, de esa preocupación por no haber estado nunca emparejado con nadie que amenaza al menos en algún momento a toda adolescencia, mientras que yo, siempre a la escucha, seguía esperando mi turno.

Desafortunadamente —por más que me equivoque al empezar con ese adverbio—, más o menos un año después, en la fiesta de cumpleaños de mi amiga, celebrada en un restaurante chino con otra pareja de amigos, S., que seguía siendo su novio oficial, se dio cuenta de que estaba inequívocamente enamorado de mí. Aquella noche ni siquiera me miró a la cara por lo que yo no sospechaba nada, parecía, como siempre, atento y devoto con mi amiga, con el brazo todavía apoyado en su silla y la mano alborotándole el pelo a su chica de vez en cuando. Pero unos días después —era un sábado—, mi padre, que había salido a recoger el periódico que le entregaban en casa, descubrió una carta sin sello que habían dejado quién sabe cuándo en el buzón,

debajo de un arce rojo y bajo. El sobre, escrito con pluma y tinta azul, estaba dirigido a mí y en la esquina superior, en lugar del nombre y la dirección del remitente, estaba escrito en mayúsculas DANTE ALIGHIERI. Y mi padre, que daba clases de Economía en la universidad, que venía de la otra punta del mundo y no tenía la menor ida de quién era el verdadero Dante Alighieri, me entregó la carta sin pestañear.

Me fui a mi cuarto emocionada para estudiar a fondo esa caligrafía, y me senté en el borde de la cama antes de abrir el sobre. Contenía algunas hojas escritas a mano. No recuerdo el contenido exacto de la carta. Había una enigmática referencia a una canción bastante famosa en la que, según S., se oía mi nombre en filigrana repetido infinitas veces. Llevaba semanas oyendo esa canción para sentirse cerca de mí. Todavía recuerdo el impacto de todas esas palabras en las hojas, un impacto más agudo y perturbador sin duda que la sensación de la piel áspera sobre la cara que me había costado imaginar. La caligrafía en sí parecía una densa jaula alrededor del corazón de aquel pobre chico. Era una carta de amor llena de aflicción y adoración mezcladas con sentimientos de culpa. En realidad, hacía ya un par de meses, me confesaba, que pensaba secretamente en mí, dado que, de vez en cuando, nos veíamos, en alguna función de mi amiga, o porque, si quedaba con ella en alguna parte, delante del cine o quién sabe dónde, a menudo estábamos las dos juntas, y en esas ocasiones yo esperaba que terminaran de besarse para restablecer la conexión enseguida antes de despedirme, entregársela y marcharme. Pero en la carta S. declaraba que ya no quería a mi amiga, que pensaba en mí cuando la besaba, que llevaba semanas durmiendo mal y que casi no comía nada. Soñaba conmigo todas las noches y sufría durante el día por visiones en las que todas las chicas de la calle se convertían de alguna forma en mí durante unos segundos. Una vez, mientras soñaba conmigo en la playa, hasta me aparecí frente a él milagrosamente. Al final de la carta había escrito que le había dejado una segunda carta a mi amiga para decirle que su historia había terminado. Añadía: «Sé que tú también me quieres».

En primer lugar, me llamó la atención la modalidad de la entrega:

sabía que S. no conducía, que aún tenía que sacarse el carné de conducir (es más, mi amiga se quejaba por ello), y el hecho de haber ido hasta la casa de mi familia andando, probablemente en la oscuridad, tal vez con una linterna en la mano, en un pequeño pueblo donde todos se desplazaban en coche, le confería un toque singular, romántico, casi hasta heroico, ante mis ojos. Debía de haber caminado quién sabe a qué horas para depositar ese sobre con el corazón palpitándole mientras yo dormía, me dije. ¿Se habría quedado unos minutos debajo de las ventanas de la casa para intentar adivinar cuál era mi habitación? ¿Habría ido a casa de mi amiga antes o después a llevar la dura carta dirigida a ella?

Sintiéndome deseada por primera vez en mi vida, estaba muy alterada y, además, no podía negarlo, halagada. Me sorprendía haber sido la causante del dolor, de los sueños, de las malas noches de otro. Pero la cosa más sorprendente era la conclusión de la carta: *Sé que tú también me quieres*. Tan pronto como leí esa línea, me di cuenta de que tenía razón, de que estaba enamorada de S. tanto como mi amiga, y que solo esperaba ser correspondida. Fue esa línea descarada, además del sensacional seudónimo, lo que me conquistó y, al mismo tiempo, hizo que me sintiera como un gusano.

Ya no recuerdo la sucesión de hechos —¿llamadas telefónicas?, ¿nuevas cartas?— que nos llevaron un sábado por la mañana a un banco en medio de un campus desierto. Era julio, con el aire inmóvil y bochornoso, los edificios estaban vacíos, todos los libros devueltos a la biblioteca, en definitiva, esa atmósfera de enorme calma y enorme desolación del final de curso. Me sentía confundida y desmañada y hablé la primera, diciéndole que no quería hacerle más daño a mi amiga, quien, una vez reemplazada por mí, había caído en una depresión alarmante. Fui a verla para pedirle perdón, para hablar con ella, en la habitación donde habíamos pasado incontables horas felices, pero sus padres me miraron mal. Mi amiga estaba desplomada en la cama, me daba la espalda y lloraba. Cuando me despedí, murmuró algo. Vi que su rostro estaba pálido, tenía el pelo grasiento, hacía días que no salía de casa ni se duchaba y recuerdo que me distrajo el leve

mal olor que flotaba en el aire. «Creía que eras mi mejor amiga» dijo, para hacerme saber que ya no lo era. Y añadió: «Lo has estropeado todo».

El día que nos vimos, también S. estaba pálido, hecho pedazos. Mientras me esperaba leía un libro, casi doblado sobre sí mismo, y cuando me senté a su lado tampoco él podía mirarme a la cara. No parecía contento de verme, al contrario, tenerme por fin cerca y (si así lo quería) toda suya lo atormentaba incluso más. Solo yo, entre los tres, conservaba una posición erguida, lo bastante lúcida a pesar de sentirme desgarrada. En ese sentido, ellos todavía estaban unidos, mientras que yo no dejaba de ser una extraña, por más que estuviera incrustada en el centro de la tragedia. Estuve dando rodeos mucho tiempo en aquel banco, pero al final, frente a esos edificios vacíos y tristes, rechacé la corte de S. para poder salvar (así lo creía) una amistad, en aquel momento, fundamental. Y él, con dignidad, pero también con decepción, aceptó mi razonamiento, añadiendo que mi sacrificio era un acto de considerable corrección y fidelidad, y que eso no hacía más que aumentar su admiración por mí.

Había abierto su libro para citarme una línea subrayada: «Todo deseo se convierte en una decisión». Era el diario de una conocida escritora, me explicó, y después me dijo: «Harás cosas extraordinarias en tu vida», como si fuera un oráculo, tras lo cual me pidió que le contara un detalle de mi infancia. A fin de cuentas, una solicitud razonable, por más que en el fondo yo pensara, y tal vez esperara, que me pediría un beso también, un beso solitario y desgarrador, que yo ya le había concedido en mi cabeza. Esperaba una aproximación furtiva por su parte, con una mano apoyada en la rodilla, los ojos que se cerraban antes de sentir el impacto de los labios y el olor de la boca. Deseaba de él un gesto osado que hiciera saltar por los aires mi sacrificio de chiquilla. En cambio, me escuchaba manteniendo siempre un espacio respetable entre nosotros. Así que le conté uno de mis entretenimientos solitarios de niña, cuando iba al bosque detrás de mi casa donde discurría un riachuelo en busca de vida debajo de las piedras. Les daba la vuelta —algunas pesaban bastante— dejando al descubierto los

gusanos e insectos que se estremecían y se retorcían bajo la luz del sol. Los miraba con horror y también con fascinación, sin molestarlos en ningún momento. Eran organismos oscuros y acorazados, algunos con un aspecto prehistórico. Los estudiaba, pero solo hasta cierto punto, y luego volvía a colocar la piedra que los tapaba para dejar en paz ese cosmos oculto y ansioso. S. no reaccionó, no me preguntó nada más, se limitó simplemente a escucharme. No le dije que, casi desde siempre, a causa de mi carácter, yo también me sentía como una de esas criaturas invisibles, y que con esa carta de amor había sido él quien había levantado la piedra. Como es lógico, ahora entiendo que nuestra relación, o por lo menos el potencial de una posible relación nuestra, era el equivalente de esa diminuta pero convulsa vida expuesta por un momento, solo un momento, antes de que volviera a colocarse la piedra y quedara olvidada.

## 2

Pero ¿a qué viene hoy este preámbulo? ¿Por qué me bullen en la cabeza estos recuerdos reprimidos y aún confusos mientras estoy sentada en el banco de la iglesia donde se está celebrando el funeral de quien en otros tiempos fue mi suegra? *Muéstranos cómo vivir cada hora que se nos escapa como la tuya ahora, como la última hora, y cómo ofrecértela con toda nuestra alma.*

He comido durante años, casi todos los domingos, con la señora que yace en el ataúd: al principio, cuando era ella la que nos abría la puerta y nos preparaba tres platos; luego, cuando llevábamos nosotros la comida; al final, cuando la cuidadora calentaba una sopa para todos que ella apenas probaba junto con algunos trocitos de manzana. Ahí está la cuidadora, y mi marido, con el pelo enmarañado ya blanco, la chaqueta negra que le aprieta ligeramente los hombros, su rostro, todavía hermoso, tenso por el duelo. Un hombre con el que viví, siendo bastante feliz, durante veinticinco años. Poco antes, delante de la basílica nos abrazamos y besamos. Sin embargo, él ha entrado con una

mujer alta de pelo oscuro largo y rizado y la espalda recta. Están sentados uno al lado del otro. La reconozco, vive en ese edificio de los años treinta, cerca de nuestra casa, al otro lado de la escalinata, y saca a pasear a un perro gris y tan delgado como ella. Delante de la basílica mi marido me ha dicho que a mi suegra acababan de vestirla las enfermeras después de limpiarla con una esponja, como cada mañana, cuando el corazón se le paró sin ningún ser querido a su lado. Nuestra hija, la única nieta de mi suegra, ni siquiera está presente hoy en el funeral. Inmediatamente después del bachillerato lingüístico se mudó al norte, hace tiempo que no hablo con ella, actualmente está en un barco ayudando a las personas que, arriesgándolo todo en embarcaciones poco adecuadas para el mar abierto, buscan un lugar de desembarco en este país.

Yo también acabo de llegar, esta mañana, después de haber cruzado el Atlántico en avión. Desde hace siete años, desde que mi marido y yo decidimos vivir separados, vivo entre dos continentes; algo que puede hacerse, por lo menos eso me digo, aunque la preposición sugiera un limbo eterno. A finales de agosto me ausento de mi vida romana, dejo el Mediterráneo por ese océano tan familiar y furioso. A mediados de mayo regreso. Pero ahora estoy de vuelta, a finales de octubre, aprovechando que tengo una semana de vacaciones, y volveré otra vez durante un mes por Navidad. Al aterrizar esta mañana, de madrugada, el aeropuerto estaba desierto y monté enseguida en un taxi. Es un viaje que hago tan a menudo que apenas levanto la cabeza mientras el taxista recorre el tramo Roma-Fiumicino. En cambio, siempre me sorprende, desde arriba, a medida que el avión desciende, la franja blanca de la costa del Lacio que coincide con el mar, que guarda, en la arena, en los pequeños bares y entre las olas, una porción de mi vida ya concluida como madre y esposa. Solo desde esa perspectiva somos capaces de entender hasta qué punto nuestros tiempos, todos nuestros quebraderos de cabeza, anidan en un borde estrecho y delgado de arena en comparación con la infinitud de las aguas.

En el taxi revisé los mensajes del móvil y así fue como me enteré, no por mi marido, sino a través de un chat organizado por un amigo

común, de que mi suegra, que acababa de trasladarse a una casa de reposo, había fallecido el día anterior y que el funeral se llevaría a cabo esa misma tarde.

Pagué al taxista, crucé la calle de mucho tráfico con mi maleta y saludé al portero, que me dio la bienvenida junto con las facturas acumuladas. Me metí en el ascensor, di la vuelta a la llave tres veces a la izquierda para abrir la puerta, pero casi de inmediato volví a salir para tomar un café en el bar de debajo de casa, para disfrutar del sol otoñal todavía intenso, para saludar a algún vecino, para comprar leche y pan y pedir cita en la peluquería. Di una vuelta rápida por la plaza para despertar la parte de mí que vivía aquí, que aún vive parcialmente en Roma. Cada regreso hace que me sienta rejuvenecida, casi como si fuera una especie de fantasma que retoma, a ratos, una vida anterior. Volví a subir para abrir las ventanas y que entrara algo de aire fresco, regar las plantas, sacar las toallas. Siempre hace falta algún pequeño exorcismo, dado que, cuando no estoy en esta casa la alquilo por periodos cortos, e incluso largos, a personas que nunca llego a ver, que vienen de vacaciones desde todos los rincones del mundo y dejan el residuo tácito de su felicidad.

Del armario, que dejo cerrado con llave cuando no estoy, elegí un vestido negro. Abrí un cajón, también cerrado, y saqué un par de pendientes que me regaló mi suegra después del nacimiento de mi hija. Quería hacer una lista de la compra más completa, así que saqué del mismo cajón mi estilográfica favorita, con la que escribo desde los veintiún años. Me la regalaron mis padres cuando me licencié, aunque la escogí yo misma (mis padres nunca sabían qué regalarme, siempre les hacían falta indicaciones precisas, hasta que simplemente empezaron a darme dinero para que me lo gastara como quisiera). Por desgracia, hoy se me ha caído la pluma nada más cogerla; la punta del plumín se ha golpeado contra el suelo de mármol afectando al flujo de tinta, por lo tanto cada frase que escriba a partir de ahora irá acompañada de la vacilación de una línea discontinua, de un roce molesto.

En la peluquería, ya vestida para el funeral, pude relajarme bajo la

lámpara mientras el tinte cubría las raíces, hojeé algunos periódicos mientras, con el rabillo del ojo, veía la basílica medieval a la que había llegado ya el ataúd. Me causó cierta impresión ver esa dolorosa escena mezclada con los turistas, con los amantes, con los camareros que intentan atraer a los transeúntes que pasan delante de restaurantes caros y mediocres.

Ahora son las tres y media y una luz amarilla entra en la basílica de forma oblicua a través de las ventanas. Cae en cuatro puntos diferentes a lo largo del arquitrabe al otro lado de la nave. Dudo que la vecina con el pelo rizado sentada al lado de mi marido haya conocido a mi suegra. ¿O estaré equivocada? ¿Saldrán juntos por la mañana a pasear con los perros? Seguramente se habrán conocido en el parque, a donde mi marido sale a correr, y un día la charla se habrá alargado. Miro hacia arriba y sigo la luz que cruza la nave. El techo de madera de la iglesia me parece un ordenado laberinto de estrellas y octógonos: una lámina multicolor llena de cavidades. Encima del altar hay una figura divina colgada del techo que nos observa desde lo alto. Tiene las manos levantadas, con las palmas vueltas hacia nosotros. Será una bendición, pero me parece también un gesto de resistencia. ¿Y si, al igual que ella, intentara yo también observar mi vida desde lo alto? ¿Se me aparecería alguna perspectiva? ¿O solo una sensación de incomodidad? *Sus ojos se han cerrado a lo que nos seduce, a lo que hace que nos extraviemos.*

## 3

Mis padres eran completamente ajenos a mi primer trasiego sentimental. Por lo general, desconocían mis pensamientos, problemas y preocupaciones. Me hacían muy pocas preguntas, como si su curiosidad, una vez removida, pudiera mostrarles en exceso la intimidad de esa extraña criatura que habían creado juntos. Aceptaban que tuviéramos gustos diferentes; en el supermercado, dentro del carrito de la compra, había productos adquiridos solo para mí, para los bocadillos que llevaba al colegio y para mis meriendas. Casi preferían

observarme a distancia, siempre con cautela, lo que me hacía sentir a veces un organismo oscuro y acorazado a sus ojos también. En las cenas nos decíamos pocas cosas; en casa acogíamos principalmente el silencio, como si fuera un pariente discreto que vivía entre nosotros, que bajaba de su habitación para las comidas, que se reunía con nosotros solo cuando estábamos juntos y ante quien debíamos comportarnos con cierto respeto, cierta atención.

Ese silencio se comía una porción de cada plato que estaba sobre la mesa, respiraba el aire del comedor y se sentaba en un sillón después de cenar si por casualidad nos sentábamos todos en el salón para ver el telediario. Vino con nosotros en coche el día que mis padres me acompañaron a la universidad, no muy lejos de casa, a solo una horita de viaje, una tranquila institución en la que solo estudiaban mujeres, donde mi madre forastera, que estudiaba en casa antes de casarse con mi padre, había insistido en poner las sábanas en mi nueva cama. Había llorado, mucho, cuando se despidió de mí, como si yo, al igual que ella años antes, estuviera a punto de marcharme a la otra punta del mundo sola y de mala gana. No se fiaba de aquel ambiente bucólico. Mi padre, en cambio, me aconsejó que estudiara Economía y que sacara excelentes notas.

En realidad, yo también lloré bastante al principio, en ese mundo nuevo, bucólico sin duda, pero también ajeno. No conocía a nadie, hasta el punto de que hasta extrañaba el silencio familiar que compartía con mis padres, y en los primeros meses acabé por ser plenamente consciente de que había perdido tanto a mi mejor amiga, que ya no me hablaba, como la hipótesis de salir con S., con quien soñaba y a quien deseaba con mayor vehemencia tras haber declinado su cortejo. Había guardado su carta y aún la seguía leyendo en mi nueva habitación todas las noches antes de quedarme dormida, la tenía escondida debajo del colchón y mientras dormía la dejaba bajo la almohada. A través de ese contacto furtivo con sus palabras traicionaba a mi amiga oficialmente. Sabía que no me había portado bien con S. ni tampoco conmigo misma: a pesar de todo conservaba, en mi cabeza, algún resquicio.

Antes de partir, lo había entrevisto por casualidad otra vez a finales de verano en la playa: seguía muy pálido, postrado, muy delgado. Yo iba con otra amiga y él, al verme, había desviado la mirada, como si estuviera demasiado viva, o ya muerta. Aislada en mi cuartito universitario, angustiada, llegué a escribir una larga carta de amor a S., pero al final la tiré. Ya habrá pasado página, me dije, tal vez sienta ya el nombre de otra chica en esa misma canción. Lo indudable es que ese atrevido e inmaduro Dante ya no piensa en mí, pero yo sí, de vez en cuando pienso en él, y me pregunto qué habrá sido de su vida, dado que el destino me ha catapultado sin su conocimiento no muy lejos del lugar de nacimiento y de la tumba del verdadero poeta.

Me explico mejor: en lugar de una relación real con un falso Dante, me puse a estudiar las obras del propio escritor, primero traducidas y luego en el idioma original. Es decir, me sumergí en la historia, en los versos, en la filosofía, en la teología y en la tumultuosa política del siglo XIII. De todo aquel mundo medieval, enteramente nuevo para mí, acabé enamorándome de verdad: estudiaba hasta tarde en la biblioteca, llenaba páginas de apuntes durante las clases, me aprendía de memoria los tercetos. Así comprendí el significado de ese nombre ficticio del sobre y que solo pretendía amarme de forma teórica. La adoración de aquel Dante Alighieri era solo mental, nunca me habría besado en el banco, estaba claro, dado que yo no era ni siquiera una chica de carne y hueso. Aprendí que los versos de Dante estaban llenos de profecías, pero que quienes profetizaban —Tiresias, por ejemplo, y también su hija, la pobre Manto, con el rostro trágicamente girado hacia atrás— se hallaban entre los condenados que sufren su correspondiente pena en el Infierno.

Con el paso del tiempo, decidí dedicarme oficialmente al poeta y escribir, durante mi último año de universidad, una tesis sobre la representación de algunos personajes femeninos de la *Comedia*, aunque no la exaltada Beatriz, ni siquiera Francesca o Pia de Tolomei o Matelda, pues las que me intrigaban en cambio eran las figuras feas y deformes, incluidas las Arpías y las Furias, y Aracne, *oh, loca Aracne*, que se atrevió a desafiar a Minerva. A mi padre le sentó muy mal que

no hubiera seguido sus consejos y su trayectoria y cuando volvía a casa para pasar el fin de semana o las vacaciones me hablaba cada vez menos. «Estás tirando por la borda tu futuro», me dijo un día. Y mi madre, que no se atrevía a oponerse a su marido, nunca me defendió. Para recibirme seguían comprando cosas que me gustaban a mí y que normalmente ellos no comían: pomelos rojos que yo cortaba por la mitad todas las mañanas, patatas fritas con vinagre y sal, helado de café. Me daba rabia si, confundiendo los polos del fruto, lo cortaba de arriba abajo en lugar de por el ecuador, de modo que exponía los dos hemisferios longitudinales en vez de las cuñas, la columna vertebral en lugar del ombligo. En cualquier caso, hacía ya tiempo que mis padres no eran una guía para mí, de la misma forma que Virgilio desaparece en determinado momento en el Purgatorio dejándonos huérfanos, *manvacíos de él*. Un poco como Nemrod, creo que siempre he tenido mi propio idioma, que ellos nunca entendieron. El pequeño premio que ganó mi tesis los había dejado aún más perplejos, así que después de la licenciatura cogí la pluma que me habían regalado, una libreta para anotar mis impresiones, y con el dinero ahorrado trabajando en la biblioteca, más el del premio, me fui con un par de amigas a ver el paisaje de Dante que por entonces solo conocía a través de los libros, con la idea de deambular durante algunos meses antes de continuar con mis estudios medievales.

Primero fuimos de peregrinación a Florencia, leonada y sobria, luego a Rávena, azul y baja, y por último a Roma. Un día, en una parada de autobús de largo Argentina, conocí a un hombre guapo con las cejas pronunciadas y el pelo largo que le tapaba la parte superior de las orejas. Me estaba esforzando, con mis amigas, por descifrar las diversas paradas señaladas en el cartel y él nos echó una mano, luego se sentó a mi lado y nos llevó a un local sin turistas que nunca habríamos encontrado por nuestra cuenta. En tres segundos consiguió organizar una cena para presentarnos a algunos de sus amigos.

Nacido en la ciudad, nunca había vivido en ningún otro sitio. Era médico, especialista en los riñones, tenía un perro y una voz dulce, muchos pacientes y casi veinte años más que yo. Fue mi primer novio.

Me llevaba de paseo en ciclomotor, al mar y a la Vía Apia Antigua, donde nos besábamos entre las ruinas. Nunca había estado en Norteamérica y quería saberlo todo. Se quedó asombrado cuando le recité algunos pasajes de la *Comedia* de memoria, y también cuando le dije que no había tenido ningún novio antes que él. Se divertía cuando le contaba algunas cosas tristes, por ejemplo, que en nuestra casa había tres televisores diferentes para cada uno de los tres miembros de la familia, o que mis padres se parecían tanto —ambos con la boca estrecha y ojos ligeramente somnolientos y el mismo amplio espacio entre la nariz y los labios— que temía ser hija de dos primos, aunque no fuera cierto. Un día, mientras dábamos un paseo, sentí ciertas molestias en un pie, así que entré en un zapatero para que me arreglara el zapato, un bonito zapato de leopardo cuya suela tenía un pequeño agujero. Era un cuchitril fresco con paredes sucias y muchos pares de zapatos colocados dentro de las cajas en una estantería. El zapatero agarró mi zapato, lo observó un momento y luego dijo, mirándome fijamente con sus ojos redondos y claros:

—Esto está para que lo tire.

*Cada deseo se convierte en una decisión*. A mis veintidós años no solo tiré el zapato condenado por aquel zapatero. Poco a poco fui tirando un montón de cosas más. En primer lugar, no volví a Estados Unidos con mis amigas, sino que me las apañé para quedarme en Roma, y de lo más contenta. Luego me deshice de los sentimientos de culpa por no haber estudiado Economía y por no haber hecho caso a mi madre, que había intentado varias veces organizarme una boda, con la idea (creo) de unirme a su destino y de transmitirme su infelicidad. No me importaba aumentar la distancia entre ellos dos y yo, dado que ni siquiera sabían hacerme un regalo. Me matriculé en la misma universidad en la que había estudiado mi novio muchos años para convertirse en médico, traducía artículos para poder alquilar una habitación y seguía vagamente con mis estudios medievales. Era difícil, sin embargo, estudiar en un nuevo idioma, me costaba seguir a los profesores, en realidad prefería salir por ahí de noche con mi novio que quedarme encerrada con los libros y los cuadernos, prefería

despertarme en su cama por la mañana y descubrir sobre la mesa la bandeja que él ya me había preparado con biscotes, mermelada, su querida cafetera maltrecha. Me compraba ropa en los tenderetes y sentía sobre la piel tejidos y cortes y estilos diferentes. Los martes, cuando él no tenía que ir a la clínica, nos íbamos a Ostia a comer pasta con almejas y a pasear, primero en metro, luego con un Seiscientos que se compró, y allí una tarde, cuando nuestras sombras eran muy muy largas en la arena, me pidió que me casara con él.

Le dije que sí y para estar con él para siempre tuve que rellenar muchos formularios, obtener un código fiscal, elegir un médico de cabecera, y me fui acostumbrando a las prendas tendidas que se comían las habitaciones, al olor de la ropa recién lavada, a los suelos de mármol de la casa y a todos los objetos que, si se me escapaban de las manos sin ninguna razón clara, se partían ruidosamente cuando caían al suelo. Aprendí a conducir coches con marchas y me saqué un nuevo carné memorizando el significado de un número infinito de señales de tráfico. Compraba todo lo que me hacía falta, lo que necesitaba, todavía me acuerdo de la amabilísima señora con pantalones de lana y un suéter suave de color gris paloma a la que le compré un secador para el pelo (lo sacó de la caja, y lo encendió unos segundos para enseñarme cómo funcionaba) en la pequeña tienda que vendía cuchillos y platos y pequeños electrodomésticos. Mientras ponía en pie con entusiasmo mi nueva vida no dejaba de tirar cosas: incluso ciertas prendas que acababa de comprar, por ejemplo, porque al cabo de tres días me convencía de que no me sentaban bien, porque me encaprichaba enseguida de otro modelo, otro color, así que se las regalaba a mis nuevas amigas o las tiraba a los contenedores amarillos para olvidarlas. Pero sobre todo tiraba con desagrado, porque el amor me había vuelto desordenada y distraída, por lo que tendía a estropear cosas nuevas, como un par de botas de gamuza que me manché quién sabe cómo durante una enorme fiesta al aire libre, creí que eran gotas de agua que se evaporarían, y en cambio no, era imposible disimular las manchas incluso con el tinte del zapatero. El mismo destino corrían muchos vestidos, muchas camisas, me las ponía para una cena fuera, y

al volver a casa descubría una sombra de aceite o vino, indeleble. Maté varias plantas preciosas sacándolas bruscamente de las macetas de plástico. Cuando después de la boda nos entregaron un nuevo colchón envuelto en plástico, hice enseguida un pequeño agujero con las tijeras que usé para retirar el envoltorio, una pena. Y me preguntaba, mientras dormía sobre ese agujero en la parte de abajo del colchón, o mirando la planta decapitada, si habría un castigo reservado para aquellos que estropean las cosas por error, para quienes insisten en una nueva vida.

—Algún día me tirarás a mí también por un hombre más joven, no está bien que yo sea el único que te haya amado —bromeaba mi marido. Yo reaccionaba mal si me hablaba así, temía que fuera otra profecía, y le aseguraba que tal cosa nunca sucedería. Tontamente pensaba que no era verdad, que ya había sido amada por un chico llamado Dante Alighieri, lo que me permitió echar una piedra bien pesada sobre la profecía, de manera que seguiría siempre casada con mi marido y envejeceríamos juntos. Solo le querría a él, por él me había acostumbrado en invierno al tiempo húmedo matutino que cedía hacia las dos en punto, cuando todos se sentaban fuera para tomar el sol. Por él había aprendido, en verano, a pasarme horas en la playa los fines de semana, a ponerme un bañador de dos piezas y a soportar los guijarros y las rocas bajo los pies antes de sumergirme, a pasarme las tardes en un barco donde me derretía de calor o tiritaba de frío, a despreciar el aire acondicionado para evitar las tortícolis y las corrientes.

Nació una hija, una niña pegajosa que me seguía incluso al baño. Los domingos íbamos a Ostia a comer pasta con almejas y a que corrieran el perro y la niña, o íbamos a casa de mis suegros, la misma en la que mi marido había sido niño y luego adolescente. Su casa siempre estaba helada, pero a la vez era calurosa, así que acabé aprendiendo a vestirme de otra manera, a taparme bien. Me gustaba estar en el lugar que guardaba los fantasmas de mi marido y me gustaban esas charlas en la mesa, predecibles para él, esclarecedoras para mí.

Apreciaba toda la comida preparada en la cocina minúscula de mi suegra, su santuario sin lavavajillas, pero con la lavadora debajo del estante de mármol al lado del lavabo. Ella, que me explicaba cómo

preparar los distintos platos, albóndigas, verduras fritas, que me enseñaba a ofrecer en invierno mandarinas, *panettone* y nueces para cascar en la mesa, a sacar el café en tacitas sobre una bandeja y luego el licor amargo que hacía mi suegro cuando iba a las montañas a recoger genciana. Mis suegros eran gente dulce, personas cultas, me perdonaban todos mis disparates cuando hablaba rápidamente en italiano. Decían (no era verdad) que había estudiado a Dante mejor que ellos, pero luego recitaban cantos casi por entero de memoria con los ojos cerrados. Volvíamos a casa muy llenos, y en el coche me conmovía ver el cielo con un toque de rosa que anunciaba el rápido declive de la tarde. Después de los atracones dominicales de primeros y segundos platos nos saltábamos la cena, nos bastaba un té de hierbas, un poco de fruta y a la cama, yo con una combinación de ligereza y satisfacción que nunca había sentido antes ni sentiría después, por más que, en el fondo, en su casa, en la mesa, envuelta en ese goce sosegado, me sintiera tan emocionada que tenía miedo de estar al borde de la vida, es decir, de la muerte. Todo esto me parecía la prueba más clara y gratificante de haber elegido el camino correcto, de haber hecho bien al no haber tapado con una piedra ese futuro inesperado, más al contrario, al haber expuesto por fin mi existencia a la luz, alcanzando una especie de paraíso.

Una vez al año iba con mi nueva familia a visitar a mis padres al otro lado del océano. Seguían viviendo en la misma casa de madera mezclada con un poco de plástico donde Dante Alighieri había entregado su carta, con el mismo silencio y la misma infelicidad. Mi madre preparaba la cama matrimonial en el dormitorio de invitados y mi padre veía sus programas en la televisión. Me encontraba con pomelos para partir por la mitad cada mañana. Mis padres pensaban que vivir en un país lejano a causa del matrimonio era un sacrificio que la suerte me había destinado, en vez de una liberación. Había dejado de estudiar a Dante y me había convertido en una ama de casa extranjera como mi madre, pero ni siquiera esa coincidencia nos unió más. No se asombraban de que me manejara con cierta facilidad en otro mundo, de que hablara bien un idioma nuevo (ya no me confundía, por ejemplo,

con las diferencias entre brotar y votar, diligente y dirigente, llevar en bandolera y ser un bandolero). En cambio, preferían hablar con mi marido de algunos achaques que aquejaban al uno o a la otra, o le pedían datos sobre el paro en Italia o sobre el funcionamiento de los impuestos. A mi hija le regalaban ropa demasiado grande (siempre pensando en el futuro, casi nunca en el presente) y muñecas blandas que sabían a vainilla.

Nos decían, en cada ocasión, que ese año irían a visitarnos. Pero luego, por una u otra razón, el viaje se anulaba, y ni ellos ni yo lo sentíamos en exceso. Con mis padres me sentía tan fuera de lugar como siempre: hija única de dos personas que nunca habían afrontado a fondo la clase de persona que yo era. Temía haberlos traicionado, tal como una vez temí haber traicionado a mi más querida amiga; cada vez que volvía a casa se me venía a la cabeza aquel día al borde de su cama, yo ya condenada en la habitación con el aire fétido, los padres que me habían mirado mal y ella que había declarado: *Lo has estropeado todo*.

Llevaba a mi nueva familia a caminar por el bosque de detrás de la casa, entre los árboles sin hojas, rodeados por una naturaleza gris y severa. La atmósfera era diferente, habían asfaltado el viejo camino a lo largo del arroyo y había bancos aquí y allá. La tierra estaba cubierta por montones de hojas descoloridas y anaranjadas. Nuestra hija corría delante de nosotros por el sendero con sus coletas ondeando mientras mi marido y yo notábamos que, reflejados en el arroyo, los árboles daban la impresión de estar al revés, de modo que las copas, desnudas en esa estación del año, parecían raíces que se extendían por el fondo negro del agua. Eran como mi vida: toda cabeza abajo. A mis treinta años estaba convencida de haberle dado la vuelta a mis verdaderas raíces, las originarias, que ahora parecían un simulacro. En ese bosque, muchos años atrás, me perdía feliz en busca de la vida ferviente y escondida, en la tierra oscura y fría. Pero una vez desplazada y alejada de aquel mundo ya no había vuelto a molestar a ninguna piedra. Sabía desde entonces que incluso Dante, en el *Purgatorio*, debe mirar debajo de las rocas. *Mas mira fijo allí, y desenmaraña / con la vista a cuantos*

*bajo tales piedras vienen*. Sabía que los gusanos somos nosotros.

## 4

Recorres una cierta porción del camino, deseas y tomas decisiones, y se crean recuerdos, tanto resplandecientes como inquietantes, que prefieres no despertar. Pero hoy en la basílica domina la memoria, aquella que estaba oculta. Te espera bajo la roca, son pedazos de ti misma siempre vivos e inquietos que se estremecen cuando los expones.

Como el que, por ejemplo, se me está pasando por la cabeza justo en este momento, mientras nos levantamos y nos sentamos, mientras oramos y escuchamos al sacerdote que recita las homilías fúnebres. *Queremos estar preparados. No sabemos cuándo vendrás a buscarnos*. El recuerdo enterrado, pues, de un verano en esa fase del matrimonio en la que todo parece ir bien, de vacaciones con otras dos familias, durante diez días, en una casa en la playa que alquilamos juntos, con pérgola, sendero en el bosque, subidas y bajadas de arena para llegar a la orilla, un sugerente pinar, *limoncello* después de cenar, juegos de cartas, estrellas fugaces y largas charlas hasta tarde generadas por esa intimidad grupal forzada. Conocíamos poco a la primera familia, de nada a la segunda. Pero nuestra hija era muy amiga de la hija de la primera, que siempre se iba de vacaciones con la segunda.

La playa libre era inmensa y todas las mañanas reuníamos allí nuestras sombrillas entre otras muchas. Para el almuerzo nos acurrucábamos juntos en una mesa de madera torcida cobijada en el pinar, cansados y hambrientos y recocidos por el sol. Nos rozábamos con los codos y las rodillas. El marido de la segunda pareja había estudiado en el extranjero durante unos años. Tenía una madre estadounidense, ojos verdes, unos abuelos que no vivían lejos de mis padres. Le resultaban familiares, por lo tanto, algunos detalles de mi pasado, de mi infancia. Conocía una especie de granizado de limón que comprábamos en camionetas estacionadas al borde de las carreteras en verano, las largas colas para comer langosta al vapor con mantequilla

derretida. Era un antropólogo, embarcado en un libro sobre las supersticiones populares: las lechuzas de siniestros presagios o las gallinas vivas llevadas a mano cuando una mujer recién casada pasaba de la casa paterna a la de su marido, junto con torteles y huevos en número impar.

Una mañana nos demoramos bajo las sombrillas él y yo hablando de Dante y de otras cosas, estaba muy guapo tan bronceado con la barba compacta, el pelo oscuro y mojado que brillaba, y me hablaba de todos sus proyectos con una energía contagiosa. Pero me distraía la forma en la que apoyaba la barbilla en el estrecho hueco que formaba con una mano, y cómo vagaban sus dedos casi todo el rato como diferentes letras de un idioma privado de signos: cómo tocaban sea la garganta, sea la boca, y cómo de vez en cuando terminaban detrás de una de las lentes de las gafas. Yo por mi parte le había contado cosas (porque me las había preguntado) que nunca le había dicho a mi marido, nada de secretos, sino algunas de mis impresiones sobre cómo había sido asentarme y construir una nueva vida aquí, incluso algunas tonterías, como por ejemplo lo que me había costado acostumbrarme a las tres horas que empleaba la lavadora, y cómo me gustaba abandonarme, después de haber dejado a mi hija en el colegio, a largas mañanas en la plaza solo para tomar el sol y charlar con las demás madres, en lugar de salir corriendo hacia el siguiente compromiso, estupideces que escuchaba sin mirarme pero con una concentración notable, siempre con la cara parcialmente oculta por la mano, y recuerdo que, cuando después de un largo baño se nos unió mi marido, me pareció un poco aburrido en comparación con el otro, un hombre guapo aún pero con poco que decir, con los ojos enrojecidos y el pelo húmedo ya gris y que empezaba a ralear.

Al día siguiente mi hija se estaba cepillando el pelo en la cama cuando me dijo que había algo diminuto moviéndose en la almohada. Mi marido no estaba, se había llevado el coche para ir a visitar una bodega, de modo que fue el antropólogo quien me acompañó a la farmacia más cercana. Solo nosotros dos en el coche, a una hora muy calurosa. Campos llenos de sandías. Un viaje de veinte minutos, el mar

y las playas que se entreveían desde la carretera. Me contaba lo que predecían los cometas (desgracias, siempre) o la aurora boreal. Ya sabíamos a dónde ir, porque la noche anterior, después de cenar, circulando todos por el pueblo en coches distintos, vimos que estaban celebrando la inauguración de una farmacia. Había gente en el aparcamiento, había globos, botellas de vino espumoso. Compré el peine y el champú para matar piojos y esa tarde, de regreso a la playa, mientras los demás nadaban me quedé con mi hija para lavarle y peinarle repetidamente el pelo. Nos habíamos puesto al sol y los piojos salían muertos o vivos de su pelo liso, deslizándose de su piel tan blanca, de una palidez que recordaba a los peces que se arrastran por el fondo del océano, mejor dicho, a los organismos subterráneos. Mi hija estaba horrorizada, pero yo, en cambio, sabía que era otra señal profética.

En septiembre, después de que nuestros hijos volvieran al colegio junto con todos los niños y adolescentes de la ciudad, el antropólogo y yo empezamos a quedar para comer en el patio de un hotel no lejos de esta iglesia, un hotel con un aire perdido porque en otros tiempos había sido un monasterio. Hay una pequeña universidad cerca, donde él daba clases una vez por semana. Para llegar al patio del hotel había que pasar por delante de una capilla, cruzar luego un largo pasillo con unos cuantos cuadros en las paredes y un suelo ajedrezado en blanco y negro. Comíamos un menú del montón entre turistas emocionados. A dos pasos del hotel había un museo que siempre estaba vacío, y después de comer íbamos a dar un paseo bajo el techo altísimo y pintado al fresco en ese silencio indiferente, mirando una serie de cuadros de comida, montones de fruta, peces eviscerados y vasos de vino, tal vez porque todavía teníamos hambre. Luego subíamos por las escaleras de piedra estrechas y torcidas. Aunque al principio nos quedábamos casi siempre al aire libre, estar con él era como hallarse en la habitación extra, repentinamente disponible, que aparece solo en los sueños, que hace que nuestra casa resulte sorprendentemente más espaciosa. El descubrimiento de esa habitación me devolvía a una época lejana de mi vida, cuando temía amar, pero también no despertar

nunca el deseo de nadie. Hasta que de repente, después de la carta de Dante Alighieri, sentí que había cometido un error y me atormenté por una decisión imposible. Otra vez la tentación y el titubeo en un banco: al final del paseo nos sentábamos y nos besábamos, esta vez sí, y nos enfrentábamos a la tristeza inmensa de la puesta de sol, ese instante en el que la ciudad arde y las montañas se unen al cielo y las copas de los pinos marítimos emergen entre los edificios como humo volcánico y casi todo lo que nos rodea día tras día, cada detalle y cada alma, se oscurece y se afea y en apenas un segundo acaba.

## 5

Los encuentros en el banco y más adelante las tardes en una habitación en ese hotel con el suelo ajedrezado duraron un par de meses. No pasamos nunca una noche juntos, pero si nos quedábamos dormidos después del sexo yo sentía bajo la mano la matita de pelo en la parte inferior de su espalda, el brazo que me retenía, y si abría los ojos veía con el cerebro confuso y cansado cómo su muñeca desaparecía casi para convertirse en el hueso de un esqueleto. Pero luego lo dejamos, mi suegro se puso enfermo, empeoraba rápidamente, y todo estaba a punto de complicarse mucho. No era cuestión de confesarle en ese periodo un desliz a mi marido (años después sí lo hice, pero solo a algunas amigas, las mujeres son como tumbas). Seguía queriendo a mi marido y me sentía culpable, culpable de verdad, o, mejor dicho, como un gusano, pero también, he de admitirlo, liberada de la falsa virtud que me había obstaculizado en el pasado. Tenía miedo, tal vez, de morirme sin haber incurrido en falta nunca. Pese a todo, cada atardecer, en la mesa con mi marido y todas las noches en la cama mientras roncaba, era consciente de haber dañado, tal vez estropeado para siempre las buenas relaciones entre nosotros, como cuando doblaba violentamente el tallo de una flor muy fresca mientras colocaba un ramo recién elegido por la florista.

Si me hubiera interpelado, se lo habría contado todo, tal vez hubiera salvado ese tallo torcido. En cambio, nunca me preguntó nada y

después del fallecimiento de mi suegro la vida continuaba. Cuando hablábamos de aquellas vacaciones en la playa, de esas personas con las que estuvimos comiendo durante dos semanas en el pinar, lo hacíamos con serenidad y nada más. Pero yo estaba nerviosa, se me quemaba demasiadas veces la cafetera, un domingo por la mañana provoqué incluso un pequeño incendio en la cocina a causa de una agarradera que dejé al lado del hornillo. Y sospecho que mi marido —mientras le pedía perdón, mientras lloraba entre sus brazos, mientras los dos estábamos en pijama envueltos por ese humo acre que te desgarra la garganta— ya lo había intuido todo.

*Llegamos luego a la desierta ribera*. Cuando yo tenía cuarenta años, mi hija dieciséis, mi marido casi sesenta —en definitiva, tres edades separadas e importantes— retomé mis estudios. Quería pasar página, no quería acabar siendo un ama de casa extranjera como mi madre. Nuestra hija, que de niña estaba siempre pegada a mí, desaparecía impaciente en su dormitorio, salía todas las noches, quién sabe con quién se iba por ahí. En lugar de coletas, tenía el pelo casi rapado. Mi marido se había convertido en el director médico de una clínica importante y estaba muy ocupado. Me matriculé en una universidad fuera de Roma e iba y venía varias veces a la semana. De nuevo cuadernos, clases, tareas. Hice un máster gracias al que aprendí a enseñar el idioma y la cultura de Dante al resto del mundo, después de lo cual empecé a trabajar para una sociedad del centro que lleva su nombre. Daba clases a turistas o a otros forasteros como yo que querían leer algo de la *Divina Comedia* en su idioma original, o alquilar una villa con piscina en algún lugar bonito. Otra vez el poeta, el de verdad, el que había muerto, me abría camino y me aguijoneaba.

Un día recibí una llamada de mi padre: mi madre tenía una obstrucción intestinal. Volví a Estados Unidos con toda urgencia para la operación, mi marido me había explicado que era una cosa seria, y dos semanas después, postrada por la intervención quirúrgica, falleció en el hospital con la barriga completamente hinchada, como si estuviera embarazada. Al final, es posible que mi suegra me conociera mejor, o bien que conociera lo mejor de mí, pero yo sabía que al hacerme la

cama mientras le fue posible y al mandarme por correo un vestido demasiado grande cada año para mi hija en Roma, también mi madre me había amado a su manera. Me quedé durante un mes con mi padre para ayudarlo; estaba a punto de jubilarse, quería vender la casa, donar los muebles y otros objetos y mudarse a un pequeño edificio de vecinos. Mientras vaciábamos la casa, sacó todos mis boletines de notas desde que tenía ocho años, junto con certificaciones y redacciones varias, e incluso mi tesis sobre la *Divina Comedia*: lo había guardado todo en una caja especial. Estuve buscando, en mi habitación, entre las cosas que no había tirado, la carta de amor que me entregó Dante Alighieri. Había desaparecido.

Así dio comienzo una nueva etapa en mi vida con muchas idas y venidas: cada dos o tres meses iba a ver a mi padre viudo y jubilado. Habiendo perdido a uno de mis padres, no quería desperdiciar el tiempo que me quedaba con el otro. Esos viajes, que no dejaban de ser una paliza, me tranquilizaban, no me importaba estar dos semanas con él, llenar la nevera y el congelador de alimentos. Notaba que cuando oscurecía en casa a menudo no encendía las luces de la habitación, sino que se quedaba sentado absorto en su sillón sin hacer caso. Lo sacaba a dar un paseo, incluso en silencio, por el bosque junto al arroyo donde las copas de los árboles parecen raíces. Nunca me pidió que pasara ese tiempo haciéndole compañía, nunca apreció en voz alta ese gesto, pero cada vez que volvía me encontraba en su nueva cocinita los pomelos rojos (que seguía cortando, a veces, de arriba abajo) entre sus plátanos manchados en la canasta de frutas, las patatas fritas con vinagre y sal, el helado de café.

En una ocasión, en el aeropuerto, a la espera del embarque, justo antes de un vuelo, conocí a un joven italianista muy preparado, estaba sentado a mi lado y tenía una bolsa con el nombre de la misma institución donde yo me había licenciado. Daba clases allí y me dijo que estaban buscando a alguien que impartiera algunos cursos de idiomas durante un año. Presenté mi solicitud y me ofrecieron la plaza. Mi marido me acompañó al aeropuerto, nos despedimos diciendo que nos veríamos en Navidad.

Me instalé en un estudio anejo ya amueblado, detrás de la enorme casa de un profesor importante. Era un lugar acogedor con suelos de madera rojiza, una chimenea de verdad que encendía por la noche, y una serie de pequeñas ventanas en la buhardilla. Una única llave, algo torcida, abría la puerta. Estaba rodeada de nuevo por prados verdes y árboles altos, con el ruido de las máquinas cortacésped y las que barrían las hojas, la nieve que había que retirar por la mañana, el crujido de la casa durante los vendavales, las aceras solo para pasear, nunca para llegar a un destino real, y congeladas después de las nevadas. Me causaba impresión volver a encontrarme en mi vida anterior, entre los mismos edificios, las mismas estatuas en los prados del campus, la misma biblioteca en la que ganaba cuatro cuartos siendo estudiante, donde me esperaba el mismo sillón en mi nicho favorito.

Dar clases me gustaba, las alumnas eran buenas y me hacían muchas preguntas, algunos compañeros me caían bien y me invitaban a cenar. El segundo semestre asistí incluso al mismo curso sobre Dante que había realizado décadas antes, solo que ahora ayudaba al profesor —el joven al que había conocido en el aeropuerto— a corregir los exámenes. El estudio me encantaba, antes que yo había vivido allí un artista que había pintado unos deliciosos dibujos en las puertas y encima de la chimenea. Los domingos iba a ver a mi padre y paseábamos en silencio por el bosque a orillas del arroyo. Le preparaba siempre un tortel que le gustaba mucho, con una receta de mi suegra. Hablaba con mi marido por teléfono cada tres o cuatro días. Me contaba cosas de Roma, del sol y de la lluvia, de nuestros amigos y parientes y de su trabajo. A veces, cuando me llamaba algún domingo desde Fregene o Anzio, donde daba largos paseos con el perro, yo me preguntaba si se vería con alguien. Al final del curso el *college* me ofreció un contrato renovable de tres años. Podría volver a Roma en verano e invierno. Mi marido vino a verme una vez, al estudio, una breve visita melancólica en Semana Santa cuando las hojas de los árboles, de un verde suave, estaban a punto de brotar y las siluetas de las ramas proyectaban sombras claras y desnudas sobre la hierba. *Poco más allá, siete árboles de oro / simulaba en la mente el largo trecho / que*

*aún mediaba entre ellos y nosotros.*

Él se quedó en nuestra casa y yo me busqué una más pequeña, en la misma zona también. Tengo una pequeña terraza, cactus, una habitación extra para invitados, en mi caso, para mi hija. Entre distintos altibajos, él y yo todavía estamos casados y seguimos siendo amigos, así que si surge la ocasión, cuando estoy de vuelta en Roma, vamos a almorzar juntos.

## 6

Ciertas historias nos pesan, ciertas cosas vividas u observadas o equivocadas o escrupulosamente exploradas. Transmiten una energía que excede a la de la vida cotidiana de usar y tirar. Los recuerdos profundos son como las raíces infinitas reflejadas en el arroyo, un simulacro interminable. Y, sin embargo, toda historia, como toda vida, dura solo hasta cierto punto. Mi suegra, por ejemplo, nos dejó ayer, con el pelo recién suelto esperando a que la enfermera se lo recogiera en la nuca, a la espera de probar unas cucharadas de la sopa apenas preparada para ella. *Pero ahora, Señor, han encontrado la paz, la paz que les otorgas y que perdura, una serenidad que nada puede turbar, una calma imperturbable.*

## 7

Hay poca gente en el funeral y yo formo parte del núcleo central. Veo a algunos parientes de mi marido, algunos compañeros de trabajo. Veo a las amigas con las que me reúno regularmente para charlar un rato en el bar, algunas separadas como yo, o ya viudas, un par aún casadas. Estamos casi todas en la cincuentena, lo que quiere decir que los sesenta se aproximan. Juntamos dos o tres mesas y hablamos un poco: de enfermedades y proyectos y hormonas e hijos, de que nos sentimos huérfanas de mediana edad, de las largas tardes que pasamos en

sordina, de los apuros al interrumpir a nuestros hijos cuando están intercambiándose mensajes de texto con algún amigo y nos sentimos como intrusas. Cuando estoy en Roma salimos juntas, vamos al cine o al teatro, tomamos un aperitivo a orillas del río, o bien paseamos en medio de la multitud, un entorno que custodia y oculta cualquier transgresión hacia el mundo. Organizamos cenas y vacaciones, senderismo, una semana al año alquilamos una bonita casa con vistas al mar en alguna parte. Buscamos las casas en internet, las comentamos en nuestro chat, nos preguntamos quiénes serán los dueños.

Estas mujeres en medio del camino son la tercera familia de mi vida. Pero también nosotras nos hemos creado una enorme piedra colectiva para echarla sobre las heridas, las decepciones, las congojas. De lo contrario, ¿por qué me despierto casi todas las mañanas alrededor de las tres en dos extremos diferentes del mundo, convencida de que alguien está deambulando por la casa, con la impresión de que mi hija, que aún es pequeña, está corriendo por las habitaciones o llamando a la puerta si me estoy dando una ducha? ¿O que mi marido, madrugador como es, está todavía en la cocina para poner el primer café y sacar las mermeladas? Las distancias son útiles, entre otras cosas para cambiar de perspectiva con regularidad, de modo que pese menos la conclusión de un largo matrimonio, de modo que una infancia triste, una adolescencia bajo una piedra, el miedo a haberlo estropeado casi todo no siempre se cierna sobre nosotros.

Dentro de una semana estaré de nuevo en un taxi, en la carretera entre Roma y Fiumicino, para viajar hasta la otra orilla. Un vuelo diurno de nueve horas. Tal vez la ansiedad no sea tan mala para mí. Volveré allí para concluir el semestre y pasar muchas horas en esa biblioteca en la que sé dónde poner mi abrigo para que se caliente sobre el radiador. Las orejas se me congelan tan pronto como pongo un pie fuera para volver a casa. Las hojas de colores que todavía quedan en los árboles se cuentan una por una. El susurro seco cuando caen y golpean los cristales de las ventanas parece lluvia. Al anochecer, veo de vez en cuando algún conejo sentado sobre la hierba, con su cuerpo redondo y compacto y ese ojo de mármol negro que no se fija en nada,

o en todo quizá. El animal comunica terror, o simplemente refleja el mío, y me pregunto cómo sería vivir sin desplazarme tan a menudo, sin el alma vagamunda que me ha tocado en suerte.

¿Había, en la época de Dante, personas condenadas a tener más de una vida, es decir, nunca una entera? Resulta duro abrir la puerta del estudio con esa llave torcida cuando ya a las cinco y media de la tarde reina una oscuridad estrepitosa, sabiendo que nadie te espera dentro. Cada vez que me deslizo entre la puerta principal y la de vidrio y metal que bloquea la escarcha siento un peso tremendo sobre los hombros, es incómodo buscar la llave mientras la primera puerta casi te aplasta, y me pregunto si el suspiro cansado que emite esa puerta antes de cerrarse proviene de los testarudos marcos de las ventanas o de mí.

Podría considerar la orilla académica de mi vida bifronte como una especie de purgatorio. Roma todavía fluctúa entre paraíso e infierno. Repleta como está ahora de cosas rotas, erradas, llagadas, desechadas, difuntas, no me siento capaz de cortar los hilos. Resultan difíciles de gobernar los cactus de la terraza, no perdonan mis idas y venidas. ¿Será que les doy demasiada agua, o no la suficiente? ¿Por qué se caen las hojas del árbol de jade tan pronto como las toco? Mi piel se ha hecho más fina o bien la sangre ha comenzado a fluir de otra manera, dado que en los últimos años en cuanto mi mano choca con algo duro, un poste en la calle o un trozo de madera, incluso si me golpeo un dedo contra una olla mientras lavo los platos, me sale un pequeño hematoma que me duele bastante y me siento la tonta de siempre que estropeaba y rompía torpemente las cosas, que se manchaba las botas nuevas, las blusas caras que acababa de comprarse. Qué pena la estilográfica, el plumín torcido como una nariz ganchuda. ¿Será esta la vida extraordinaria que me pronosticó el primer Dante Alighieri?

La luz ya no entra en la basílica, el sol se ha desplazado.

*El cielo no está tan lejos, a pesar de nuestra impresión de distancia infinita.* Miro otra vez hacia arriba, esa figura divina pegada al techo. Parece como suspendida, a punto de caer, para darse una gran panzada. Pero no cede. Solo ceden las palabras escritas y entregadas en mano, las amistades, las células, los zapatos de leopardo y las comidas

dominicales de otros tiempos, las pasiones tanto adolescentes como adultas, las tiendas que venden cuchillos y pequeños electrodomésticos, la ansiedad de los padres, las voces de los niños, las conchas de las almejas al borde del plato. Quedan algunos arrepentimientos. Sigo a la espera de que mi marido me perdone y de decirle, a los diecisiete años, a un muchacho afligido y osado, que yo también le quiero.

## 8

Solo hoy me doy cuenta de que nunca le he contado la historia de Dante Alighieri a nadie. Hasta hoy se anidaba *en esa parte del libro de mi memoria*. Sigo soñando con él: ha venido andando con la linterna en la mano, me espera más allá de la puerta de vidrio y metal, ha venido a verme.

## 9

Nos ponemos de pie. Veo a un señor sentado solo que escribe arrebatado, como si la iglesia fuera su propio despacho. Noto, detrás de él, al fondo, a otros turistas. Ellos también han asistido al funeral de mi suegra. Hace años, antes de conocer a mi marido en una parada de autobús, yo me habría contado entre ellos, todavía a la espera de mi vida nueva. *Están más cerca de nosotros los que han partido hacia un mundo mejor*. Resulta extraño sentirse a fin de cuentas casada con un lugar más que con una persona. Espero morir aquí y no al otro lado del mundo.

Sacan el féretro, nos ponemos en fila y salimos nosotros también de la iglesia. Lloro a mi madre que me conocía demasiado poco mientras meten a mi suegra en el coche fúnebre. Ahora será enterrada junto a su marido, bajo tierra, con los insectos que yo buscaba en otros tiempos levantando las piedras. La única tierra que tapa para siempre. *Esas gentes que en los sepulcros yacen / ¿podría yo ver? Están ya las losas /*

*levantadas, y aquí nadie guardia hace.* Abrazo a varias personas y, por último, a mi marido. Le digo que estoy cansada, que no he dormido en el avión, que no me siento capaz de ir al cementerio.

Me da las gracias por haber venido.

—La echaremos de menos.

Él me responde, con dulzura:

—Te quería mucho.

Ha envejecido, pero no conmigo. Se despide y me da dos besos antes de encaminarse hacia su coche con nuestra vecina de casa.

¿Cuánto tiempo hace falta vivir para aprender a sobrevivir?

¿Cuántas veces *incipit vita nova*?

Organizo una cena con mis amigas. Sobre la plaza se despliega un cielo terso.

—Menuda ciudad de mierda —dice una de nosotras, rompiendo el silencio—. Pero qué hermosa es.

Algunos de estos cuentos ya han aparecido en forma ligeramente distinta en otros lugares:

«La frontera»
*Granta Italia*, vol. 7: *Geografia*, Rizzoli, Milán, 2015.

«El encuentro» (con el título de «Un almuerzo echado a perder»)
*La Lettura — Corriere della Sera*, 23 de septiembre de 2018.

«Las fiestas de P.» (con el título de «La fiesta de P.»)
*Nuovi Argomenti* 1, mayo-agosto de 2019.

«Casa luminosa»
*Nuovo Decameron*, HarperCollins Italia, Milán, 2021.

«La recogida»
*Nuovi Argomenti* 5, septiembre-diciembre de 2020.

«Las notitas»
*Le ferite: quattordici grandi racconti per i cinquant'anni di Medici Senza Frontiere*, Einaudi, Turín, 2021.

**Vuelve la mejor Jhumpa Lahiri, ganadora del Premio Pulitzer y aclamada por sus «historias simples y sutiles, sembradas con sentimientos inesperados, como un campo de minas» (Pedro Almodóvar).**

Una familia disfruta de sus vacaciones en una casa de campo romana mientras la hija de los guardeses —una pareja que arrastra una antigua afrenta— se encarga de las tareas domésticas y la observa discretamente; un alegre reencuentro de dos amigas revela, sin embargo, unas diferencias irreconciliables; un escritor maduro se obsesiona por una mujer con la que solo coincide en las fiestas de una amiga en común; una familia hostigada por sus vecinos se ve obligada a abandonar su hogar; una pareja busca consuelo en Roma para tratar de

olvidar su tragedia personal. Con estos «cuentos escritos en estado de gracia» (Roberto Carnero, *Avvenire*), la autora de *El intérprete del dolor* y *Tierra desacostumbrada* vuelve al género que la hizo mundialmente célebre y acreedora de los premios Pulitzer y PEN/Hemingway. Relato tras relato, Jhumpa Lahiri nos sorprende y nos conmueve con un libro deslumbrante sobre el amor, el desarraigo, la soledad y los ritmos naturales de una ciudad que acoge a todos por igual.

**La crítica ha dicho:**

«Con estos *Cuentos romanos* tan extraordinarios, la extranjera Jhumpa Lahiri se confirma definitivamente como escritora italiana».
**Domenico Starnone, *Internazionale***

«Un testimonio vivo y luminoso del poder creativo y redentor de la imaginación y la fantasía».
**Francesco Musolino, *Il Foglio***

«Citando a Dante Alighieri, si uno busca en la literatura una *vita nova* que le ayude a comprender mejor su existencia, Jhumpa Lahiri es la compañera de viaje ideal».
***Io Donna***

«Una revelación reciente: Lahiri tiene una forma muy original de contemplar el mundo».
**Manuel Vilas, *Mujer Hoy***

«Siempre hay un hueco para la literatura que ambiciona la exquisitez, como la de la norteamericana de origen indio Jhumpa Lahiri».
**Carles Geli, *El País***

«Una voz maravillosamente personal. [...] Su escritura es hábil y elocuente. [...] Una autora de una elegancia y un aplomo

extraordinarios».
***The New York Times***

«Elegante, sutil y triste. [...] Su prosa, sobria y reflexiva, así como su profundo mundo interior, recuerdan a la obra de Rachel Cusk o Sigrid Nunez».
**Kirkus Reviews**

«Resulta difícil pensar en algún otro escritor contemporáneo capaz de ofrecer tanta dignidad a sus personajes».
***The Times***

«Jhumpa Lahiri escribe con una prosa tan directa y límpida que uno casi se olvida de que está leyendo».
***Newsweek***

«Lahiri insufla vida en cada página, y lector llega al final de cada relato seducido por partida doble, solo desea poder compartir toda una novela con estos personajes».
***The New York Times Book Review* (sobre *El intérprete del dolor*)**

**Jhumpa Lahiri**, nacida en Reino Unido, de padres bengalíes, pasó su infancia y juventud en Estados Unidos. Es autora de dos libros de relatos aclamados por la crítica y que obtuvieron un resonante éxito de ventas: *El intérprete del dolor* (1999), que le valió el Premio Pulitzer, el O. Henry Award y el PEN/Hemingway Award, y *Tierra desacostumbrada* (2008), que fue elegido Mejor Libro del Año 2008 por *The New York Times* y recibió los premios Frank O. Connor, Asian American Literary Award y el Gregor von Rezzori. También ha publicado novelas como *El buen nombre* (2003), *La hondonada* (2013) y *Donde me encuentro* (Lumen, 2018), los ensayos reunidos en *En otras palabras* (2015) y el poemario *El cuaderno de Nerina*, de próxima aparición en Lumen. En 2012 ingresó en la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras, en 2015 recibió la Medalla Nacional de Humanidades, así como una Beca Guggenheim, y en 2017 recibió el PEN/Malamud Award. Ha traducido las novelas de Domenico Starnone *Ataduras* y *Scherzetto* al inglés. Con *Cuentos romanos* (Lumen, 2023), Jhumpa Lahiri regresa al género del relato, que la hizo mundialmente célebre.

Título original: *Racconti romani*

Primera edición: abril de 2023

© 2022, Jhumpa Lahiri
All rights reserved
© 2022, Ugo Guanda Editore S.r.l., Via Gherardini, 10, Milán
Gruppo editoriale Mauri Spagnol
www.guanda.it
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carlos Gumpert Melgosa, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Xènia Moseguí Lloret

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-1419-9

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Típico plato navideño del norte de Italia, extendido a todo el país. Consiste en un embutido de cerdo que se cuece y se sirve con lentejas en la cena de Nochevieja como augurio de prosperidad. *(N. del T.)*.

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

# Índice

Cuentos romanos

Parte I

- La frontera
- El encuentro
- Las fiestas de P.
- Casa luminosa

Parte II

- La escalinata

Parte III

- La recogida
- La procesión
- Las notitas
- Dante Alighieri

Sobre este libro

Sobre Jhumpa Lahiri

Créditos

Nota